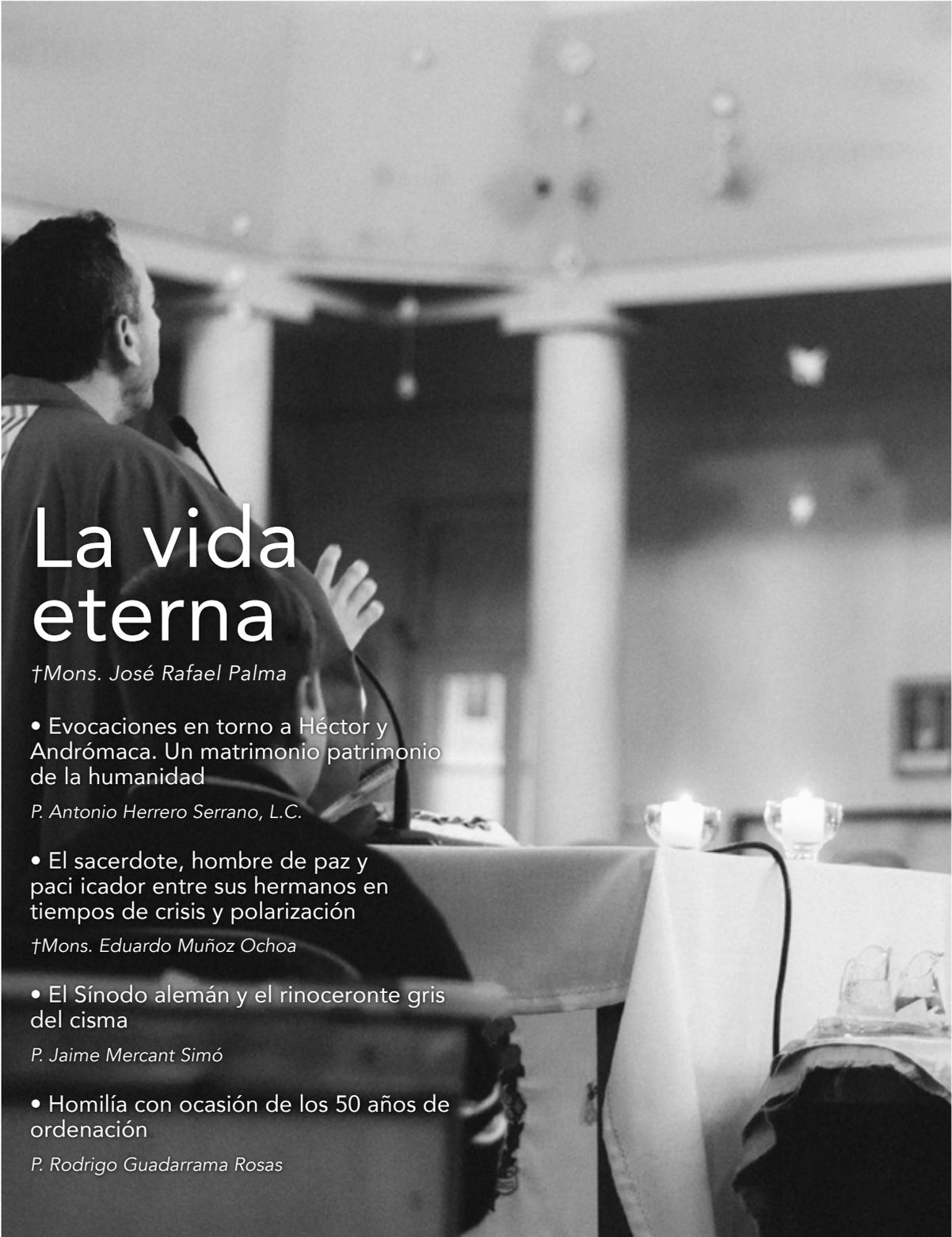


#148

ENERO
FEBRERO
MARZO
2023



La vida eterna

†Mons. José Rafael Palma

- Evocaciones en torno a Héctor y Andrómaca. Un matrimonio patrimonio de la humanidad

P. Antonio Herrero Serrano, L.C.

- El sacerdote, hombre de paz y pacificador entre sus hermanos en tiempos de crisis y polarización

†Mons. Eduardo Muñoz Ochoa

- El Sínodo alemán y el rinoceronte gris del cisma

P. Jaime Mercant Simó

- Homilía con ocasión de los 50 años de ordenación

P. Rodrigo Guadarrama Rosas



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS



EDITORIAL

Estimados hermanos sacerdotes:

Deseándoles que hayan pasado una muy feliz y santa Navidad, así como augurándoles un 2023 lleno de bendiciones del Señor para ustedes y las almas encomendadas a su ministerio sacerdotal, les hacemos llegar el primer número de nuestra revista de comunión y formación integral sacerdotal en este Año Nuevo que estamos estrenando.

En esta edición de *Sacerdos* les ofrecemos los siguientes temas, esperando les sean de utilidad:

En el apartado de la dimensión humana, en uno de los dos artículos, se nos habla de cómo el sacerdote ha de ser un verdadero “hombre de paz y pacificador” para y entre sus hermanos, sobre todo en un mundo tan lleno de intranquilidad, agresividad y violencia. En ese mismo sentido, también se nos hace ver que la vida del cristiano ha de tener un “sabor evangélico”; y si esto vale para todo cristiano, lo vale con mayor razón para aquel que es ministro de Cristo, o mejor: “otro Cristo”, ese Cristo que es, Él mismo, “en efecto, nuestra paz”, como enseña san Pablo (Ef 2,14). ¡Qué importante que nos tomemos muy en serio esta verdad, acompañando a nuestros Obispos en este sacro deber suyo, en estos tiempos en nuestro país, México, asolado por la violencia, así como otros países hermanos de Centroamérica, América Latina, y tantos más por el mundo entero!

En lo que dice a la dimensión específicamente espiritual, presentamos tres trabajos: Uno que versa sobre “la caridad en la ley nueva”, la ley del Evangelio, la cual ha de ser el fondo de nuestro ser mismo y el motor de toda nuestra acción evangelizadora; y en ese mismo sentido, el segundo artículo, que originalmente se trataba de una homilía, nos recordará que “no vivimos bajo la ley, sino como personas libres bajo la gracia”. Finalmente, contamos aquí con la cuarta parte de un ensayo sobre “la dirección espiritual como ‘ministerio de amor’” según la mente de ese maestro de sacerdotes que fuera san Juan de Ávila.

El apartado de la formación intelectual de nuestra formación permanente, nos ofrece tres artículos: el primero versa sobre el Concilio de Trento y en qué sentido la así llamada generalmente “Contrareforma” de la Iglesia Católica no debiera más bien llamarse simplemente “Reforma”; el segundo lleva como título “*Mysteria y Claves*” –“Los misterios y las llaves”-, trata sobre el sentido profundo del tema del “reino de los cielos” en el evangelio de san Mateo con respecto a la como la autoridad de Jesús y de ésta, delegada, a sus discípulos tanto para anunciar la Buena Nueva como para ejercer los sacramentos y obrar milagros en su nombre; y el último evoca, desde el ámbito de las Humanidades clásicas, el matrimonio entre Héctor y Andrómaca en el poema épico de Homero “La Ilíada”, el cual constituye un auténtico “patrimonio de la humanidad”, un verdadero testimonio de la grandeza del matrimonio natural, el cual está siendo feroz y gravemente atacado hoy día, sobre todo desde esa gran mentira antropológica que representan tanto el así mal denominado “matrimonio gay” y la diabólica “ideología de género” –tipificada en Inglés simplemente como “Gender”-.



En lo tocante a la pastoral, ofrecemos dos trabajos: uno que nos recuerda lo esencial de lo que el Cristianismo llama simplemente “la vida eterna”, esa vida que Jesucristo nos ha dado y ofrece por medio de su Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección, y que continúa ofreciéndonos por medio de la Iglesia: a través de Su Palabra Viva, y especialmente mediante los sacramentos, que son la fuente de donde brota esa Vida Eterna, que es la vida misma de la Trinidad Eterna. En un segundo momento se ofrecen “algunas reflexiones de fondo en torno a los cursos prematrimoniales” que se ofrecen en las parroquias.

En el rubro de los temas de actualidad, nos parece que es útil el artículo que compartimos aquí sobre “el Sínodo alemán” en cuanto que, como dice el autor del mismo, efectivamente, constituye un verdadero “rinoceronte gris del cisma”.

Finalmente, les dejamos aquí dos bellos testimonios de vida: uno de un sacerdote que acaba de celebrar sus bodas de plata sacerdotales, y el otro que trata de la hermana de dos sacerdotes –uno de ellos el sacerdote mártir mexicano, “patrono de los migrantes”, santo Toribio Romo-, “María Quica”, verdadera “madre espiritual” de los sacerdotes. Sin duda, en estos tiempos más que en anteriores, necesitamos muchas madres espirituales que oren por nosotros y que nos ayuden a alcanzar gracias de santidad, de fidelidad y perseverancia, así como de protección de las insidias y tentaciones del demonio.

Bien, padres, esperamos que este material les pueda ser útil y de acompañamiento y consuelo en su vida presbiteral y en su camino hacia la santidad y sabiduría que Dios quiere y espera de cada uno de nosotros. Dios les bendiga.

Suyo en Cristo y Su Iglesia, P. Alfonso López Muñoz, L.C.



DIMENSIÓN HUMANA

El sacerdote, hombre de paz y pacificador entre sus hermanos en tiempos de crisis y polarización 7

†Mons. Eduardo Muñoz Ochoa

La vida con sabor evangélico 12
P. Francisco Javier Jaramillo



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

La caridad en la Ley Nueva 14
P. Ignacio Andereggen

No vivimos como siervos bajo la ley, sino como personas libres bajo la gracia 25
P. Jorge Reyes de la Riva

La dirección espiritual para el Maestro Ávila como un auténtico "amoris officium", "ministerio de amor" (4) 27
P. Antonio Rivero, L.C.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Trento: ¿Contrarreforma o Reforma? 30
P. Fernando Pascual, L.C.

Evocaciones en torno a Héctor y Andrómaca. Un matrimonio patrimonio de la humanidad 35
P. Antonio Herrero Serrano, L.C.

"Mysteria et Claves": el reino de los cielos en el evangelio de san Mateo 44
P. Andrew Dalton, L.C.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



ÍNDICE



DIMENSIÓN PASTORAL

La vida eterna 57

†Mons. José Rafael Palma

“Cursos prematrimoniales”: algunas reflexiones de fondo en torno a éstos 66

P. Alfonso López Muñoz, L.C.



ACTUALIDAD

El Sínodo alemán y el rinoceronte gris del cisma 87

P. Jaime Mercant Simó



TESTIMONIO

Homilía con ocasión de los 50 años de ordenación 92

P. Rodrigo Guadarrama Rosas

María Marcos Romo González “María Quica” (1886-1959): hermana de dos sacerdotes, uno de ellos mártir, y madre espiritual de otros muchos 95

María Marcos Romo González “María Quica” (1886-1959): hermana de dos sacerdotes, uno de ellos mártir, y madre espiritual de otros muchos

P. Luis Alfonso Orozco, L.C.

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López / Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo / † Obispo Auxiliar de Xalapa S.E. Mons. Carlos Enrique Samaniego López / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México, †S.E. Mons. Eduardo Muñoz / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara, P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, P.P. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



AVISO

• PROGRAMAS NACIONALES
2023



Si lo que buscas es un espacio de silencio, oración y reflexión, estos son tus:

Ejercicios Espirituales para sacerdotes

“Yo los elegí a ustedes no ustedes a mí”

FECHA:
22 al 26 DE mayo

Impartidos por:
P. Roberto González, L.C.

Centro de Retiros Santa María de la Cascada en Amecameca

Costo:
\$5,000.00 en habitación individual.

Registro:
13:00 hrs. del lunes

*Llevar Estofa, Alba, Liturgia de las horas y Biblia. Los Ejercicios concluyen hasta después de la comida del viernes

Contacto:
Gabriela Sordo

Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales
Mail: logos@caesc.com
Tels. 55 55 20 54 11 / 5545. Celular 5517298670
Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.

Síguenos:
Centro Sacerdotal Logos

www.centrologos.org

Contacto:

Gabriela Sordo

Coordinadora de Programas Nacionales

Mail: logos@caesc.com

Tels. 55 55 20 54 11

Celular 5517298670

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P.
11000, CdMx.

Síguenos:

 **Centro Sacerdotal Logos**

www.centrologos.org



+Mons. Eduardo Muñoz Ochoa
Obispo Auxiliar de
Guadalajara

El sacerdote, hombre de paz y pacificador entre sus hermanos en tiempos de crisis y polarización

*“Cuando entren en una casa, digan primero: Paz a esta casa”
(Lc 10, 5)*

Sumario:

Shalom en su esencia es don y tarea, es el grito del corazón del hombre que reconoce tanto la necesidad de la acción benevolente del Creador, como su correspondiente compromiso y tarea de ser hombre de paz y constructor de ella. “No pierdan la paz”, qué encomienda tan urgente, tan actual y tan vital, pero qué peligroso malinterpretarla, reducirla y fragmentarla en su comprensión y aplicación: “El hombre ansía la paz desde lo más profundo de su ser. Pero a veces ignora la naturaleza del bien que tan ansiosamente anhela, y los caminos que sigue para alcanzarlo no son siempre los caminos de Dios”.

VER

La palabra *Shalom* tan propia del alma del pueblo de Israel, y tan metida en el corazón y la médula de cada ser humano, encierra, por la parte de Dios, el deseo infinito de bien para su pueblo: paz, justicia, bienestar, felicidad, perdón, reconciliación. Don ofrecido y provocado por todos los medios posibles y participado

a toda la humanidad; y por la parte del pueblo viene a significar la necesidad de la intervención de Dios a tiempo y a destiempo que garantice la prosperidad y la estabilidad de la paz. Paz deseada y pedida con clamor desde lo más profundo del ser como deseo cotidiano y como grito agónico que resuena en tiempo de turbación y desolación: «*Estoy agotado de tanto gemir, baño en llanto mi cama cada noche, inundo de lágrimas mi lecho; mis ojos se consumen de pena, envejecen de tantas angustias*» (Sal 6,7-8); «¿Por qué estoy desconsolado? ¿Por qué me siento angustiado? Esperaré en Dios y le daré gracias de nuevo porque él es mi salvador y mi Dios» (Sal 42,6).

La paz es un don divino que se extiende y se hace palpable en la vida y en las relaciones de cada hombre y de cada mujer con el mundo, con la naturaleza, con el prójimo cercano o lejano y consigo mismo; toma una preponderancia en la vida del pueblo la persona del juez, del rey, del profeta y del sacerdote. Sobre ellos el pueblo dirige en movimiento el reflector y de ellos, por la elección que de Dios han recibido, esperan la procuración y la instauración de la paz. La paz es verdad, alguno podrá responder, que es tarea de cada persona el buscarla, cuidarla y procurarla; pero no podemos ignorar o minimizar la responsabilidad y el impacto que sobre la paz social tiene la autoridad establecida legítimamente en una comunidad, en una ciudad o en una nación.

¹X. LEÓN DEFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica*, concepto Paz. HERDER¹⁶, 1993.



Cuántos pueblos y comunidades han prosperado y crecido en la paz a causa de sus buenos pastores, de sus sabios y prudentes gobernantes; pero cuántos, lamentablemente, han perdido la paz a causa de sus autoridades, cuántas vidas se han perdido, cuánta sangre ha corrido, cuánta gente ha sido desplazada y se ha dispersado dejando su hogar y su tierra, y cuántas ilusiones, proyectos de justicia, de libertad y verdadero bienestar han desaparecido de los rostros de tantos hombres y mujeres y sólo se asoman como sueños inalcanzables, todo como anhelo efímero de un futuro mejor. Lo dramático de esta realidad se centra en la corrupción del ideal y de las personas, que afecta no solamente al rey, al profeta o al sacerdote, sino a todo el pueblo: «Porque desde el más chiquito de ellos hasta el más grande, todos andan buscando su provecho, y desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican el fraude. Han curado el quebranto de mi pueblo a la ligera, diciendo: «¡Paz, paz!», cuando no había paz» (Jer 6,13-14).

La paz, cuando se falsea, se maquilla grotescamente y pretende cimentarse en la astucia humana, en alianzas políticas artificialmente juzgadas como bondadosas, en componendas perversas revestidas de progreso y transformación, en estrategias fundamentadas en los avances sin precedentes de la medicina, de la ciencia y la tecnología, o en propuestas basadas en cálculos aritméticos que resuelven los problemas del

hambre, la enfermedad y la guerra; o en mecanismos que presumen controlan cada vez mejor sus causa y sus efectos². El sin sabor de los resultados y el dato crudo de la realidad, no obstante los esfuerzos de una cosmética personal y política, repetida una y otra vez hasta nuestros días, nos hacen seguir buscando y deseando la verdadera paz. Las fuentes a las que hemos recurrido, vasijas resquebrajadas, no terminan de saciar esta profunda sed; es necesario recurrir al Príncipe de la Paz, a la verdadera fuente: «*Pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna*» (Jn 4,14).

JUZGAR

La Paz en el texto bíblico es comprendida en modo amplio, y es necesario que así lo tengamos presente. De esa comprensión basta y rica dependerá nuestra vida y ministerio como presbíteros hombres de Paz, constructores y promotores de ella. Podríamos preguntarnos para nuestro caso: ¿Cómo han entendido los discípulos el anuncio de paz al ser enviados a cada casa? «*Cuando entren en una casa, digan primero: Paz a esta casa*» (Lc 10,5) ¿Qué estaban realmente anunciando? ¿Qué implicaba de ellos ese anuncio y qué en quien lo recibía? ¿Sólo era un simple saludo? ¿Hay algo más que un saludo? ¿Por qué se afirma en la Sagrada Escritura que quien recibe a un profeta, recibe bendición de profeta? ¿Hay una bendición que cambia la vida en quien recibe no sólo el saludo de paz, sino al enviado de Paz? Obviamente que aquí nos referimos no al saludo o a la presencia de un profeta, sino de Alguien que es más que un profeta (Cf. Mt 12,38-42). La paz que trae Jesús está marcada por su presencia: Dios con nosotros: *Emmanuel*; por la alegría de la Buena Noticia, por la luz que brilla en las tinieblas, por la conversión y el perdón de los pecados, por la salud de los enfermos, por la libertad de los cautivos, por la justicia, la libertad, el amor y la verdad: «*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los*

² Cf. Y. NOAH HARARI, *Homo Deus*. Breve historia del mañana. DEBATE 2020¹³.



cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

La paz es la acción salvífica de Dios para el hombre, y es el proyecto que el hombre ha de anunciar y realizar continua y creativamente a través de los incesantes cambios del tiempo. Afirma la Constitución Pastoral del Vaticano II *Lumen Gentium* en el n° 78 «La paz no es una ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas contrarias, ni nace de un dominio despótico; con razón y propiedad se la define como “la obra de la justicia” (Is 32,17). Es el fruto de un orden puesto en la sociedad por su divino fundador y encomendado a los hombres que ambicionan realizar justicia perfecta. Al tener el bien común del género humano su primera y esencial razón de ser en la ley eterna, y al someterse sus concretas exigencias a las incesantes transformaciones del tiempo que pasa, la paz no es nunca una adquisición definitiva, sino algo que es preciso construir cada día. Y como además la voluntad humana es frágil y arrastra la herida del pecado, el mantenimiento de la paz pide a cada uno el dominio de sus pasiones y exige vigilancia a la legítima autoridad».

El Papa san Juan XXIII, en su Carta encíclica *Pacem in terris*, manifiesta que la paz entre todos los pueblos ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

Nosotros sacerdotes hemos sido ungidos por el mismo Espíritu del Señor el día de nuestro bautismo, y más



específicamente por el Sacramento del Orden del Sacerdicio ministerial, para, siendo partícipes de su *Sacerdicio*, ser enviados como discípulos misioneros. El envío es también para nosotros en el contexto de la paz: “*Cuando entren en una casa, digan primero: Paz a esta casa*”. La pregunta metodológica que podría ayudarnos a oxigenar y dinamizar cada día nuestra vida y ministerio sería: ¿El ministerio que he recibo por la Ordenación presbiteral lo he vivido y desempeñado como hombre de paz? ¿La celebración de los sacramentos y las labores pastorales van en el amplio significado de este envío? ¿Considero para mí y para la comunidad el peso bíblico-teológico y pastoral de la invitación litúrgica que en cada Eucaristía nos hace la Iglesia madre y maestra: “*Dense fraternalmente la paz*”?

ACTUAR

Quisiera considerar el actuar en tres rangos interconectados.

El Sacerdote que acoge la paz en sí mismo y permite que dé fruto. Paz en la vida y en la conciencia con uno mismo, fruto de la coherencia de vida. La paz es también para nosotros; no lo es sólo para anunciarla a los demás. ¿Cómo podríamos llamarnos constructores de la paz cuando nosotros mismos dinamitamos nuestra vida permitiendo el desastre, el descontrol, el caos en nuestra mente y en nuestro corazón por lo que vemos, por lo que permitimos que se vaya anidando en nuestra vida que dispersa y apaga el entusiasmo de la entrega en el ministerio? Para quien ha experimentado el no tener tranquila la conciencia o no tenerla en paz, sabe que es una tragedia que no se tolera por mucho tiempo. Se requiere pedir y trabajar la valentía y la decisión por conquistar nuevamente la paz: «Mientras callaba, se consumían mis huesos gimiendo todo el día, pues día y noche tu mano pesaba sobre mí; desapareció mi fuerza como humedad en tiempo seco. Pero reconocí ante ti mi pecado, no te oculté mi falta; pensé: “Confesaré al Señor mis culpas”. Y tú perdonaste mi culpa y mi pecado» (Sal 32,3-5). Qué bendición irse al sueño con la conciencia tranquila «*Me acuesto*



tranquilo y en seguida me duermo, porque sólo tú, Señor, me haces descansar en paz» (Sal 4,9).

A tiempo conviene no permitir que se aniden los rencores, las rivalidades, la amargura, las desilusiones, las ambiciones y las malas pasiones: “El hombre que procura la paz es más útil que el muy letrado [...] El que está en paz no piensa mal de nadie. En cambio, el descontento e inquieto es atormentado por muchas sospechas; no descansa él ni deja descansar a los demás. Muchas veces dice lo que no debería decir y deja de hacer lo que sería más provechoso para él. Considera lo que otros deben hacer y descuida sus propias obligaciones”, dice la Imitación de Cristo³. Por otra parte, advertía S. John Henry Newman: «No toleres nunca que el pecado permanezca encima de ti; no dejes que envejezca contigo, sacúdetelo cuando todavía es reciente, de lo contrario la marca quedará. Que no fije sus raíces; que no abra su camino hacia dentro, ni se convierta en herrumbre. Su naturaleza es consumidora: es como un cáncer; se comerá tu carne»⁴.

El sacerdote que siembra y promueve la paz con su hermano sacerdote. Es de suma importancia recuperar la obiedad de la paz como característica de la fraternidad sacerdotal. En las comunidades siempre encontramos un hermano sacerdote, sea en la parroquia, en el Decanato o en la Vicaría Episcopal. Con él o con ellos he de construir la paz, he de favorecerla. La paz, volvamos a recordar,

tiene muchos rostros: fraternidad, escucha, apoyo, corrección fraterna, comunión, unidad, consolar, sanar, colaboración, tender la mano en la adversidad, ser samaritanos; todo esto sin duda lleva a la paz. La experiencia y el conocimiento que ahora tengo como hermano sacerdote en el Episcopado me permite reconocer que la paz reclama ser más cuidada y más cultivada entre nosotros. Con frecuencia renunciamos, sin el suficiente esfuerzo, a vivir la paz con el hermano párroco o vicario. Necesitamos provocar y alimentar los pequeños gestos fraternos que alimentan y fortalecen la paz: cercanía, aprecio, platicar, dialogar, consensuar decisiones, compartir proyectos, respaldar al hermano sacerdote, apoyo en la enfermedad. Por otra parte, evitar la crítica, el chisme, la difamación, la división, los golpes bajos y la traición. Ha de ser evidente para la comunidad el trato fraterno sacerdotal, jamás de patrón y trabajador. Como presbíteros también se nos dice: “Ofrézcanse un signo de paz”.

El sacerdote que siembra y promueve la paz con sus hermanos bautizados y en la sociedad. ¿Cómo podemos ser hombres de paz y constructores de ella entre nuestros hermanos en estos tiempos de crecida e irrefrenable violencia, de delincuencia y odio; de intolerancia y agresividad verbal y física en los hogares; de injusticia, impunidad y polarizaciones ideológicas, políticas y económicas? No es suficiente partir espontáneamente de lo que entendemos por paz para actuar consecuentemente; necesitamos tener clara y siempre fresca delante de nosotros la riqueza de la Paz en su concepto y en su realidad como el Señor nos lo da: su paz no es como la entiende y la da el mundo. Ante una realidad que corre el peligro de complicarse, el Papa Francisco insiste en la urgencia de promover la fraternidad social en una comunidad diversa por creencias, cultura, origen, etc. *Fratelli tutti* nos ofrece caminos para nuestras comunidades en la instauración de la paz.

Como reflexionábamos anteriormente, la vivencia y el disfrute de la paz en una comunidad pide la valiosa

³ T. KEMPIS *Imitación de Cristo* (Libro 2, 2-3 en Liturgia de la Horas martes III tiempo de Adviento)

⁴Citado en I. KER; *La Espiritualidad personal a la luz de J. H. Newman*. ENCUENTRO 2006, 161



DIMENSIÓN HUMANA



presencia de un presbítero con sensatez y sabiduría que sepa guiar y gobernar según Dios. No ayuda para nada la presencia de un sacerdote que vaga sin sentido por doquier, donde su autoridad se debilita por su estado de corrupción, por su intransigencia y despotismo. Bien merecería el título de mal pastor, como afirma el profeta Jeremías de aquellos que sólo dividen y dispersan a las ovejas (cf. Jer 23,1-2). Es lamentable y doloroso decirlo, pero para más de alguna comunidad de feligreses su paz y su liberación empieza con la remoción del presbítero que habita entre ellos.

En un clima de violencia e inseguridad la escucha es importante, el ser empático con el que sufre: *“Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio para ser partícipe del mismo.”* (1 Cor 9, 22-23). El Sacramento de la Reconciliación, ofrecido con caridad pastoral, es muy importante. Ante tanta gente lastimada y con desgastes emocionales de todo tipo es de verdad inaceptable que la gente se vaya del Sacramento más torturada que sanada, más lastimada que aliviada. Recordemos: el Sacramento de la Confesión es un sacramento de sanación. No es un banquillo de tribulación ni de inquisición.

De acuerdo a las posibilidades, hemos de desarrollar, en unión con los fieles, de manera sinodal, proyectos de paz, de promoción económico-social. San Juan XXIII, en *Pacem in terris*, escribe: «Exhortamos de

nuevo a nuestros hijos a participar activamente en la vida pública y colaborar en el progreso del bien común de todo el género humano y de su propia nación» (nº 146).

¿Podrías identificar algo concreto y específico de lo que haces por construir y promover la paz en tu parroquia, en tu decanato, con tu compañero sacerdote y por el presbiterio en la Diócesis?

¿Qué está en tus manos para continuar construyendo la paz en tu parroquia frente a la realidad que vivimos?
 ¿Qué más puedes hacer por conservar la paz en ti?
 ¿Te invita el Espíritu Santo a ir más allá de donde has ido? ¿Qué tarea te inspira a realizar de manera sinodal?

El hombre de paz no sólo la desea, sino también la ofrece, la promueve, la defiende, la busca, la conquista.

“Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt 5, 9).



La vida con sabor evangélico



P. Francisco Javier Jaramillo
Licenciado en Teología Pastoral, Maestro en Bíblica y Espiritualidad

Una mirada realista a la situación actual de la Iglesia y del mundo nos obliga también a ocuparnos de las dificultades en que se vive como consagrado(a) o religioso(a). Todos somos conscientes de las pruebas y desafíos a los que nos enfrentamos hoy día; el gran tesoro del don de Dios está encerrado en frágiles vasijas de barro (cf. 2Co 4, 7). No se debe olvidar que la historia de la Iglesia está guiada por Dios y que todo sirve para el bien de los que lo aman (cf. Rm 8, 28). En esta visión de fe, aun lo negativo puede ser ocasión para un nuevo comienzo, si en él se reconoce el rostro de Cristo, crucificado y abandonado, que se hizo solidario con nuestras limitaciones y, cargado con nuestros pecados, subió al leño de la cruz (cf. 1P 2, 24). La gracia de Dios se realiza plenamente en la debilidad (cf. 2 Co 12, 9).

Las dificultades que hoy debemos afrontar asumen múltiples rostros, sobre todo si tenemos en cuenta los diferentes contextos culturales en los que vivimos. Con la disminución de los miembros y su envejecimiento evidente en algunas partes del mundo, surge la pregunta de si la vida del consagrado es todavía un testimonio visible, capaz de atraer la mirada del rebaño al Dios vivo y verdadero; junto a la tentación del eficientísimo y del activismo, se corre el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales. En ocasiones, centrándonos en proyectos personales sobre los comunitarios, que pueden menoscabar profundamente la comunión de la fraternidad; ésta es la condición de todos los miembros de la Iglesia.

El tener que convivir, por ejemplo, con una sociedad en la que con frecuencia reina una cultura de muerte puede convertirse en un reto a ser, con más fuerza, testigos, portadores y siervos de la vida.

Los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos por Cristo en la plenitud de su humanidad de Hijo de Dios y abrazados por su amor, aparecen como un camino para la plena realización de la persona en oposición a la deshumanización, un potente antídoto a la contaminación del espíritu, de la vida, de la cultura; proclaman la libertad de los hijos de Dios, la alegría de vivir según las bienaventuranzas evangélicas.

Hoy debemos reconocer que nuestra vida debe encontrar su identidad en la llamada del Señor, en su seguimiento, amor y servicio incondicionales, capaces de colmar una vida y de darle plenitud de sentido.

El mundo necesita testigos fiables y claros, cercanos y cálidos; la sociedad necesita de hombres y mujeres entregados al servicio del Reino de Dios. Considerando que no se puede leer los signos de los tiempos sin el escrutinio e interpretación a luz del Evangelio, o bien, como dice el papa Francisco, "entender una forma de vida con sabor a Evangelio". Hoy nos encontramos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser





otros buenos samaritanos que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos, sólo falta el deseo gratuito, puro y simple de ser constantes e incansables en la labor de incluir, de integrar, de levantar al caído.

La visión de la Iglesia en el mundo actual es de compromiso y responsabilidad pastoral para promover la dignidad humana y el desarrollo integral de la persona; también se da una insistencia por el discernimiento moral y teológico, es decir, que no podemos desarrollarnos ni encontrarnos plenamente si no es mediante la entrega plena y sincera consigo mismo y los demás, entendiendo que, nuestras condiciones de vida hoy nos han arrojado a un tipo de sociedad cerrada y elitista, olvidándonos de nuestra acción cristiana en las periferias existenciales, aquellas periferias que están cerca de nosotros: en los barrios, en el centro de la ciudad, o bien en nuestra familia. Por ello, el papa Francisco retoma el valor de la solidaridad como virtud moral y actitud social, lo cual es fruto de la conversión personal: “Volvamos a promover el bien, para nosotros mismos y para toda la humanidad, y así caminaremos juntos hacia un crecimiento genuino e integral”.



P. Ignacio Andereggen
 Doctor en Filosofía
 Doctor en Teología
 Espiritual

La caridad en la Ley Nueva

Nos referimos ahora a la virtud de la caridad a partir de las Sagradas Escrituras para pasar luego a la reflexión teológica. Todo el Nuevo Testamento está centrado sobre el amor divino, que es aquel que Jesucristo vino a manifestarnos. Se trata en él del conocimiento de este amor, de Dios mismo que es amor y de la vida en el amor como de la operación que surge del amor que poseemos.

El Nuevo Testamento nos ilustra también exteriormente, tanto por medio de ejemplos e imágenes como de palabras exhortativas, a vivir según este amor divino, que incluye todas las virtudes, y muy especialmente la justicia –en el sentido general del término–, que nos hace ejercitar todas las demás virtudes, dándole a cada uno lo suyo y a Dios lo que le es propio.

Encontramos, en primer lugar, en el Evangelio según San Juan, el famoso texto de la oración de Jesús.

Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: “Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben

que todo lo que me has dado viene de ti; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado. Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada. Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno”.

Jesús nos manifiesta en este texto de la manera más clara su divinidad, su igualdad con el Padre, y también nuestra vocación sobrenatural a esa igualdad con el Padre participada. Se trata esta de una participación de vida divina, que es la gracia de Dios. Esta vida es vida trinitaria y es, en primer lugar, la vida del Hijo que surge del Padre como Palabra de Dios.

Jesucristo es la Palabra de Dios, como se nos dice claramente al principio del mismo Evangelio según San Juan: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella



estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe”.¹

Los que estamos insertados en Cristo, por la elección divina y por la gracia, hemos recibido el don de la Palabra, y la Palabra es la presencia del Verbo en nuestras almas:

[...] han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado.²

Tener la Palabra de Dios significa, en primer lugar, creer en Jesucristo, y, por ende, tener su presencia interior, pues Él es el Maestro interior, tener la presencia de aquel que manifiesta quién es Dios, de aquel que es la Palabra sustancial de Dios. En segundo lugar, significa la operación según esta Palabra, saber obrar según esta Palabra: lo que implica, en primer lugar, interpretar el mundo y, en segundo término, obrar conforme a este conocimiento del mundo. Este conocimiento no es solamente teórico, sino que consiste también en guardar la Palabra. Es conformar nuestra vida a la vida de Cristo, no solamente en su humanidad, sino también, y principalmente, en cuanto a su divinidad, ya que el fin de la encarnación es justamente que nuestra vida se configure con la de Cristo, tanto en la humanidad como en la divinidad.

Pero configurarnos a la humanidad de Cristo no implica hacerlo sólo en la naturalidad de su vida, sino también en su gracia, que Él posee en plenitud y nosotros la recibimos de Él. Este estar unidos a Cristo tiene consecuencias en la vida personal y en la vida social, y es acerca de estas consecuencias que queremos meditar en este capítulo.

¿Qué significa esta unión con la palabra de Dios? ¿Qué significa este conocimiento espiritual que



tenemos de Dios y que otros no tienen? Los otros son los que en el Evangelio de San Juan se designan con la palabra *mundo*, que no sólo ni principalmente significa las cosas creadas por Dios, sino también la vida de los hombres en cuanto desconectada de la vida divina, esto es, la vida de los hombres en cuanto guiada por criterios propios de la inteligencia entenebrecida y de la voluntad debilitada por el pecado.

Nosotros hemos sido sacados del mundo, como nos expresa el Evangelio: esto es idéntico con el hecho de haber recibido la gracia divina. “Estar en el mundo” significa estar separados de la Palabra de Dios y de su gracia, al tiempo que estar “fuera del mundo” significa estar escondidos con Cristo en Dios, como nos explica San Pablo.³

Esta vida según la Palabra es inseparable de la presencia del Espíritu Santo, y por eso el texto que acabamos de leer nos habla de la alegría que tenemos al estar unidos con la Palabra de Dios: “Ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada”. Esta alegría en Jesucristo le venía de la presencia del Espíritu Santo, pues en su humanidad la alegría es el fruto pleno de la caridad. Esta produce gozo espiritual, lo cual es

¹Jn 17, 1-15.

²Jn 1, 1-3.

³Cf. Col. 3, 3.



signo de la procesión trinitaria del Espíritu Santo. En la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo procede de la Palabra divina y del Padre; ambos como un solo principio, hacen salir de sí, hacen proceder al Espíritu Santo, el cual es, en el orden de la creación, e que produce en nosotros la gracia, la caridad y sus frutos, que son la alegría, la paz y la misericordia.⁴

“Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado”, nos dice Jesús, “porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno”. Jesucristo insiste sobre esa separación espiritual, esa discreción espiritual que existe entre estos dos modos de ser. Mientras que los hombres, considerados naturalmente, son todos iguales en dignidad, no sucede lo mismo desde el punto de vista de la consideración espiritual, pues sólo pueden tenerla aquellos que están unidos con la Palabra de Dios, que es la que hace interpretar al *mundo* o produce el *juicio del mundo*, como nos dice Jesús en el mismo Evangelio de San Juan.⁵ El juicio quiere decir una separación, una crisis, un discernimiento. Este último se da fundamentalmente en el interior del corazón, se da en el fondo del alma, al cual puede llegar solamente el Espíritu Santo y los que están unidos a Dios, es decir, los que tienen la Palabra y la presencia del Espíritu Santo. Esto mismo nos dice San Pablo en la Carta a los Corintios:

El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.⁶

Por ello, cuanto nos dice Jesucristo en el Evangelio de San Juan puede ser captado solamente

de modo espiritual, según esta separación radical que existe entre los que son *del mundo* y los que no lo son.

Nosotros estamos en el mundo, pero no somos del mundo, como el mismo Jesucristo estaba en el mundo, pero no era del mundo, Él venía de arriba y era de arriba. Esto significa, fundamentalmente, un modo de captar las cosas en lo profundo del espíritu; significa una experiencia espiritual que no puede ser expresada de un modo conceptual, porque los conceptos no sirven para captar las realidades sobrenaturales.

La Revelación y la gracia implican una conexión con Dios que es superior a lo que la inteligencia humana puede comprender. De ahí que ver las realidades de este mundo en profundidad, o sea, en su auténtico significado, solamente se puede hacer cabalmente cuando se tiene la mirada de Dios. Es lo que San Pablo llama tener “la mente de Cristo”⁷; es estar impregnado del Espíritu Santo y, por lo tanto, tener esta experiencia que es sentida en lo más profundo de espíritu. Esta experiencia es parte de la contemplación –que está en la esencia de la vida cristiana–, a la que hay que disponerse, desarrollar y custodiar, bregando por quitar los obstáculos que la impidan.



⁴Cf. Sth II-II, q. 28-30.

⁵Cf. Jn 12. 31.

⁶I Cor 2, 14-16

⁷Cf. I Cor 2, 16..



Los obstáculos de la contemplación son la prolongación de las actitudes mundanas en nuestra alma. Esas actitudes mundanas están claramente descritas en las Sagradas Escrituras, y muy especialmente en San Pablo. Ellas son la sensualidad, el apego a las cosas temporales, el apuro, la solicitud o preocupación por las cosas materiales, etc. Todo esto aleja de la contemplación, pues produce una disposición contraria a la misma.

La contemplación requiere momentos especiales y principales, como son los ejercicios espirituales, pero es necesario guardarla en otros momentos de nuestra vida para que ella conserve su sentido. Esto vale tanto para la vida personal como para la comunitaria, pues ambas se dan juntas.

El Nuevo Testamento, al exhortarnos a vivir según la caridad, tiene presente estas dos dimensiones constante e implícitamente. Aparece en las palabras de Jesús en los Evangelios como así también en otros escritos neotestamentarios: en las cartas de san Pablo, en los Hechos de los Apóstoles, en testimonios de la vida de los primeros cristianos, etcétera. Por ello Jesús, en la oración sacerdotal que tratamos, pide al Padre no sólo por nuestra santificación personal, sino también por nuestra santificación comunitaria o eclesial, según los distintos niveles en que se vive esa realidad eclesial.



“Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. No ruego sólo por estos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí”.⁸

Aquí queda explicitado el verdadero sentido de la vida divina y el sentido de caridad que de él surge. Esa caridad es unión con Dios, así como el Hijo está unido con el Padre. Pero es también unión recíproca entre los que creen en Cristo y, por lo tanto, unión con el mismo Cristo. Esta unión es manifestación de la vida trinitaria, es decir, manifestación de la unión del Padre con el Hijo –que es el Espíritu Santo–, y de la unión que está prolongada en la unión recíproca de los cristianos. Por ello, la vida cristiana no se puede desarrollar de una manera meramente individual, pues estaría contra la esencia misma del mensaje de Cristo, que es comunicación de la vida trinitaria. Es comunicación de la vida interior de Dios, que es vida familiar o social entre estas tres Personas y fundamento de toda vida espiritual. Por lo tanto, esta vida espiritual se desarrolla de la misma manera que la vida trinitaria, pues es su prolongación. Captar esto significa tener esa experiencia que surge de la presencia del Espíritu Santo.

Así como Cristo tenía presente –en su mente humana y en su mente divina– la presencia del Espíritu Santo, así también los cristianos tenemos la presencia del Espíritu Santo que nos conforma con la mente de Cristo. Ella nos hace captar las cosas de una

⁸Jn 17, 17-23.



manera espiritual, lo cual es manifestado en el texto del Evangelio que estamos considerando. En efecto, en él se nos habla de un discernimiento entre el modo de obrar de la mentalidad mundana y el modo de obrar de la mentalidad cristiana. Así, mientras en el mundo hay discordia o separación –no hay verdadera unidad, sino una unidad violenta–, en la vida cristiana hay unidad. Esto es así porque en la vida cristiana hay caridad, que es el reflejo de la unión de las divinas Personas en Dios.

Todo esto es esencial para la misión, y esta es esencial para la vida cristiana, pues ambas son inseparables. En otras palabras, esta caridad por la cual estamos unidos los cristianos es signo de credibilidad, es lo que hace creer a los demás. Por el contrario, la falta de unión hace que los otros se alejen de la fe, de la Palabra y de la presencia del Espíritu Santo. Esto es así precisamente porque, por participar de la vida trinitaria, prolongamos la misión del Hijo y la del Espíritu Santo. En efecto, el Padre envía al hijo al mundo, y el Padre junto con el Hijo envían al Espíritu Santo, lo cual se ve manifestado de múltiples maneras en el Evangelio según San Juan.

Estas misiones del Hijo y del Espíritu Santo son a su vez manifestaciones de la vida de la Santísima Trinidad; son la prolongación en el mundo creado de aquello que existe fuera de ese mundo en la vida

de la Santísima Trinidad, en la cual el Hijo surge –es generado eternamente– del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Las misiones del Hijo y del Espíritu son manifestaciones de las procesiones que existen en Dios.

La vida cristiana se inserta en la vida del Hijo y del Espíritu Santo, y se refiere así al Padre, en el sentido de que surge del Padre. Esta vida cristiana es a su vez prolongación de estas misiones, y prolongación por lo tanto de las procesiones divinas. Por ende, la vida cristiana implica la caridad en estas dos dimensiones de las cuales hablábamos, y que Jesucristo enseña a través de todo su Evangelio, pues Él nos manda amar a Dios sobre todas las cosas – puesto que es su fuente–, como así también nos exhorta al amor recíproco entre los que reciben la vida de Dios.⁹ Todo lo cual supone esa mirada nueva que llamamos *experiencia espiritual*, la cual implica un modo de pensar y sentir nuevos. Esta experiencia está por encima del modo de pensar conceptual que se refiere a las realidades naturales. Así lo manifiesta claramente Nuestro Señor Jesucristo:

“Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y estos han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos”.¹⁰

Esto significa que la culminación de la vida cristiana se realiza por la presencia del Espíritu Santo, autor de este dinamismo, el cual es, por una parte, cognoscitivo, dado que el Espíritu es el que nos da la experiencia espiritual, y, por otra parte, afectivo, pues es el que nos hace tener amor espiritual por la caridad.

⁹Cf. Lc 10, 27.

¹⁰Jn 17, 24-26.



El Espíritu Santo es aquel mediante el cual el Hijo es amado por el Padre. Ese amor es también el amor por el cual nosotros nos amamos, pues Jesús nos da a conocer al Padre “para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos”; para que los que hemos nacido de Dios, como decía Jesús a Nicodemo,¹¹ tengamos su misma vida.

Esa vida es una vida real, distinta a la vida en este mundo. Ambas conviven, pero también entran en conflicto porque la vida mundana tiene principios opuestos e intenta separarse de la vida según el Espíritu. A esto último se refería Jesús cuando hablaba acerca del “odio del mundo” en estos términos “Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno”.

La vida sobrenatural de la gracia y de la caridad implica una separación del mundo, pero no la tranquilidad de estar ya en el Cielo. Por el contrario, implica un trabajo, un proceso en esta vida; implica recibir humanamente la redención de Jesucristo; implica liberarnos de los restos mundanos que poseemos, que son los restos del pecado que habitan en nuestro corazón y en nuestras relaciones sociales, incluso dentro de la vida cristiana. Todo ello debe ser eliminado, purificado profundamente, porque contiene el odio, principio contrario a la vida divina. Este odio es siempre irracional, y por eso no se puede captar su causa o razón.

El odio surge de la debilidad de aquél que no tiene la vida divina, que es la única que puede restablecer el orden natural de las cosas, y la única que puede elevar a los hombres a una vida nueva, divina, sobrenatural y, por lo tanto, deseable. El odio es una reacción de aquellos que de alguna manera no tienen lo que desean, que perciben que algo les falta y que otros lo tienen. Es la reacción que tenían los judíos que no querían creer en Jesucristo. En efecto, estaban llenos de odio y envidia, pues Jesucristo no



sólo anunciaba la Palabra de Dios, sino que además esa Palabra hacía efecto en el interior del corazón del hombre que sigue al Hijo de Dios.

El *mundo* no puede soportar esto porque exige una dominación violenta de las personas, una reducción a una unidad de manera extrínseca; exige asimismo una imitación de la actitud ajena, pues cada uno tiene que obrar por los otros. Esta es una exigencia violenta, sobre todo al principio. Lo cual se da porque esta adecuación a la vida de los otros se siente como violenta, en cuanto contraria a la naturaleza humana, además de ser contraria lo que el hombre profundamente desea, esto es, la vida sobrenatural, especialmente en el caso de los cristianos.

El mundo del que nos habla Jesucristo en sentido negativo exige una uniformidad. En cambio, la unidad que se tiene por la vida en Cristo es una unidad espiritual, la cual no produce uniformidad sino el pleno desarrollo espiritual en un contexto de profunda armonía o amistad espiritual. Estos son elementos incluso naturales de la vida humana; y la vida humana perfecta no puede desarrollarse sino en la amistad. Por ello, para los filósofos como Aristóteles, la vida humana tenía una dimensión política, que significa una dimensión social. Ciertamente, todas las virtudes son políticas en el sentido que no se refieren sólo al individuo, sino también a los otros.

¹¹ Cf. Jn3, 1-21.



La justicia, la fortaleza y la templanza son virtudes que están referidas a los demás, incluyendo el perfeccionamiento personal.

Todas esas virtudes se realizaban, para los antiguos –especialmente para Aristóteles–, en la vida política de toda la sociedad, que es perfecta cuando se vive en una cierta amistad. Evidentemente esto resulta imposible de cumplir sin la gracia divina. Por ello, Jesucristo vino a traer la perfección de la vida humana real, que no es solamente sobrenatural sino juntamente natural. Por lo tanto, los cristianos son envidiables, incluso para los que no son cristianos y para aquellos que no tienen esa vida espiritual, porque tienen el principio de esta amistad, de esta relación social justa, de estas virtudes políticas plenamente establecidas. En otros, esto se realiza de manera imperfecta o con mezcla de principios contrarios, es decir, de manera dialéctica, conflictiva y contradictoria. Esta es la raíz de este odio del cual habla Jesús en el Evangelio, es decir, un deseo profundo de algo que los cristianos tienen por gracia y no por las propias fuerzas.

Por otra parte, la soberbia de no querer tener estos bienes por regalo de Dios, sino querer alcanzarlo por las propias fuerzas –con todos los errores intelectuales y las deformaciones en la voluntad, todas las injusticias, todas las pasiones desordenadas y la rebeldía de la voluntad que esto significa–, genera una especie de caos, tanto personal como social.

Esto es lo contrario a la vida evangélica, es su opuesto; es lo que el Señor designa en esta oración sacerdotal con la palabra *mundo*. Este odia especialmente a los que no son suyos, es decir, a los que son de Dios, a los que tienen esta experiencia espiritual, este conocimiento y este afecto en la voluntad espiritual.

En el Nuevo Testamento encontramos el desarrollo de las consecuencias de esta visión evangélica de muchas maneras, ya que son

abundantes los textos acerca de esto. Podemos, por ejemplo, recordar la Carta a los Efesios:

Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz.¹²

Aquí expone San Pablo el desarrollo de esta vida insertada en la vida trinitaria, de la cual nos hablaba el Señor en el Evangelio. Se nombra explícitamente al Espíritu Santo, pues ese Jesús es vida en el Espíritu, es vida de ese amor con el cual el Padre ama al Hijo. Esa vida en el Espíritu produce efectos espirituales al modo humano, ya que no somos ángeles, por lo que necesitamos expresar esta experiencia espiritual de una manera humana. Esto se hace por medio de las actitudes que enumera aquí san Pablo. Pero nótese que no enumera las virtudes naturales, que están presupuestas (la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza), sino especialmente a las virtudes que son signo especial de esta actitud espiritual. En efecto, las virtudes naturales, de una manera imperfecta, pueden ser tenidas también por los que no poseen la gracia. Que puedan ser tenidas de una manera imperfecta significa que el tenerlas no impide tanto el



¹²Ef 4, 1-3.



caos interior, del cual hablamos más arriba, y el caos exterior, como vemos en la vida de todos los días. Ciertamente existe la justicia en la vida cotidiana, pero esa justicia se ve mezclada con injusticia muchas veces, y produce mucho más separación que unidad. Y lo mismo debe decirse acerca de las otras virtudes. Se trata muchas veces de modos de vivir estas virtudes –si es que realmente existen– que, en el mejor de los casos, están complicadas con actitudes contrarias, las cuales proceden de este odio fundamental contrario a la experiencia espiritual. Es por esto que San Pablo menciona las virtudes que manifiestan muy especialmente esta actitud espiritual: la humildad, la mansedumbre y la paciencia.

Consideremos otra vez el texto de San Pablo:

Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz.

Esta paz surge y es fruto de la caridad. Por eso decía Santo Tomás que no puede haber paz con



aquellos que no tienen la gracia santificante.¹³ En efecto, solamente los que tienen la gracia pueden tener la paz; y por intermedio de estos la pueden alcanzar otros.

Esta paz es fruto del Espíritu Santo e implica una real concordia, armonía interior y unión, que es en última instancia una especie de paz espiritual. Poseerla requiere estas virtudes, las cuales sobrepasan a las naturales. De esta manera, existe una humildad natural, aunque es muy difícil de vivir. Sin embargo, aquí nos referimos a aquella que proviene del Espíritu santo. Lo mismo decimos de la mansedumbre –a la cual nos exhorta permanentemente Cristo en el Evangelio–¹⁴ y de la paciencia, que no es solamente aquella proveniente de la fortaleza natural para resistir los embates de otros que nos hacen guerra, en el sentido exterior del término, o que hacen una oposición en el orden natural. Por el contrario, aquí se trata de una paciencia mucho más profunda, pues, como dice Jesús en el Evangelio de San Juan, se trata de resistir al Maligno que nos ataca.

El demonio nos ataca directamente y a través de los demás, lo cual requiere una paciencia superior. Pero aquellos que no tienen la gracia están sometidos al poder del demonio y, por ello, producen esta división y este odio que muchas veces alcanzan niveles superiores a lo humano. Para hacer frente a esto es necesaria esta paciencia, que es sobrenatural, y que proviene del Espíritu Santo. Pues como afirma el Apóstol a los Efesios: *“Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos”*.¹⁵

Aquí nuevamente San Pablo se refiere al fundamento trinitario, en la vida de Dios, de esta vida cristiana que procuramos ejercitar en este mundo por la gracia. Por esto mismo, encontramos en este párrafo una estructura trinitaria.

¹³ Cf. Sth II-II, q. 29, a. 3, ad 1.

¹⁴ Cf. Mt 11,29.

¹⁵ Ef 4, 4-6.



“Un solo Cuerpo y un solo Espíritu”. San Pablo comienza por aquello que es más cercano a nosotros, es decir, la acción del Espíritu Santo que nos va uniendo.

Y luego: “Un solo señor, una sola fe, un solo bautismo”. Ese solo Señor es el Señor Jesucristo, en el cual somos bautizados; el Cuerpo de Cristo es la unión de aquellos que están bautizados en Cristo y que están unidos a Él como Cabeza. Ese Cuerpo por el cual estamos unidos con Cristo, procede del Padre, así como el Espíritu Santo y el Hijo eternamente también proceden del Padre.

Por último: “Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos”. Está es una idea central de San Pablo, que él manifiesta de muchas maneras, como por ejemplo en la Carta a los Colosenses. Toda la vida cristiana surge de la vida trinitaria, y esta surge del Padre; la vida del Hijo surge del Padre y la vida del Espíritu Santo surge del Padre junto con el Hijo. “Él es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas [...]”.¹⁶

Es decir, las cosas creadas encuentran su origen en la Palabra de Dios, en la cual han sido

formadas como un concepto divino, el cual expresa el conocimiento que Dios tiene de sí y de las demás cosas. Puesto que conforme enseña el Apóstol de las Gentes:

[...] en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia.¹⁷

Jesucristo es Dios, y todas las cosas creadas se insertan en la vida divina a través de Él. Dado que “Él es también la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud [...]”.¹⁸

Jesucristo, entonces, prolonga su ser en la Trinidad en este mundo por medio de la encarnación. Él es la Cabeza de todas las cosas; muy especialmente es la Cabeza de los ángeles y de los hombres, los cuales forman el Cuerpo de Cristo. Y a través de los ángeles y de los hombres, Cristo es Cabeza de todas las otras cosas que están al servicio de estos últimos.

En este texto el Espíritu Santo es llamado plenitud, porque es el que perfecciona el Cuerpo de Cristo, o sea, la unidad de todos aquellos que están unidos a Él y, a través de Él, con el Padre. El Espíritu Santo es el que conforma al Cuerpo de Cristo, es el perfeccionador. Por esto, los Santos Padres y los teólogos utilizaban la analogía del alma: en efecto, el Espíritu Santo es como el alma de la Iglesia, pues es aquel que da la perfección al Cuerpo. Pero no es una perfección en el ser natural, sino que esta perfección espiritual, la cual produce este conocimiento superior al conceptual, es experiencia espiritual que nos hace captar las cosas por connaturalidad.

Aquellos que poseen el Espíritu Santo, como

¹⁶ Col 1, 15-16.

¹⁷ Col 1, 16-17.

¹⁸ Col 1, 18-19.



más arriba decíamos a propósito de la Primera Carta a los Corintios, son aquellos que lo juzgan todo sin que nadie les pueda juzgar a ellos, pues los demás no entienden. Esto es así porque el principio del odio, del que habla Jesús en el Evangelio, no es suficiente para captar el principio de la unidad. El principio del odio es simplemente negativo; expresa sólo lo que no se es o, incluso, lo que no se quiere ser. Pero no es positivo, pues no expresa el ser de la unidad, la cual es en última instancia un reflejo del ser divino, que es unidad perfecta. Por ello, los que son del mundo no pueden entender a los que están insertados en la vida divina por la experiencia del Espíritu Santo, por la configuración de un solo Cuerpo, que es el Cuerpo de Cristo. Así, “[...] Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la Plenitud, y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos”.¹⁹

Él es nuestra paz porque en Jesucristo está la presencia de la plenitud, que es el Espíritu Santo, el cual produce esta unidad configurando el Cuerpo de Cristo. Es decir, por medio de Cristo estamos unidos con Dios, y también lo estamos recíprocamente. Esto lo dice San Pablo de manera muy explícita: “Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer”.²⁰ Todas esas divisiones, que crean conflicto en el orden natural deteriorado, corrupto por el pecado, son totalmente superadas por la acción del Espíritu Santo y por la presencia de la Palabra de Dios. En otras palabras, son superadas por el reflejo de la unidad divina y por la presencia del sentido de las cosas, reflejado en la Palabra de Dios, que es Jesucristo, el cual nos habla a su vez en palabras humanas. Esto produce un cambio radical, una conversión. En tal sentido, nos dice San Pablo:

Y a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos, por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros



santos, inmaculados e irreprochables delante de Él; con tal que permanezcáis sólidamente cimentados en la fe, firmes e inmovibles en la esperanza del Evangelio que oísteis, que ha sido proclamado a toda criatura bajo el cielo y del que yo, Pablo he llegado a ser ministro.²¹

Antes éramos enemigos, pues el pecado produce enemistad. Es lo contrario de esa unión perfecta que es la amistad, y que se funda en la presencia del Espíritu Santo. Los que antes éramos enemigos ahora hemos sido reconciliados por la paz de Cristo. Esto implica la presencia del Espíritu Santo, la configuración a su Cuerpo, y, por ende, el principio de la unidad divina que está en el Padre.

Antes éramos enemigos o extraños. “Extraños” quiere decir heterogéneos respecto de esta experiencia espiritual, de esta vida divina. Es una cosa distinta o, más aún, experimentable como distinta.

“Os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprochables delante de Él”: vemos aquí cómo San Pablo tiene una muy clara idea de la santidad de la Iglesia. Para él aquellos que no

¹⁹Col 1, 19-20.

²⁰Gal 3, 28.

²¹Col 1, 21-23.



son santos, en la misma medida en que no lo son, no pertenecen a la Iglesia. En efecto, la pertenencia a la Iglesia radicalmente proviene de la presencia del Espíritu Santo y de la configuración con Cristo, que se da por la gracia y por la caridad. Los que no tienen la gracia y la caridad, aunque estén bautizados y hayan recibido los demás sacramentos, en realidad no pertenecen a la Iglesia, salvo de manera extraña, imperfecta o muerta.

Este artículo fue tomado del libro: "Experiencia Espiritual. Introducción a la vida mística", del P. Ignacio Andereggen. Contamos con la autorización del autor.



P. Jorge Reyes de la Riva



Maestro en ciencias del Matrimonio y la Familia
Licenciado en Ciencias de la Información
Párroco Castrense en Cristo de la Paz

No vivimos como siervos bajo la ley, sino como personas libres bajo la gracia

Homilía pronunciada por el P. Jorge Reyes de la Riva
Ejercicios Espirituales de Logos, Amecameca, Edo.
de México Octubre 11 de 2022

Para los cristianos de Galacia, algunos con mentalidad judaizante que querían imponer a los bautizados ciertos ritos judíos como la circuncisión, Pablo es determinadamente y expreso en que el mensaje central del evangelio es la salvación como fruto de la gracia de Dios, a través de la muerte de Cristo –“Me amó y se entregó por mí”- y no del cumplimiento de la Ley. Pablo, en el texto de hoy, plantea esta situación desde la clave de la libertad del corazón: sólo esta vida recibida en y por Cristo nos libera desde dentro, del pecado, por pura gracia, y nos permite hacer la nueva vida del amor a la que somos llamados como hijos de Dios.

Jesús, en el evangelio, nos invita a crecer de adentro hacia afuera: “dar limosna de dentro y lo



tendréis todo limpio”. En las distintas situaciones que vivimos en nuestra vida ministerial en el sacerdocio... ¿cuándo damos de corazón y cuándo nos mueven otros motivos? La obligación, la imagen, el deber, etc.

Tanto el apóstol Pablo como Jesucristo dejan claro en ambos textos que Dios es todo y que fuera de Él no hay nada; ambos, Jesús y Pablo, van al principio, a la fuente, al origen de la creación.

El sexto día creo Dios al hombre, el único ser viviente de la creación: “Hecho a su imagen y semejanza”.

San Juan Pablo II nos recuerda en su teología del cuerpo que “la persona humana es aquél ser creado por Dios, por amor, para vivir en el amor y trascender en el amor”; y así, el fin del hombre para lo que fue creado es para conocer a Dios, amarlo y servirlo, desde la libertad de hijo de Dios.

Con el cuerpo existimos, nos movemos y somos. Dios nos hizo sexuados: “Hombre y mujer los creó”; Dios nos hizo sexuados y vio que era bueno, pero también nos dio un alma, no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza, precisamente la naturaleza de la persona humana. El alma humana espiritual se expresa con el cuerpo; por eso, la persona humana es corporal, con una corporeidad sexuada, hombre y mujer, y ésta es constitutivo esencial de la persona humana; el cuerpo sexuado no es algo que “tengo”, es algo que soy como persona.



Por eso es claro que la vocación al amor, y al mismo amor humano, si es verdadero, envuelve a toda la persona; es una llamada al amor en su totalidad enfocada: uno en cuerpo y alma. Así como los esposos se entregan en el alma y en el cuerpo, y colaboran en un plan creador como co-creadores dando paso a la familia que emana del Santo Matrimonio y se tienen y se guardan mutua fidelidad y se muestran esa fidelidad no sólo en el cuerpo, sino con detalles: unas flores, chocolates, atendiéndose el uno al otro, rezando juntos, llegando temprano a casa para convivir con el otro.

Los sacerdotes, para manifestar que el reino de los cielos ya está aquí y ahora, viviendo la vida virginal debemos manifestar nuestro amor a Dios sirviendo a nuestra comunidad, a esa familia ampliada que son nuestros fieles, que es la Iglesia de Jesucristo. Si no tenemos caridad "no somos más que sepulcros blanqueados". San Agustín nos dice: *Quiero escribir el libro de mi vida, no de cara a los hombres sino de cara a Dios*; por tanto, descubrió que no vale la pena vivir fingiendo, vivir de apariencias para crearse una buena imagen ante los demás, porque podemos engañar a los hombres e incluso a nosotros mismos, pero no a Dios, "que ve todo lo secreto" y profundiza todo lo que hay en nuestro corazón: la insatisfacción y el desasosiego en que se vive cuando hay una hipocresía, cuando vivimos con una máscara, cuando se sonríe por fuera y se llora amargamente por dentro.

Dejémonos convencer por el mensaje del evangelio de Cristo, para sentir la paz y la autenticidad que deja la coherencia de vida. Y que nuestra fidelidad a Dios se muestre con nuestro cuerpo, cuidando nuestra salud física, junto con nuestra salud espiritual, nuestro arreglo personal, el decoro, la belleza y dignidad de nuestros templos; y que no nos hagamos esperar para celebrar los sacramentos y los preparemos por amor; que nuestras flores y la lámpara del Santísimo encendida sean detalles para nuestro amigo amado, para Dios Nuestro Señor.

Nuestras buenas obras, nacen del mismo Dios, no somos nosotros, es Él en nosotros.

Así podemos concluir junto con San Pablo, y con el mismo Jesucristo, El Señor, que toda acción humana nace del amor y busca el amor. Mi forma de vivir y actuar, es decir, mi acción es mi respuesta a la vocación al amor.

Aquellos que hemos sido llamados al sacerdocio o vida consagrada, sabemos que no nos basamos en nuestras propias fuerzas, sino en la fidelidad incondicional de Dios que llama. Y no lo olvidemos: "El cuerpo, y sólo él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino" (San Juan Pablo II).

Pidamos a Santa María que interceda por nosotros en estos ejercicios espirituales y nos alcance la pureza del cuerpo y del alma. Amén.



P. Antonio Rivero, L.C.
Doctor en Teología
Espiritual, Licenciado
en Filosofía, Licenciado
en Humanidades
Clásicas

La dirección espiritual para el Maestro Ávila como un auténtico *“amoris officium”*, *“ministerio de amor”* (4)

¿A quién y cómo elegir el director espiritual?

Una vez que uno ha determinado dejarse acompañar en el itinerario espiritual, se presenta una cuestión fundamental que es la elección de la persona que ha de guiar ese camino, y esta elección es una de las más trascendentales en la vida de un cristiano.

El mismo san Juan de Ávila previene, a los que quieren progresar en la vida espiritual, del peligro que se corre, cuando uno se pone inconsideradamente en manos de cualquier director¹.

Esto nos indica la importancia de tal decisión y esta importancia se debe a la influencia positiva o negativa que ejerce el director sobre la persona del dirigido; pues a través del coloquio personal, que se da en toda dirección, el dirigido sintoniza con la personalidad del director, modos y maneras de pensar, planteamiento de vida, visión de las cosas..., con lo cual se hace totalmente imprescindible que la persona elegida tenga una cierta madurez humana y espiritual, así como un verdadero, auténtico y objetivo sentido de la realidad.

Se dan casos de personas que no han llegado a alcanzar el fin de la dirección espiritual, es decir, el

grado de santidad que Dios quiere, por haber actuado mal o ligeramente a la hora de elegir un determinado director. Todo esto nos hace caer en la cuenta de lo mucho que se juega una persona a la hora de buscarse un padre espiritual. Y por supuesto, también nos hace ver la gran responsabilidad que un director adquiere a la hora de aceptar un acompañamiento espiritual.

Al elegir un director se hace necesario tener las ideas claras de lo que se busca y se pretende con la dirección, de lo contrario se puede caer en ciertos peligros que no ayudan para nada, sino que complican a la persona interesada. Este puede ser el caso de la persona que busca en la dirección una gratificación sensible, intelectual y psicológica, que le hace depender totalmente del director, esperando que éste le dé la seguridad que le falta.

Otro peligro que se puede dar es el de aquel que no se contenta si no tiene al director que cree perfecto. No es bueno confundir al guía espiritual con una persona ideal, que sea capaz de resolver todos los problemas y que dé respuesta a todos los interrogantes; porque tales personas no existen y la persona que busque esto no lo encontrará². La elección de director debe partir de la persona interesada, y uno no se debe proponer a sí mismo. Es fundamental que el individuo se sienta con total

¹Cf. *Audi Filia* [II], 55, nn. 3 y 5.

²Cf. MAURICIO COSTA, *Direzione spirituale e discernimento...*, 100.



libertad a la hora de elegir. El Maestro Ávila era muy respetuoso en esto, ya que nunca se buscó a sí mismo en la dirección de los otros, sino que eran los otros los que le buscaban, los que acudían a él, o bien por carta o bien en persona.

En sus numerosas misivas puede comprobarse cómo éstas son respuestas a otras cartas previas, escritas a él por sus destinatarios³. Incluso él mismo se sorprende, en alguna de ellas, que le tengan y consideren como maestro y padre. A un sacerdote, discípulo suyo le escribe: "Y también obró en mi (la carta) mucha confusión de haberme llamado maestro y padre del que ya pensaría hacerme Nuestro Señor merced de acertar a ser su hijo y discípulo"⁴.

El punto de partida a la hora de elegir a un director espiritual puede ser el consejo que un amigo puede dar a otro acerca de una persona concreta, que le puede ayudar en algún asunto en particular o en su vida en general. Posiblemente de esta manera muchos llegaron a conocer a Ávila aconsejados por otros, ya que su fama se extendió por todas partes, pues "*Bonum diffusivum sui*". Parece ser que sus cartas se convirtieron pronto en alimento espiritual de los amigos de los destinatarios.-nor

En otros casos, el punto de partida puede ser el sacramento de la confesión, que le ayude a uno a descubrir en el confesor al director que busca y desea; pues le inspira confianza y le comunica paz. Esto puede indicar el inicio de una posible dirección espiritual. También de este modo entrarían muchos en contacto con el santo Ávila, estableciendo así una relación de acompañamiento espiritual.

O sencillamente, puede surgir, de una manera natural y espontánea con alguien que se le conoce desde hace tiempo y se acude a él para recibir consejo, aliento, apoyo para el camino de la fe.

En el caso de un sacerdote, la elección debe estar motivada por el deseo que éste tiene de caminar hacia el pleno desarrollo de su vocación sacerdotal, y para ello, debiera escoger como padre espiritual alguien –normalmente será otro sacerdote- que conozca las exigencias propias del ministerio sacerdotal, con un amor apasionado por el sacerdocio de Cristo y con un deseo de alcanzar la propia santidad, a la que Dios llama.

Además, el sacerdote dirigido ha de encontrar en la dirección, por parte de su director, una visión sobrenatural de las personas y de los acontecimientos.

Todas estas cualidades, digámoslo una vez más, las reunía Juan de Ávila y aquellos que le tomaron como padre espiritual, acertaron en su elección, conduciéndoles hacia la perfección más alta⁵.

A la hora de hacer la elección de director, se presenta ordinariamente la cuestión de si conviene que éste sea más un maestro de ciencia que de experiencia o viceversa.

Esta cuestión es ya clásica. La misma santa Teresa de Jesús de algún modo se la planteó⁶, y nuestro santo, cuando aconseja sobre la necesidad de tomar por guía una persona a la cual confiar la conciencia y



³Pueden verse, entre otras muchas las cartas 1; 2; 3; 4; 6; 7; 9...

⁴Carta 161, 5-7.

⁵Algunas de ellas bien conocidas como doña Sancha Carrillo, san Juan de Dios, Fray Luis de Granada...

⁶Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, V, 13.



el propio parecer, subraya como fundamentales las dos cualidades: maestro de ciencia (persona letrada) y maestro de experiencia⁷.

Pero podemos plantearnos: ¿se da una cierta primacía de la ciencia o de la experiencia, o se las considera igualmente importantes y necesarias? Ciertamente las dos son sumamente necesarias, pero el Maestro Ávila parece dar una pequeña preeminencia a la experiencia, siempre y cuando la persona experimentada sepa dudar e informarse, cuando así le sea necesario, en cuestiones o problemas más delicados que algunas almas atraviesan en su vida espiritual. Vemos cuáles son las palabras del santo:

...hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor, y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dudar y preguntar a quienes les informe. De estos tales bien os podréis fiar, aunque no tengan letras...⁸.

Hasta aquí la segunda parte de la tesis: qué es la dirección espiritual para nuestro Maestro Ávila y

sus objetivos, su importancia y necesidad, el modo de llevarla y cómo elegir el director espiritual.

En el siguiente capítulo, analizaré la tercera parte de mi tesis: cuáles son los temas y consejos que san Juan de Ávila trata con sus hijos espirituales. No en abstracto, sino para cada uno de los estados de vida. El "amoris officium" le dictará qué y cómo aconsejar en cada caso particular.



⁷Cf. *Audi Filia [II]*, 55, n. 3-5.

⁸*Audi Filia [II]*, 55, n.4.



P. Fernando Pascual, L.C.
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología
Profesor de filosofía en el
Ateneo Pontificio Regina
Apostolorum

Trento: ¿Contrarreforma o Reforma?

En muchos libros de historia e incluso entre católicos se suele hablar del Concilio de Trento como si hubiera sido la “contrarreforma” que la Iglesia preparó para frenar y contener la “reforma” protestante.

Existen, sin embargo, motivos importantes para no hablar de “contrarreforma” católica, sino de “reforma” católica, al referirnos al Concilio de Trento. Intentemos presentarlos ahora de un modo breve.

La idea de organizar un concilio para reformar a la Iglesia había estado presente continuamente en los últimos siglos de la Edad Media. Más aún, hubo algunos concilios, como el de Constanza (1414-1418), que buscaron caminos para iniciar la reforma.

A inicios del siglo XVI, antes de la rebelión de Lutero, el V Concilio de Letrán (1512-1517) había aprobado diversos decretos de reforma del clero y de la Curia. Además de este concilio, hubo reformas locales, sea en países como España (especialmente gracias al cardenal Cisneros), sea en órdenes religiosas que se renovaban poco a poco, sea a través de la fundación de nuevas órdenes o congregaciones.

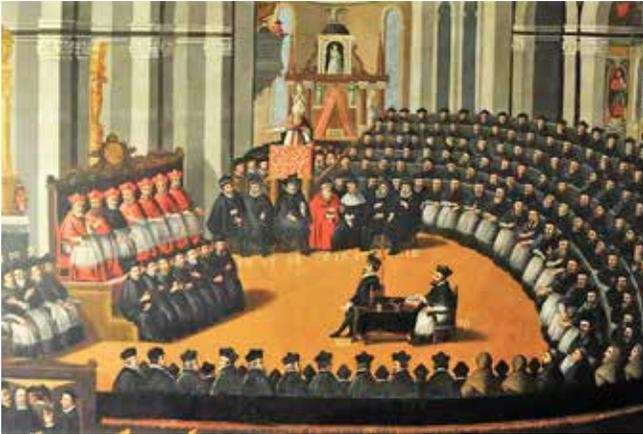
Los deseos de reforma, después de los problemas y tensiones surgidos a raíz de las nuevas herejías que surgieron en Europa (especialmente a causa de Lutero, Calvino, Zwinglio, Melanton, etc.), continuaron y aumentaron. Para canalizar tales deseos, los Papas y grandes hombres de Iglesia pedían un concilio que fuese más a fondo y que tuviese efectos más profundos.

El concilio debería proponerse dos fines: por un lado, dialogar con los cristianos separados (los que conocemos bajo el nombre de “protestantes”, en sus diferentes grupos) para recuperar la unidad en la fe. Para este diálogo, habría que establecer con claridad cuál era la doctrina católica y lo que debía ser considerado como herético. Por otro, el concilio debería promover la deseada reforma en la Iglesia, para vivir más a fondo las enseñanzas de Cristo.

Después de numerosas peripecias, de proyectos más o menos serios, de dificultades enormes debidas a la compleja situación política de Europa con guerras que ensangrentaban el viejo mundo, el Papa Paulo III (1534-1549) decidió acometer una profunda reforma general de la Iglesia católica. Instituyó para ello varias comisiones de reforma, que permitieron aplicar importantes cambios en la misma Curia romana. Desde la primera reunión con los cardenales (el 17 de octubre de 1534), el Papa habló, además, de la necesidad de un concilio de toda la Iglesia.

A pesar de que muchos cardenales no veían con buenos ojos la idea, Paulo III trabajó con denuedo para que el concilio pudiera ser una realidad. En 1537 hubo un primer proyecto de celebración del mismo, en la ciudad de Mantua. Luego hubo un segundo intento de celebración, en la ciudad de Vicenza (1538). Pero a causa de las rivalidades y oposiciones manifestadas por Francia y por el emperador Carlos V, el proyecto quedó detenido por un tiempo.

Cuando las circunstancias fueron favorables, el Papa volvió a lanzar la idea, y se determinó celebrar el concilio en la ciudad de Trento, al norte de Italia y



muy cerca de los territorios alemanes. La elección de tal ciudad tenía como motivo invitar a los protestantes para que el concilio pudiese resolver con ellos las cuestiones que habían dividido el mundo cristiano occidental.

Tras superar nuevas dificultades, algunas surgidas por nuevas tensiones entre Francia y España, el 13 de diciembre de 1545 iniciaba solemnemente el concilio en Trento.

Entre los participantes hay que señalar la presencia de los legados del Papa, de grandes cardenales y obispos, de importantes teólogos, de abades y otras personalidades de la Iglesia. También se encontraban representantes de las naciones cristianas, interesadas de modo diverso en promover la reforma católica y la pacificación entre los cristianos.

Podemos señalar aquí algunos importantes obispos y teólogos del concilio: el obispo español Pedro Pacheco (que fue nombrado en seguida cardenal), los jesuitas Diego Laínez y Alfonso Salmerón (enviados al concilio como teólogos pontificios), los dominicos Melchor Cano y Domingo de Soto, los franciscanos Alfonso de Castro y Andrés Vega.

¿Cuál fue el sistema de trabajo que escogió el concilio? Los legados del Papa recibían de Roma instrucciones sobre los temas que sería conveniente tratar y los presentaban a los padres conciliares. Luego los padres del concilio trabajaban en tres etapas:

1. En la primera, los teólogos y canonistas estudiaban, en sesiones o congregaciones privadas, las cuestiones presentadas y emitían unas primeras conclusiones.
2. En la segunda, los obispos y embajadores discutían en congregaciones generales las conclusiones dadas por los teólogos. Estas discusiones permitían alcanzar acuerdos casi definitivos, que podían pasar a la última etapa.
3. En la tercera, las conclusiones eran proclamadas solemnemente en sesión pública.

Todas las conclusiones aprobadas en votación por el concilio eran luego presentadas al Papa para que decidiese si aceptarlas o modificarlas en algún aspecto. En general, los distintos papas del concilio aprobaron y publicaron las distintas conclusiones elaboradas en Trento.

Según una de las primeras decisiones del concilio, que marcó la tónica del mismo, deberían discutirse conjuntamente las cuestiones doctrinales y las cuestiones disciplinares. En otras palabras, el concilio no se limitaría sólo a las cuestiones más importantes sobre la fe católica, que había sido negada en aspectos muy graves por los protestantes, sino que también promovería caminos para reformar de modo correcto la vida de la Iglesia católica.

El concilio de Trento estaba en marcha desde diciembre de 1545. Pero su camino fue largo y con interrupciones que más de una vez amenazaron con dejar la tarea a medio camino.

En forma de resumen, hay que recordar que el concilio se desarrolló en tres etapas.

La primera etapa (1545-1547) tuvo lugar durante el pontificado de Paulo III. Los primeros decretos aprobados (8 de abril de 1546) trataron sobre las fuentes de la fe católica y sobre el texto de la Sagrada Escritura, su administración y su uso. Es decir, fueron tratados temas doctrinales y temas disciplinares o de reforma, con indicaciones precisas sobre cómo



proceder en la edición de los libros sagrados.

Dentro de la primera etapa, en junio del mismo año 1546, era aprobado el decreto sobre el pecado original (tema doctrinal), y un decreto de reforma con dos partes (sobre la enseñanza de la Sagrada Escritura y la teología, y sobre la predicación).

A los pocos días iniciaba un largo periodo de debates sobre el tema de la justificación. Entre junio de 1546 y enero de 1547 se dedicaron a este tema 44 congregaciones particulares y 61 congregaciones generales, que llevaron a un decreto profundo y denso sobre uno de los temas más candentes surgidos de las discusiones con los protestantes. Junto a este decreto dogmático se aprobó un decreto de reforma dedicado al tema de la residencia de los obispos.

En marzo de 1547 fueron aprobados decretos dogmáticos sobre los sacramentos en general, y especialmente sobre el bautismo y la confirmación; y varios decretos de reforma: sobre las cualidades de los preladados, y sobre la acumulación de obispados y prebendas.

Diversas circunstancias detuvieron los trabajos del concilio. En la primavera de 1547 muchos creyeron que había iniciado un brote de peste en Trento, por lo que la mayoría de los padres conciliares decidieron trasladarse a la ciudad de Bolonia. Otros padres, en cambio, permanecieron en Trento. La división hizo que el Papa y sus legados no viesen oportuno aprobar

nuevos decretos. Otras circunstancias políticas llevaron a que el concilio quedase casi bloqueado a finales de 1547, y el mismo Papa Paulo III, en septiembre de 1549, suspendía de modo indefinido los trabajos del mismo.

Quedaban pendientes, sin embargo, numerosos temas y problemas que necesitaban ser estudiados. Con la elección como Obispo de Roma de Julio III (1550-1555), se procedió a una nueva reforma de la curia, y se decidió la reanudación del concilio.

La segunda etapa del concilio (1551-1552) significó el regreso de los padres conciliares a la ciudad de Trento y llevó a la aprobación de un buen número de documentos. De carácter dogmático fueron aprobados los decretos sobre la eucaristía, el sacrificio de la misa, la penitencia, la extremaunción (unción de los enfermos), y el sacramento del orden.

Los decretos disciplinares de esta segunda etapa estuvieron dedicados a los siguientes temas: la jurisdicción de los obispos, los procesos eclesiásticos, las admisiones a las órdenes sagradas, el modo de vestir de los clérigos.

Es interesante recordar que en esta segunda etapa se enviaron salvoconductos a teólogos protestantes para que pudiesen participar en las diversas discusiones. Varios de esos teólogos llegaron a partir de octubre de 1551, pero formularon exigencias que ni los padres conciliares ni el Papa podían aceptar. La presencia de los delegados protestantes entorpeció, por lo mismo, la marcha del concilio, que no pudo alcanzar nuevos acuerdos.

A causa de una rebelión contra Carlos V preparada por diversos príncipes protestantes y que fueron apoyados por Enrique II de Francia, la situación política y militar llevó a que el 28 de mayo de 1552 los padres del concilio decidiesen la suspensión del mismo durante dos años.

La muerte de Julio III detuvo ulteriormente los trabajos. El concilio no pudo reanudarse durante el breve pontificado de su sucesor, Paulo IV (1555-



1559). Sería el siguiente Papa, Pío IV (1559-1565) quien convocase lo que hoy conocemos como la tercera etapa del concilio de Trento (1562-1563).

En esta última etapa participaron numerosos eclesiásticos. Entre los que firmaron las actas finales del concilio el 4 de diciembre de 1563, había 4 legados del Papa, 2 cardenales, 3 patriarcas, 25 arzobispos, 167 obispos, 7 abades, 7 generales, 19 procuradores (representantes) de prelados ausentes, y 19 embajadores de reinos cristianos.

En esta etapa fueron aprobados decretos dogmáticos sobre los siguientes temas: la comunión bajo una sola especie, el santo sacrificio de la misa, el sacramento del orden (dedicado especialmente al episcopado), el sacramento del matrimonio (con el decreto *Tametsi* que prohibía y declaraba inválidos los matrimonios celebrados en privado a partir de entonces), el purgatorio, la invocación y veneración de las reliquias y de los santos (así como de sus imágenes), las indulgencias.

En el campo disciplinar fueron tratados estos argumentos: la disciplina del clero, la formación de los sacerdotes (con la petición expresa de instituir seminarios para este fin), el modo correcto de celebrar la misa, los testamentos y la administración de las causas pías, las normas para elegir obispos y cardenales, la obligación de celebrar sínodos provinciales cada tres años, la visita pastoral, la predicación, la instrucción de la juventud, la reforma monástica, la mortificación, la guarda de los ayunos, la observancia de los días de fiesta indicados por la Iglesia, etc.

Respecto a la comunión bajo una sola especie, que fue la disciplina adoptada por el concilio, es interesante notar que se dio un permiso especial a algunos obispos alemanes para que pudieran repartir la comunión bajo las dos especies (del pan y del vino) en sus diócesis. Tal concesión, sin embargo, causó no pocos problemas, y fue suprimida en Baviera en 1571, y en Austria en 1584.

Otras indicaciones dadas en esta etapa se referían

a la necesidad de preparar un Misal y un Breviario (Liturgia de las Horas) corregidos, un Catecismo, y un índice de libros prohibidos. Estos textos fueron publicados en los años sucesivos y ayudaron mucho a la vida de la Iglesia.

La larga enumeración (y no completa) del trabajo realizado por el concilio de Trento muestra hasta qué punto se trató de un evento de importancia indiscutible, originado no sólo desde el deseo de responder a los errores de la reforma protestante, sino, sobre todo, desde el anhelo de promover una auténtica y profunda reforma católica.

Podemos así concluir, como han indicado importantes estudiosos de la historia de la Iglesia, que sería un abuso usar la palabra "reforma" para referirse a los protestantes, y la palabra "contrarreforma" para aludir a los católicos.

Como acabamos de ver, los Papas no convocaron el concilio de Trento simplemente para actuar "contra" los movimientos heréticos surgidos en el siglo XVI, sino sobre todo para actuar "a favor" de una profunda renovación en la misma Iglesia en todos los niveles: la doctrina, los sacramentos y la liturgia, la Curia romana, los obispos, los sacerdotes, las órdenes y congregaciones religiosas, los fieles laicos.

Lo más correcto sería, entonces, hablar de dos reformas: una protestante (que llevó a graves desviaciones doctrinales y a algunos serios abusos





morales) y otra católica.

Trento, en ese sentido, fue una gracia extraordinaria para la Iglesia católica, un evento que alentó, organizó y relanzó el deseo de renovación cristiana que el Espíritu Santo había suscitado en muchos corazones de fieles hijos de la Iglesia, de auténticos seguidores de Jesucristo.



Evocaciones en torno a Héctor y Andrómaca. Un matrimonio patrimonio de la humanidad



Antonio Herrero Serrano, L.C.
Licenciado en filosofía
Profesor de humanidades clásicas.

IN MEMORIAM
P. PAVLI LÓPEZ MARTÍNEZ, L.C. (1937-2022),
QVI HOMERI POEMATVM HVMANIORES VIRTUTES
NOS EDOCVIT ET ILLVSTRAVIT

1. Homero habló en un telediario... Y en griego

Hace algunas décadas, Homero nos habló en un telediario. En griego y con voz de mujer, para sorpresa común. Sí, el añoso poeta abandonó su lejanía de cerca de veintiocho siglos y se convirtió en mediático unos instantes.

Era el 14 de junio de 1986. Había muerto Jorge Luis Borges. Su esposa, María Kodama, argentina de origen griego, ataba en dos hexámetros lo que había sido para ella su marido. Y los citaba y recitaba en griego: «Tú eres para mí el padre y la venerable madre, el hermano y el floreciente marido»¹. Homero, el ciego poeta, hablaba en la voz femenina de la esposa de quien también era poeta y literato. María compartía su bella lengua con el viejo rapsoda. Importaba poco que la zanja de más de dos milenios y la natural evolución de la lengua griega alteraran sin duda el acento original del aedo.

Otra nota asociaba aún a María con el poeta de las grandes epopeyas griegas: la ciega de su

recién fallecido esposo. María Kodama tomaba en préstamo las palabras de Andrómaca dirigidas a Héctor, su esposo, en la despedida ante las Puertas Esceas de la muralla de Troya. Dos versos que son el resumen del matrimonio ejemplar de la *Ilíada*: Héctor y Andrómaca. En la *Odisea*, la pareja centrípeta de toda la acción son Ulises y Penélope; pero estas líneas quieren, más bien, evocar el matrimonio de Troya, monumento vivo del amor matrimonial que da calor y ternura a los cantos VI y XXII, en medio de la epopeya sangrienta de Ilión.

2. El encuentro junto a las Puertas Esceas

La batalla en torno a las murallas se recrudece. Héctor está resuelto a lanzarse al combate. El celo valeroso por su patria es explosivo: «Mi ánimo me incita a socorrer a los troyanos»². Pero su temple no le lleva a olvidarse de la familia. Tiene que despedirse de su esposa y de su hijo, a como dé lugar. No los halla en palacio. Se dirige fuera de la ciudad y, al llegar a las Puertas Esceas, se encuentra a Andrómaca y al pequeño Astianacte -*Rey de la ciudad*-, su hijo.

¹HOMERO, *Ilíada* VI,429-430. De ahora en adelante se citarán solo el canto y los versos, sin repetir el título.

²VI, 361-362.



Héctor lo llamaba Escamandrio. Encuentro emotivo, patético. Sentimientos y presentimientos tejen el escenario. Andrómaca trata, corazón en la mano, de convencerle de que no se lance al combate. ¿Los motivos? El hijo común, infante aún, y ella, que ya se siente viuda. Viudez que será soledad total, pues no tiene ya ni padre ni madre; ni hermanos: a los siete los mató Aquiles. Héctor concentra y supera todos esos amores para ella: «Héctor, tú eres para mí el padre y la venerable madre, el hermano y el floreciente marido». La conclusión de su patética exhortación: «Compadécete y quédate aquí sobre la torre. No dejes huérfano al niño y viuda a tu mujer»³.

Héctor está a unos pasos de una vidriosa disyuntiva: el amor y defensa de la patria o la fidelidad y el amor a su esposa y a su hijo. La primera posibilidad del dilema le va a traer, casi seguro, la muerte. Para la intuición femenina de Andrómaca, eso es ya un hecho, pues conoce de sobra el amor patrio y el pundonor de su cónyuge, como también la fiereza incontenible de Aquiles. La segunda le retendrá junto a sus seres queridos, pero a costa de la pérdida, casi segura, de Ilión. La *pietas* (εὐσέβεια) para con la patria, frente a la *pietas* hacia la familia. Héctor reconoce que a él también le atormenta el dolor de su esposa, superior al de Hécuba y Príamo porque, también para él, su esposa es ya más que sus padres, incluso ahora que todavía viven. Forcejeo mutuo de las dos fuerzas del aprieto. La *pietas*, de lejanía y amplio recorrido, como veneración hacia la patria, enfrentada a la *pietas*, intensa igualmente, pero de cercanías, que le incita a quedarse en las cómodas paredes de su hogar. Héctor resuelve el conflicto desgarrador de valores a favor de la patria, invocando la ayuda de los dioses para él y los suyos, sobre todo para su hijito.

Llama la atención la perspectiva de miras, masculina o femenina, de cara al destino: lo que para Héctor es valentía (θυμός) racional, que defiende a Ilión como valor primero, es para Andrómaca furia, ira (μένος) instintiva y destructora, pues prefiere la patria



a ella y a Astianacte. Idiosincrasia del hombre, más frío y sereno al juzgar en momentos de turbulencia, diferente de la sensibilidad femenina, más apegada a lo que afecta inmediatamente. Héctor es consciente de lo que se le vendrá a Andrómaca, su esposa, y adelanta incluso el futuro plomizo de ella como viuda. Acepta ahora el mismo presentimiento de Andrómaca. Si ella le acaba de suplicar: «No dejes viuda a tu mujer», él mismo se aventura a descender el telón de lo por venir, para visualizarla a ella como viuda. Así el dolor mutuo se hace más dramático: ella, esclava, tejiendo telas para otra mujer o trayendo agua de la fuente, entre comentarios infamantes e irónicos: «¡Ahí va la mujer de Héctor, que era el mejor de los troyanos en el combate!»⁴. El corazón de Héctor se desgarró y se horroriza ante la visión de ese cuadro: «Se renovará el dolor, al verte privada del hombre que apartaría de ti el día de la esclavitud. Pero que a mi cadáver lo cubra la tierra, antes que escuchar tus gritos y saber que te arrastran»⁵. Futuro descarnado y lacerante el de su esposa, tanto más por cuanto el presente es aún lo opuesto. Héctor ha preferido, sin embargo, no bosquejar el porvenir de su Escamandrio, a quien Andrómaca ha antevisto como huérfano, a la vez que ha pedido a su esposo -como ya sabemos- que no lo vaya a dejar en tal condición.

³VI, 431-432.

⁴VI, 460-461.

⁵VI, 462-465.



3. De la tensión al humor

Escena intensísima, con el amor mutuo de los esposos elevado al máximo voltaje, si cabe usar esa metáfora. Homero advierte esa alta tensión que él ha generado en la escena y quiere amortiguarla. Andrómaca es delicada esposa, pero, a la vez, ternísima madre. Junto a ella está siempre la nodriza con el hijo. El poeta elige un detalle simpático: el niño se atemoriza ante la armadura de su padre, sobre todo ante el yelmo y su ondulante cresta. Es la manera por la que Homero hace entrar a la criatura en el drama del escenario. Él, que no puede proferir palabra -es *νήπιος*, *in-fans*-, ve aterrorizado el atuendo insólito de su padre e, implícitamente, el presentimiento de algo malo: su entrada en la batalla. Con esa mueca o llanto de terror, el infante acaba de «hablar» a su modo. Su discurso, sin palabras, ha sido el del horror a la vista de su padre en aquella traza. Es el mismo discurso de temor y temblor que su madre sí ha proferido, de hecho, ante su esposo. El espanto de Astianacte, tan acorde con los sentimientos de su madre, revienta y se traduce ahora para el padre y la madre en una sonrisa: «Sonrieron el querido padre y la veneranda madre»⁶. El miedo del niño y el refugiarse en el regazo de la nodriza a la vista del padre, sobre todo por el penacho del morrión, rompen las tensiones de sus padres. La sonrisa amortigua lo trepidante del momento.

Homero ha sabido encontrar en ella el bálsamo que da un respiro psicológico al patetismo de la escena. La catadura terrorífica de Héctor parece haberse aminorado ahora para el niño e incluso para Andrómaca. El *terror* ha cedido a la *ternura*, y el *espanto* a la *simpatía*. El hijo es en ese instante el eje y la unión más acendrada del matrimonio, atemperador también del doloroso torrente sentimental de los jóvenes esposos. Además, Héctor, despojado ya de su casco por mandato ingenuo y tácito de su hijo, está

en condiciones de rezar a la divinidad. El soberbio caudillo troyano se convierte ahora en devoto y humilde súbdito de los dioses, sin la altanería del escalofriante yelmo y de su penacho aterrador. El mismo infante, que ha forzado graciosamente a su padre a quitarse el casco para no asustarle, acaba de lograr que esa circunstancia le presente ante Zeus de manera adecuada: con la cabeza descubierta de todo suplicante. Ahí está Héctor, domador de caballos, abajado ante Zeus y los otros dioses. Ahí, sencillito, puede entrar en oración y suplicar en favor propio y de su Escamandrio: «Zeus y los otros dioses, conceded que también este hijo mío sea, como yo, esforzado entre los troyanos [...]; y que, al verlo regresar del combate, alguien diga entonces: “Es mucho más valeroso que su padre”»⁷. El encuentro, que inició como familiar, termina como religioso, pero siempre lleno de afecto.

Homero nos ha conducido por una escala de valores bien jerarquizada. Y lo ha hecho casi sin darnos cuenta: sobre la *pietas* de la familia, ha situado en Héctor el amor a la patria⁸; y a la *pietas* hacia Ilión se sobrepone, en el héroe, la *εὐσέβεια* para con Zeus y los otros dioses. En el ánimo de Héctor, el valor -la *ἀρετή*— ha desembocado, ascensionalmente, en la *εὐσέβεια*; se ha fundido con ella, fortaleciéndose



⁶VI, 471.

⁷VI, 476-480.

⁸Este amor a la patria, que es en Héctor superior incluso al amor a la familia, puede explicarse e ilustrarse muy bien con estas líneas de Marco Tulio Cicerón: «Cari sunt parentes, cari liberi, propinqui, familiares, sed omnes omnium caritates patria una complexa est» (De Officiis, I, 57).



mutuamente. Es verdad lo que le ha dicho su esposa: tiene mucho valor y arrojo -*virtus*, que dirían luego los latinos-, incluso algún asomo de ira, al menos así lo ha percibido la sensibilidad femenina. Pero ese valor busca lo mejor. Porque no es valentía bruta, sino ἀρετή, escala hasta el último peldaño, pues la ἀρετή busca lo mejor (ἄριστον), la perfección, incluso más depuradamente que la *virtus* de los latinos.

4. ¿Héctor o Aquiles?

Cuando estudiábamos en el aula del centro de humanidades las tramas homéricas para el acto público —o academia— del curso 1973-74, y también décadas más tarde, al releer a Homero, nos atraía más Héctor que el mismo Aquiles. Al guerrero de Ilión lo sentíamos muy humano y cercano. Será porque el héroe aqueo es casi pura y ruda ἀνδρεία (*virtus*), aparte de que su origen híbrido, mitad divino, mitad humano, nos lo aleja de la orilla de los mortales. De audacia indiscutible, pero arisco y resentido, hasta con rabieta de adolescente. Rara vez⁹ deja de manifiesto la otra cara de la ἀρετή: la bondad, la compasión. En efecto, la ἀρετή entraña valentía y humanidad, a partes iguales y bien trabadas. Por el contrario, Héctor es aguerrido, pero muy sensible ante su esposa y su hijo, y posee un ardor que busca lo mejor, la excelencia (ἀρετή). Con esto, su personalidad, su *humanitas*, es más completa que la de Aquiles.

Al final, la ἀνδρεία de Aquiles dará muerte a la ἀρετή de Héctor pero, de cara al espíritu humano, Héctor -al menos así lo sentíamos en aquellos años juveniles- triunfa sobre Aquiles. Éste, entonces el superhombre del momento en la fantasía de los niños y también en la mente de los adultos, hacía que dos mundos, el griego y el troyano, giraran en torno a él, a su ira y a su necesaria victoria. Aun así, Aquiles no llegó a esa completa *humanitas* de Héctor; tal vez por ser hijo «mestizo»: de una diosa y de un hombre,

y por no acabar de llenar ni los genes divinos ni los humanos que bullían en su sangre. Un semidiós, de acuerdo; pero menos humano, por eso mismo. Héctor, hijo solo de humanos, sí que alcanzó el grado más alto de humanidad. Es un gran héroe lleno de valentía: «Aprendí a ser valiente siempre y a luchar entre los primeros troyanos»¹⁰. Pero no es de talla extraterrestre.

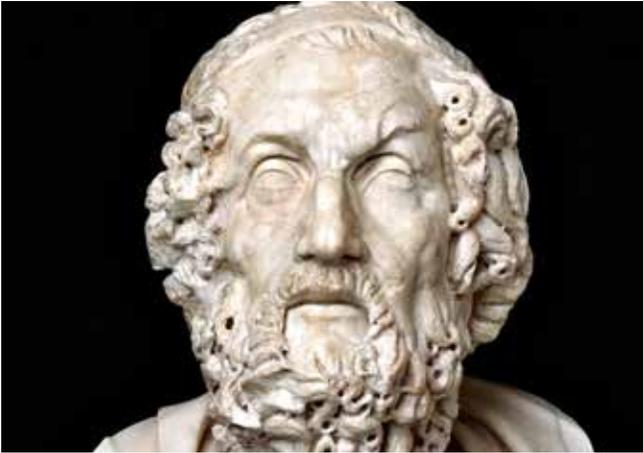
Es verdad que en esa vertiente humana de Héctor influye, sin duda, la coloración peculiar y el comprensible «prejuicio afectivo» con que Homero lo va dibujando y moviendo en los avatares de la epopeya. El poeta, que probablemente nació en el Asia Menor, región de Ilión, inclina la balanza del relato, casi sin quererlo, hacia su héroe patrio.

Las Puertas Esceas y las murallas de Troya son un remanso de paz y de ternura en medio del fragor de una guerra ya larga. Un escenario convulso, tan poco favorable para la intimidad, Homero se ha dado traza para convertirlo en el más adecuado para el adiós. Allí se va a despedir este conocido matrimonio, patrimonio de la humanidad. Más aún, una epopeya que comenzó con la palabra *ira* (μῆνιν), para condensar la obra en torno a la furia de Aquiles, se ve aquí suspendida en esta cala de apacible afecto



⁹Posiblemente con motivo de la muerte de su amigo Patroclo que tanto dolor y lamentos le causa (cf. XVIII, 70-93; 98-106; 316-342) y en el diálogo con Príamo (cf. XXIV, 506-526), que le solicita el cadáver de su hijo Héctor, al tiempo que su ancianidad y pesares recuerdan al héroe vencedor los de Peleo, su padre.

¹⁰VI, 444-445.



y hasta de contenido *humor*.

5. Actualidad de un adiós de hace más de dos milenios

También es propiedad de la humanidad, desgraciadamente, la circunstancia particular de ese encuentro: la guerra. ¡Cuántas veces se habrá repetido, en el curso de la historia, una despedida así entre esposos, cuando el clarín ha llamado a los hombres a entrar en el combate! Me encontré con las páginas de Homero en los años setenta. El pasaje evocado y los lamentos posteriores a la muerte de Héctor los traducíamos -o, para ser más sincero, nos devanábamos la cabeza por lograrlo- y los comentábamos, bajo la guía de nuestro profesor de griego, el afanoso padre Pablo López, experimentado helenista, fallecido hace unas semanas. La mencionada academia de ese curso fue precisamente sobre varios personajes de la *Iliada*. Los presentábamos y estudiábamos unos jovencuelos. Pues bien, en esos momentos en que seguíamos los trabajos y penalidades del joven matrimonio homérico junto a la muralla, la guerra de Vietnam (1955-1975) estaba en lo más candente y decisivo. Llevaba ya cobrando vidas casi el doble de años del decenio que duró la de Troya. Era noticia casi diaria. En ella se repetía una y otra vez la escena de la despedida homérica: esposas vietnamitas, del norte o del sur, y esposas estadounidenses a miles de kilómetros despedían a sus maridos que iban a combatir; novias que a duras penas podían desprenderse de sus prometidos

cuando iban al frente a defender lo que la patria exigía, fuera o no atinado. Y nosotros, estudiantes celosos de las humanidades clásicas, pensábamos cómo los sentimientos humanos tejen y cosen al instante escenarios y siglos tan diferentes: los homéricos y los nuestros. Ésa es la ventura políglota y pluritemporal de las obras y de los autores perennes como Homero. Por desgracia e insospechadamente, en este año 2022 estamos reviviendo desgarradores abrazos y duelos parecidos de esposos, de padres y de hijos, con la situación bélica desatada en Ucrania.

Hace tiempo llegó a mi ordenador un artículo del escritor Arturo Pérez Reverte. Se titulaba *El adiós de Héctor*. La evocación que trazaba el escritor ha impulsado ésta mía, que va ya adelantada. El hoy novelista y miembro de la Real Academia de la Lengua Española tradujo a Homero en el colegio, hace cincuenta años. *O tempora, o mores!*, cabe exclamar en favor de los bachilleratos de aquellos años en la tierra de este novelista! Él, joven cartagenero, era «ignorante, todavía -confiesa-, de que no demasiado tiempo después iba a ver a Héctor despedirse de Andrómaca en la vida real. Y no una, sino muchas veces».

Reverte fue, décadas más tarde, corresponsal de televisión en varias guerras. Lo seguíamos en los telediaros con los tiroteos zumbando a sus espaldas. Vio arder Beirut y Sarajevo: «Reconocí en ellas, sin dificultad, las llamas de Troya». Aludiendo a las obras de los autores clásicos que poblaron su bachillerato, concluye así sus recuerdos: «En cierto modo, todo eso lo había visto ya. Lo había leído. Estaba, en cierto modo, preparado para comprenderlo y asumirlo. Para extraer lecciones prácticas de vida, rentabilizándolo en una mirada sobre el mundo y sobre mí mismo. Y es con todo eso, con la mirada que tales libros y vida me dejaron, con lo que ahora escribo novelas. Con lo que hoy hablo de Héctor despidiéndose de Andrómaca». Reverte, educado por los clásicos.

El novelista no habla, en sus remembranzas, de los lamentos desgarradores de las viudas al recibir la noticia de la muerte de sus esposos. Pero claro que se dieron en la guerra de Vietnam, en la de Sarajevo,



o en cualquier otra guerra, como en la actual de Ucrania. El cartero llega a una casa, un día ordinario en que la señora está en las tareas domésticas. Toca la aldaba o el timbre, sale una mujer. «¿Vive aquí la señora..., esposa del soldado...?». De aquel lado, el presentimiento hecho realidad. De éste, un saludo cortés, pero serio. Luego, una carta, un paquete, acompañados de un «Lo siento; esto es lo que se pudo recoger de él y son los recuerdos para usted y su familia». A continuación, lágrimas que rompen poco a poco y terminan en llanto inconsolable y en desgarramiento del alma. O, con alguna variación del tema, se avisa de la llegada del féretro, envuelto en la bandera nacional, y se notifica la hora de la ceremonia -eso sí, muy solemne- para rendir al hijo caído por la patria los honores oficiales. También, sollozos, gemidos, no sofocados siquiera por los himnos del solemne acto. Varias películas han repetido escenas como éstas, pero la realidad es más recia y áspera.

6. El lamento de una viuda

A Andrómaca le sucedió antes. Hace cerca de tres mil años. Un cuadro costumbrista del gineceo —estancias femeninas— del palacio real de Troya: Andrómaca está al telar; las criadas preparan el agua caliente para el baño de Héctor al regresar del combate. Allí, donde ahora está, es donde la quería su esposo: en las ocupaciones domésticas propias de la mujer, no en preocupaciones de batallas, deber de los varones. Ésa fue la orden que le dejó al despedirse: «Ve a casa, dedícate a tus labores: el telar y la rueca, y ordena a tus sirvientas ponerse a trabajar. La guerra, en cambio, es tarea de todos los varones nacidos en Ilión; sobre todo, mía»¹¹. Ánimo valiente e hidalgo el de Héctor.

De pronto, un gemido traspasa las puertas de palacio: para la esposa de Héctor, traducido en un barrunto trágico. Quiere conocer lo que ha

ocasionado el grito. Como una loca, estallándole el corazón¹², se lanza fuera de casa, hacia la torre. Y, ante la realidad, el presentimiento es, de pronto, conocimiento y, simultáneamente, desvanecimiento por tanto dolor. Recuperada, prorrumpe en un largo lamento. Homero urde esa elegía¹³ con los tonos más oscuros y los pesares más intensos que deja en la boca de Andrómaca. Lloro ésta su suerte venidera, cuando empiece a notar, mucho más que ahora, la privación física de Héctor, aunque vaya a estar siempre con él en la mente y en el corazón. Nacidos en lugares distintos: Héctor, en Troya; Andrómaca, en Tebas. Ya antes la princesa ha recordado su Tebas natal, en el encuentro de las Puertas Esceas¹⁴. Origen diferente, pero el mismo destino (ἰὴ ἄσση): dolores y pesares mutuos, penar de ella tras la muerte de Héctor. El lugar de este sufrimiento variará también, como el del nacimiento: las mansiones del Hades serán ahora la morada de Héctor, mientras que ella tornará, sí, al palacio, pero, ¡ay!, viuda. Por esto, los aposentos conocidos serán para ella un latigazo más en su tormento.

Ni siquiera les unirá ya físicamente Astianacte. A este lo recuerda dos veces su madre en el lamento, no sin ironía, para traer a la mente la dicha del infante hasta el presente. Por la admiración hacia Héctor,



¹¹VI, 490-493.

¹²Cf. XXII, 460-461.

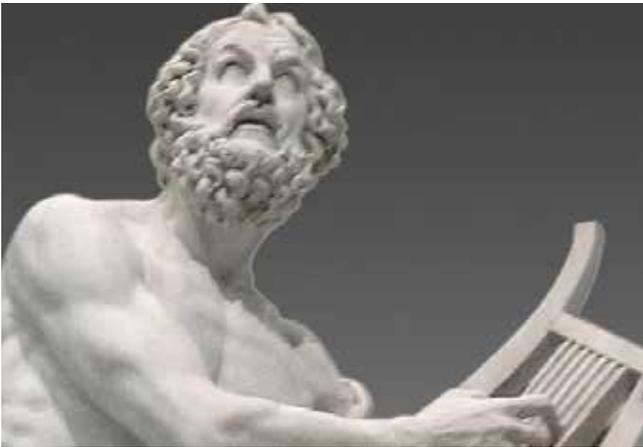
¹³Cf. XXII, 477-514.

¹⁴Cf. VI, 416. También poco antes Homero menciona a Tebas, cuando habla de Eetión, padre de Andrómaca, señor de Tebas Hipoplacia (cf. VI, 395-397).



los troyanos pronunciaban con respeto el nombre *Astianacte* -Rey de la ciudad- dado a su hijo. Pero, de ahora en adelante, lo gritarán con ironía y en son de mofa¹⁵, pues ha quedado huérfano. Si en el canto VI, Homero hacía que Héctor rasgara el telón del futuro de Andrómaca, ahora induce a la esposa a descorder el velo del futuro del ya huérfano Astianacte: «No dejes huérfano al niño», había implorado a Héctor. Y si ya entonces presentía la orfandad del hijo y sus consecuencias, ahora la describe magistralmente a golpe de datos impresionistas seleccionados y rociados luego en los versos con tintes sombríos: despedido de aquí y de allí por los antiguos amigos de su padre, que acompañan e incrementan aún más su desdén con el remoquete sarcástico: «Vete de aquí. Tu padre no come junto a nosotros»¹⁶. Y la reacción del huérfano, como era de esperar: «Llorando regresa el niño a su madre *viuda*».

Homero ha subrayado la condición de la madre, dejando lenta e intencionadamente el adjetivo (*χήρη*) para dar énfasis al final de un verso que ha empezado ya lúgubramente con el huérfano deshecho en llanto (*δακρυόεις*). Viuda y huérfano, desvalidos sin Héctor, su antiguo amparo y valedor. Y esa hoja del díptico



que adelanta el futuro la contrapone Andrómaca, guiada por Homero, con la del pasado, lleno del cariño de su padre, y de la vida regalada de un príncipe: antes comía lo mejor de las ovejas, sobre las rodillas de su padre, y dormía en suave lecho. De todo esto, nada ya, pues se ve privado de su querido padre¹⁷. El contraste del *antes* -*πρίν*¹⁸-de Astianacte con su *ahora* -*νῦν*¹⁹- atrae mucho más al lector hacia la suerte desgraciada de Andrómaca y de su hijo, sobre todo cuando ese *ahora* suponga, casi con toda seguridad, el ultraje hasta del mismo cadáver de su querido Héctor: «Ahora, en cambio, junto a las cóncavas naves, lejos de tus padres, los gusanos que se mueven te comerán una vez que los perros se sacien»²⁰.

Con estos recursos descriptivos, con el cambio brusco de escenarios —del gineceo del palacio real al campo de batalla...—, Homero parece a veces un cineasta *ante litteram*. Además, con la antítesis, favorecida por la rima consonante, de los dos citados adverbios griegos, Homero logra la *com-pasión* de los que están viviendo el momento: la viuda, el huérfano, las criadas, que escuchan a su ama deshecha en llanto. Y -¿por qué no?-, hasta el mismo Homero parece vibrar con la tragedia que relata y consigue sumergir en ese cosmos doliente al atento lector; no importa el siglo en que éste viva. Impresiona que cuando Héctor y Andrómaca se despiden —rapsodia VI—, ella solo anticipa su más que posible futuro y el del hijo, pidiendo a Héctor: «No dejes huérfano a tu hijo, ni viuda a tu mujer»²¹. Pero no concreta ella pormenores de esos tiempos aciagos que pueden llegarles. En ese momento ha sido solo Héctor quien ha columbrado y traído del futuro los pormenores humillantes de la viudez de su esposa.

Dieciséis cantos después del coloquio junto a las puertas de la muralla -en la realidad cronológica, cuatro

¹⁵Cf. XXII, 500,506.

¹⁶Cf. XXII, 498.

¹⁷Cf. XXII, 505.

¹⁸Cf. XXII, 500.

¹⁹Andrómaca recalca el adverbio de tiempo y lo repite: cf. XXII, 505,508.

²⁰XXII, 508-510.

²¹VI, 432.



o cinco días más tarde-, es Andrómaca, al contemplar el cadáver de Héctor arrastrado por los caballos de Aquiles, quien ha desentrañado los particulares, vivos y patéticos, de la orfandad de Astianacte. Momentos transidos de amor desinteresado, como el que debe reinar en toda familia, en la que se mira más al bien del otro y se sufre más por su aflicción que por la propia. A Héctor, en el coloquio de despedida, le inquietaba la suerte de Andrómaca y del hijo mutuo, no la suya propia; a Andrómaca, muerto Héctor, le acongojan no tanto sus penas de viuda cuanto las desgracias que tenga que vivir desde ahora Astianacte.

7. Poema de batallas y de amores

La *Ilíada*, poema de iras y de batallas sangrientas, pero también canto al amor de los esposos. Se ha dicho que la *Odisea* es, en cambio, el poema de la paz, de la civilización, tras la ira y la desolación de la *Ilíada* y de la posterior caída de Troya. Se ha señalado que incluso es más humanística que la *Ilíada*, y ya desde la primera palabra: ἄνδρα. Se ha puesto de relieve, así mismo, que la *Odisea* es un gran poema al amor humano, mantenido fielmente en medio de mil trabas y trabajos²², si bien con unas características de fidelidad no del todo similares a las que nosotros esperamos para un matrimonio auténtico. Pero también la *Ilíada*, como se ha evocado, es una oda y una loa al amor humano, sobre todo en los cantos VI y XXII. La sensibilidad y belleza líricas de esos dos episodios apuntados superan los cuadros familiares de la *Odisea*. El registro de Homero es rico y variado: de lo más aguerrido y encarnizado de una guerra, se desliza suavemente a la lírica más tierna y cordial.

8. El educador de Grecia y de Occidente

«Tú eres para mí el padre y la venerable madre, el hermano y el floreciente marido»: síntesis y lección del amor matrimonial dibujado por la mano del poeta. Andrómaca no pudo definir mejor el amor de esposa.



Y Héctor, en la despedida de las Puertas Esceas, repite ese mismo amor: Andrómaca lo es todo para él, más que su padre Príamo y que Hécuba su madre. Héctor, Andrómaca y Astianacte: un triángulo de amor familiar que solo la muerte de Héctor dejará convertido en ángulo -la viuda y el huérfano-; ángulo abierto al dolor y a la afrenta, aunque con el recuerdo ejemplar de la vida del esposo y del padre. Ese recuerdo noble y agradecido recupera de nuevo, al menos espiritual y afectivamente, el triángulo familiar.

Esas palabras de Andrómaca quizá nos recuerdan otras, mucho más añejas, del libro del Génesis, que Cristo, el segundo Adán, repetirá en la disputa con los fariseos: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán uno»²³. Efectivamente, no distan excesivamente, aunque en versión masculina, de las de Andrómaca. Héctor ante Andrómaca, o -¿qué sé yo?- Jorge Luis Borges ante María Kodama, podrían haberlas personalizado: «Tú lo eres todo para mí, y tú y yo somos uno. Por ti he dejado a mi padre y a mi madre».

Al final de estas evocaciones hilvanadas al calor de la *Ilíada*, se queda uno con que todo lo ha tocado y armonizado bellamente el estro y la musa del poeta. *El poeta*: así, sin más, llamaba Aristóteles a Homero²⁴. Y

²²Trabajos: en el sentido de penalidades y adversidades que tenía en el castellano de siglos pasados. Recordemos el título de la última obra de Miguel de Cervantes (1547-1616): Los trabajos de Persiles y Sigismunda, publicada póstumamente en 1617. Novela bizantina o helenística que, como las del género, guarda en su construcción y acumulación de sucesos un parecido con la *Odisea*.

²³Gn 2,24. Cf. Mt 19,5.



desinteresado y el imprescindible romanticismo de esta institución natural.

Palabras clave: Homero, *Ilíada*, Héctor y Andrómaca, matrimonio, valores humanísticos.

(Publicado en *Ecclesia*. Revista de cultura católica, 36 (2022), 219-229)

su maestro, Platón, hizo presente una idea que refleja a su tiempo: «Homero educó a Grecia»²⁵. Pero hay que completar esa sentencia: Grecia, luego, educó a Roma. Roma, al alimón con Atenas —o con Grecia—, troqueló el espíritu de Europa. Por lo que la frase de Platón, con mayor aliento de historia, equivale a decir que Homero educó a Occidente. El cristianismo corrigió posteriormente los graves errores en que incurrió el paganismo, pero aprovechó también los valores del mundo grecorromano, como el de la unión del hombre y de la mujer en matrimonio.

En esta vieja Europa, el arte de Homero forjó dos matrimonios como el de Héctor-Andrómaca, con su hijo Astianacte, y Odiseo-Penélope, con Telémaco como fruto de su amor. Luego otros literatos continuaron el surco de la grandeza -y limitaciones también- del amor humano, con parejas de novios o de esposos legendarios: Calixto-Melibea, Romeo-Julieta, Don Quijote-Dulcinea, Renzo-Lucía... Pero a Fernando de Rojas, a William Shakespeare, a Miguel de Cervantes, a Alessandro Manzoni... los educó Homero.

Hoy el matrimonio, incluso el cristiano, atraviesa momentos azarosos. Lo sabemos y lo vemos perplejos. Lanzar una mirada evocadora a los versos homéricos y, en particular, a la pareja de Héctor y Andrómaca, es recuperar el ánimo y palpar la belleza, el amor

²⁴Cf. ARISTÓTELES, *Retórica*, I,7,1365a13.

²⁵Τὴν Ἑλλάδα ὁ Ὅμηρος πεπαιδευκεν (PLATÓN, *República*, 606e).



“*Mysteria et Claves*”: el reino de los cielos en el evangelio de san Mateo



P. Andrew Dalton, L.C.

Jesús les dijo a sus discípulos: “A ustedes se les ha sido dado conocer los secretos (misterios) del reino de los cielos” (Mateo 13:11). Él le dijo a Pedro: “Te daré las llaves (claves) del reino de los cielos” (Mateo 16:18). Las palabras latinas son familiares: “*mysteria regni caelorum*” ... “*claves regni caelorum*”. “*Mysteria et claves*”: el primero es el regalo de Cristo a su círculo íntimo de discípulos; el último solo para Pedro. ¿Qué conecta los secretos con las llaves? ¿Qué es el “*regnum caelorum*”?

Llevemos esa pregunta al evangelio donde más aparece la palabra “reino”.¹ Las abundantes referencias a “*basileia*” en el texto de Mateo señalan un concepto central en el mensaje de Cristo. La declaración inaugural al ministerio público de Jesús, anticipada por el Bautista, insinúa su gran importancia: “Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca” (Mateo 4:17; cf. 3:2). El término “*basileia*” a veces se encuentra solo (4:23; 8:12; 9:35; 13:19) y otras veces dentro de diversas expresiones. Por ejemplo, Jesús se lo atribuyó a su Padre en dos ocasiones: “hasta ese día cuando beba el fruto de la vid de nuevo contigo en el reino de mi Padre”

(26:29); “Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre” (13:43). En otras dos ocasiones, sin embargo, el reino pertenece a su propia persona; el primero vino de los labios de la madre de Santiago y Juan (cf. 20:21), y el segundo del mismo Jesús (cf. 13:41). En Mateo, cinco veces habla Jesús del “reino de Dios”.² Sin embargo, su expresión favorita: “*Hē far basileia tōn ouranon*”, es decir: “El reino de los cielos”, aparece treinta y dos veces en el Evangelio de Mateo.

Curiosamente, Cristo nunca habló de hombres que “difundieran” el reino, “construyeran” el reino o “extendieran” el reino. Este vocabulario, quizás familiar para nosotros, sigue siendo extraño para Mateo, e incluso para las Escrituras en su conjunto, un hecho que ha dado lugar a un acalorado debate teológico.³ ¿El reino es el resultado de la agencia humana? ¿O es tan completamente el fruto de la iniciativa de Dios que no queda espacio para la cooperación de las criaturas? Traemos esa pregunta antes de nuestro texto bíblico. ¿Qué escribió realmente Mateo? ¿Qué teología subyace a su lenguaje? ¿Qué es el “reino de los cielos” presentado

¹La palabra “*basileia*” aparece 5 veces en Juan, 20 veces en Marcos, 46 veces en Lucas (8 en Hechos) y 54 veces en Mateo.

²En el Primer Evangelio, la frase “*hē basileia tou theou*” aparece solo en 6:33, 12:28, 19:24, 21:31,43. Sin embargo, aparece 14 veces en Marcos y 32 veces en Lucas. Mateo a menudo evita el nombre inefable de Dios, prefiriendo una expresión eufemística más accesible a su audiencia judía, aunque sin intransigencia absoluta: cf. John Nolland, “The Gospel of Matthew: A Commentary on the Greek Text”, New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2005), 175-176.

En la tradición católica, el siguiente vocabulario (énfasis agregado) ha entrado en la documentación oficial del Concilio Vaticano II: “la Iglesia fue fundada con el propósito de difundir el reino de Cristo” (AA 1); “La Iglesia o pueblo de Dios al establecer ese reino” (LG 13); “De esto surge su deber de implantar y fortalecer el Reino de Cristo en las almas y extender ese Reino a cada clima” (LG 44); “Estos medios [...] pueden ser de gran servicio para la humanidad, ya que contribuyen [...] a la difusión y el apoyo del Reino de Dios” (IM 2). Para ver los desacuerdos entre A. Ritschl y J. Weiss, ver Brevard S. Childs, “*Biblical Theology of the Old and New Testaments*” (Minneapolis: Fortress Press, 2011), 626–629.



por el Primer Evangelio?⁴

Varias preguntas periféricas rodean a esta central: ¿Dónde está ese “Reino de Dios”? ¿Está aquí abajo en la tierra o allá arriba en el cielo? ¿Cuándo es o será? ¿Ya está presente o llegará al final de los tiempos? ¿A qué se parece? ¿Es glorioso y perfecto? ¿O es un trabajo en progreso imperfecto y sin obstáculos? ¿Para quién es? ¿Es un reino espiritual en el corazón humano individual? ¿O es un reino visible en la sociedad? Las respuestas a estas preguntas parecen evidentes al principio. Dónde: obviamente no está aquí, porque está en el cielo. Después de todo, no es el “*regnum terrae*”; es el “*regnum caelorum*”. Cuándo: obviamente no es presente, sino futuro, ya que Jesús nos enseñó a orar: “Venga tu reino” (Mateo 6:10): no pediríamos que venga si ya estuviera aquí. Cómo: obviamente es glorioso, absolutamente perfecto, ya que apenas podríamos orar en serio por un reino mediocre. Un cielo con defectos no sería un cielo en absoluto. Para quién: obviamente no es un fenómeno corporativo en el mundo físico, sino algo completamente trascendente y espiritual, una especie de gobierno divino sobre el corazón individual. Sin embargo, Mateo desafía lo obvio. Nos recuerda que el reino contiene sus misterios.

Parábolas de la “*basileia*” (Mateo 13)

En Mateo 13 siete parábolas del reino hablan de “*mysteria*”. En el Antiguo Testamento la sabiduría divina se revela especialmente a través de los Proverbios de Salomón, en hebreo “*Meshalim*” (“*Mashal*” a menudo traducido al griego como “*parabolē*”). En el Nuevo Testamento uno que es “mayor que Salomón” (Mateo 12:42) imparte sabiduría en *parábolas*.

La primera y la segunda parábolas de Jesús, la parábola de los suelos y la parábola del trigo y las malas hierbas, enfatizan cómo el Reino celestial, tal



como se manifiesta en la tierra, es una mezcla de lo bueno y lo malo: del trigo y las malas hierbas, del suelo bueno y mala tierra. Evidentemente, el reino de los cielos no es tan etéreo como uno podría haber imaginado. De hecho, Jesús explica en la segunda parábola que el “campo es el mundo” (Mateo 13:38). Las parábolas tercera y cuarta enfatizan cómo el reino de los cielos, tal como se manifiesta en la tierra, es pequeño, como una semilla de mostaza, y oculto, como la levadura en un gran lote de masa. Aquí el reino no se concibe como la gloria consumada, del tipo que se apodera de los sentidos de forma inmediata e irresistible; de hecho, es bastante fácil pasarlo por alto. El reino de los cielos está creciendo, no completamente desarrollado aún. Puede ser casi imperceptible y bastante imperfecto, pero ciertamente no es mediocre. Las parábolas quinta y sexta —el tesoro escondido y la perla de gran precio— enfatizan cómo el reino es precioso más allá del precio, y mejor que “todo” (13:44,46). Finalmente, la séptima parábola compara el reino de los cielos con una red que contiene, del mar, “peces de todo tipo”: “buenos” y “malos” (13:47-48).

Si este reino es una mezcla velada y pequeña (pero creciente) de bien y mal, y aún así es inconmensurablemente valioso, entonces es

⁴Esta serie de preguntas habla del método empleado en este ensayo. Nuestro enfoque, predominantemente narrativo-crítico, evita intencionalmente las preguntas sobre el autor histórico y se centra en su producto final, el texto recibido, celebrado y transmitido por una comunidad de fe.



realmente misterioso. Aún así, a los discípulos “se les ha dado a conocer los secretos”, los “*mysteria*” (13:11). Jesús enfatiza el punto, preguntando explícitamente: “¿Han entendido todas estas cosas?” Le dijeron: “Sí” (13:51). Sin embargo, Cristo no aprovecha la ocasión para enviarlos a explicar el reino. Cristo saca una conclusión diferente para los discípulos (“*mathētai*”): “Por lo tanto, cada escriba que ha sido entrenado (“*mathēteutheis*”, literalmente “discipulado”) para el reino de los cielos es como el dueño de una casa” (13:52). El diseño de Jesús, al presentar las parábolas, fue claramente y más que descriptivo. Las parábolas proporcionaron más que solo información sobre el reino; también proporcionaron entrenamiento para el reino. Este entrenamiento ha relacionado estrechamente a los discípulos con el «señor de la casa» (“*anthrōpō oikodespotē*”). Anteriormente Jesús había usado esa misma designación para referirse a sí mismo (cf. 10:25). Ahora los discípulos,

entrenados para el reino, están estrechamente relacionados con Él. Pueden participar en su misión de salvación, se argumentará, porque tienen una participación personal en Él. Son cristianizados, por así decirlo, y como “otros Cristos” llamarán a otros a la comunión con Dios. Esta afirmación es el impulso del primer Evangelio en su conjunto. Para ver esto con claridad, conviene comenzar por donde termina Mateo, es decir la gran encomienda, es decir la gran misión (28:16-20).

Autoridad (“*exousia*”) en la gran misión (Mateo 28)

Sería casi imposible exagerar la importancia de esta sentencia. Apareciendo solo en el Primer Evangelio, se le ha llamado, “a pesar de su brevedad, casi un compendio de la teología matea”.⁵ De los cuatro evangelios, solo Mateo deja a Jesús la última palabra:

“Los once discípulos fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y, viéndole, se postraron; algunos vacilaron. Y, acercándose Jesús, les dijo: “Me ha sido dado todo poder (“*exousia*”)”⁶ en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo” (28:16-20).

La grandeza está casi eclipsada por el enigma. Si Jesús es a quien se le ha dado toda “*exousia*”, ¿no debería Él mismo ir y hacer discípulos? Esa parecería



⁵W. D. Davies y Jr., Dale C. Allison, “Un comentario crítico y exegético sobre el Evangelio según San Mateo”, vol. 3, *International Critical Commentary* (Nueva York: T&T Clark International, 2004), 687. Para otros estudiosos que ven en este pericopo un resumen del mensaje del Primer Evangelio, ver O. Michel, “*Der Abschluss des Matthäusevangeliums*”, *Evangelische Theologie*, 10 1950, 16-21; G. Bornkamm, “El Señor resucitado y el Jesús terrenal: Mateo 28,16-20”, en *El futuro de nuestro pasado religioso*, ed. J. M. Robinson, Londres, 1971; W. Trilling, *Das Wahre Israel*, Munich, 1964, 21 s. ⁶Algunas traducciones leen *power / Macht / poder / potere / potestas*: nab, d-r, kjv / ehs / bjl / cei / vul, nvul, vgclm. Otros leen *autoridad*: esv, rsv, nkjv, nlt, niv, net, leb.

⁷El aparato crítico registra dos testigos (D it) que reemplazan, pues, con “ahora”. Varios manuscritos (por ejemplo, Ⲙ A K I) lo omiten por completo. El cambio u omisión disminuye o elimina la conexión causal entre la recepción de autoridad de Cristo y la misión de la iglesia a las naciones. Tal conexión parecería necesitar una explicación. Dos testigos (Ⲙ syp) intentan llenar la laguna lógica de Mateo insertando un verso completo (de Johannine) antes del verso 19. La reconstrucción crea una cierta fluidez: “Como el Padre me ha enviado, aún así te estoy enviando a ti (Juan 20:21) Ve, por lo tanto, y haz discípulos”. La redacción es inteligente porque explica el “por lo tanto”, pero lo hace violentando la intención del autor original.

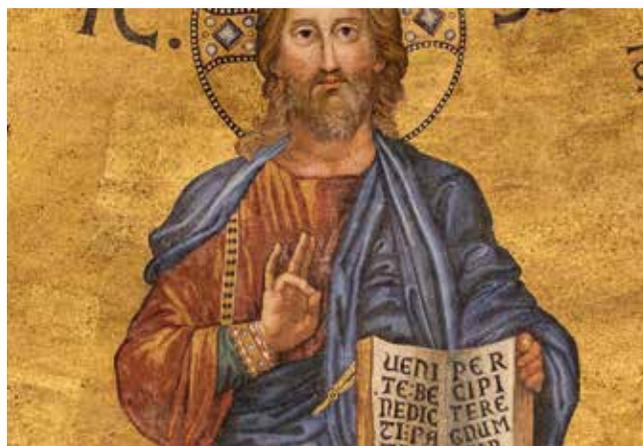


una conclusión más coherente. Seguramente tiene la intención de un argumento lógico, porque dice: "Ve, pues". Sin embargo, al enviar a los discípulos, Jesús parece presentar un "*non sequitur*". Al menos podría haber optado por una cláusula adversativa o secuencial y haber dicho: "Sin embargo, ve (plēn)", o simplemente "Ve ahora".⁷ Curiosamente, algunos manuscritos muestran precisamente esta edición: "*pues*" se convierte en imperativo. Aparentemente, algunos escribas antiguos querían suavizar el enigma. Alternativamente, el enigma podría expresarse así: si los once tienen el deber de hacer discípulos, deben tener la capacidad de hacerlo. "*Ad impossibilia nemo tenetur*". Sin embargo, ¿de qué manera expresa Jesús la "*exousia*" de aquellos a quienes encarga?

Lo que es enigmático al principio resulta enfático al final. El argumento misionero de Jesús no es tanto un "*non sequitur*" como un "*enthymeme*", es decir, un silogismo sin su premisa menor. Si pudiéramos insertar aquí lo que se entiende –se ha de entender–, aclararíamos el argumento. Pongamos entre paréntesis esta información tácita: "(dado que) toda la autoridad me ha sido dada, (y dado que siempre estoy contigo), ve por lo tanto y (con el poder de mi presencia permanente) haz discípulos de todas las naciones". Por supuesto, Esta información entre paréntesis es precisamente lo que Jesús suministra en el versículo 20b: "Estoy con ustedes siempre, hasta el fin del mundo". Después de todo, su lógica es perfectamente sólida. Además, su retórica refleja una jerarquía de valores. Él mueve el término del medio hasta el final porque, en última instancia, la presencia permanente de Dios es más impresionante e importante que el argumento que presenta en este caso, a saber, la actividad misionera del hombre. "A pesar de la gran misión, Mateo quiere terminar su Evangelio centrándose más en los atributos de Cristo que en la tarea de los discípulos".⁸ La comunión con Dios en el cielo es superior al poder sobre los hombres en la tierra. Para que no lo tratemos como un mero medio para un fin, Jesús guarda su trueno

para su última palabra.

A la luz del punto final de Jesús ("testigo"), volvamos a examinar su punto de partida ("*exousia*"). Cuando Jesús dice: "Toda autoridad en el cielo y en la tierra me ha sido dada", es este último término, el pronombre "yo", el que le ha dado un significado especial en este caso. Aquí significa no "*Christus caput*", sino más bien la cabeza unida a sus miembros: el "*Christus totus*". Está claro que fue Pablo quien acuñó el lenguaje del cuerpo místico (cf. Rom 12:5, Ef 1:22; 4:15, Col 1:18), no Mateo. Sin embargo, lo que es esencial para la metáfora de Pablo, Mateo lo expresó a su manera. Él estaría de acuerdo con el mensaje de Pablo a los colosenses: "Han recibido la plenitud [en Cristo], quien es la cabeza de toda ley y autoridad ("*exousia*")" (2:10). La teología de Mateo parece particularmente clara si uno se vuelve sobre el lenguaje utilizado expresamente en Mateo 28:18. Mucho antes de la Resurrección, el Jesús de Mateo ya había manifestado la autoridad universal en su propia persona: "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre" (Mateo 11:27). ¿Cuál es entonces la novedad afirmada por Cristo resucitado? Parece difícil comprender que el final culminante de Mateo equivalga a poco más que una reiteración del contenido presentado diecisiete capítulos antes. ¿No surge un nuevo poder a través de un cuerpo místico glorificado? De hecho, debe serlo, porque si Jesús



⁸Craig Blomberg, Matthew, vol. 22, *The New American Commentary* (Nashville, Tenn.: Broadman & Holman Publishers, 1992), 432.



puede decir: “Id, pues, y haced discípulos”, es porque los miembros de ese cuerpo comparten a Jesús, el “*Emanuel*”. Su mismo nombre significa “Dios con nosotros” (Mateo 1:23), y para el evangelista cumple una antigua profecía y un plan divino. Entonces, con toda razón el nombre emblemático abre el Evangelio, así como sella su solemne final: “Yo estoy con vosotros siempre” (28:20). Blomberg anota el significado de esta inclusión: “Los versículos 18-20 enlazan con 1:23 para enmarcar todo el Evangelio con referencias a Emanuel, Dios con nosotros. ¡En Jesús, Dios permanece con nosotros por ahora y por toda la eternidad!”⁹. El “testigo” divino, de hecho, define el núcleo del interés de Mateo. También tiene sentido nuestro improbable adverbio “*pues*”. Si Jesús es el que está siempre con nosotros, y si toda la autoridad en el cielo y en la tierra le ha sido dada, entonces, en un sentido real, toda la autoridad nos ha sido dada. Podemos, por lo tanto, ser enviados.

Mateo teje este hilo a lo largo de toda su narrativa, de principio a fin: el poder se participa a través de la comunión con Cristo. “*Exousia*” es el vehículo de Mateo para expresar la “*participatio Christi*”¹⁰, la noción esencial detrás de la metáfora de Pablo: muchos miembros forman un cuerpo en Cristo. Además, “*exousia*” es posiblemente el concepto más importante para comprender cómo Mateo ha estructurado su historia. Al mismo tiempo, es la clave para descifrar el reino críptico.

El término “*exousia*” aparece por primera vez en Mateo 7:29, la primera oración después del Sermón

de la montaña, donde aparece esta palabra en el discurso más largo de Jesús: “Porque les estaba enseñando como alguien que tenía “*exousia*”, y no como sus escribas”.¹¹ Es muy significativo el hecho de que Jesús pronunciara su primer y último “sermón” sobre una montaña (“*oros*”) en Galilea (5:1,28:16).¹² Una amplia gama de eventos se encuentran a la sombra de estos dos picos. La enseñanza de Jesús surge al principio y al final del soporte de Mateo. Cuando tres capítulos de “enseñanza” con autoridad llegan a su fin, el evangelista resume: “las multitudes se asombraron de su “*didaché*” (7:28). Luego, cuando 28 capítulos llegan a su fin, Jesús ordena a sus discípulos que “hagan discípulos de todas las naciones, [...] enseñándoles (“*didaskontes*”) a observar todo lo que les he mandado” (28:19-20). De todos los elementos formales que asocian el final del “Sermón de la Montaña” con la misión desde la cima del monte al final del evangelio, la aparición



⁹Ibid.

¹⁰Esta noción bíblica también podría expresarse en griego como “*koinonia*” (véase 1 Corintios 10:16; 1 Pt. 4:13, 5:1, y especialmente 2 Pt. 1:4).

¹¹El versículo reproduce Marcos 1:22 casi al pie de la letra, pero la ubicación de Mateo de la frase de Marcos es significativa. Mientras que Marcos habla de la enseñanza del día de reposo en la sinagoga de Cafarnaúm (y Lucas hace lo mismo), Mateo traslada a los asombrados oyentes a una ladera de Galilea. Sobre todo, inserta un gran bloque de material didáctico desconocido para Marcos, pero usa el verso de Marcos para resumir la inserción. Lejos de disminuir la fuerza de la “*exousia*”, la versión de Mateo la aumenta, dado el nuevo contexto. En otras palabras, Mateo no reproduce a Marcos sin pensar, sino que se apropia y adapta el lenguaje de Marcos para sus propios fines. Tal ingenio personal revela la mano libre y deliberada de un verdadero autor: la autoridad de un autor para él es clave.

¹²Algunos estudiosos piensan que Mateo presenta a Jesús como un tipo mosaico que da la Nueva Ley desde la montaña de Dios. En este sentido, el Jesús en Mateo ha sido llamado un “nuevo Moisés”. Cf. W. Grundmann, *Das Evangelium nach Matthäus*, THKNT, Berlín, 1968, 245-246. Sin embargo, para una crítica calificada de este punto de vista, ver W. D. Davies, “*The Setting of the Sermon on the Mount*”, Cambridge, 1964, 86-93.

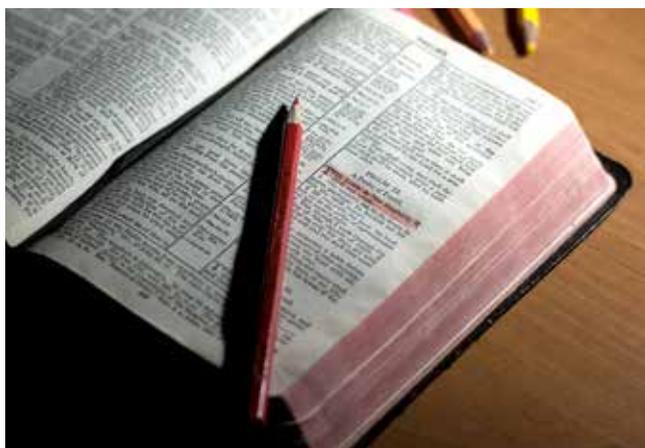


de "exousia" en ambos pasajes probablemente constituye el más obvio. Al comienzo de su ministerio, Jesús enseña con autoridad; al final, él encarga a otros que enseñen con autoridad. Al igual que los sujetos bien ubicados que marcan un tema imponente, "exousia" sella el comienzo y el final de la misión terrenal del Salvador.

El primer regalo de "exousia" (Mateo 10)

Conscientes de cómo Mateo ha estructurado su historia, pasemos al capítulo 10, donde aparece "exousia" por quinta vez. En medio de su ministerio también Jesús trae "autoridad" al primer plano. Si echamos un vistazo a las apariencias de la palabra en los capítulos anteriores, obtendremos una perspectiva útil y notaremos la novedad sobre su uso aquí.

1. Después del Sermón de la Montaña, Mateo informa la asombrosa reacción de la multitud hacia Jesús: "Porque les estaba enseñando como alguien que tenía autoridad ("exousia"), y no como sus escribas" (7:29). Los signos de "exousia" eran reconocibles en el cuerpo del sermón. Quizás el caso más inmediato en cuestión son las seis antítesis, la primera de las cuales aparece en 5:21-22: "Habéis oído que se dijo [...] pero yo os digo".¹³ El peso



total de esta declaración antitética no puede sentirse hasta que uno considera el objeto de la sensación, es decir, lo que se escucha. "Ustedes habéis escuchado" no se refiere al chisme local, por supuesto, sino al corazón sagrado de la Ley Mosaica, la Torá. Lo que "se dijo", por lo tanto, no es más que los santos mandamientos de Dios tal como se los transmitió el profeta que habló cara a cara con Dios. En otras palabras, la máxima autoridad jurídica en la tierra se invoca aquí y, al mismo tiempo, se subordina a otra autoridad. La autoridad superior es presumiblemente el mismo Jesús: "pero yo os digo". Cristo procede a instruir, no teóricamente, sino moralmente; los hombres deben remodelar sus vidas y corazones según su palabra. Dado este contexto, el grado de "exousia" que Jesús afirma es totalmente impactante. Un judío observante del primer siglo difícilmente podría imaginar una afirmación más fuerte.

2. Cuando el centurión presenta su petición ante Jesús, explica: "Yo también soy un hombre bajo autoridad ("exousia"), con soldados debajo de mí. Y le digo a uno: "Ve", y él va, y a otro "Ven", y él viene, y a mi sirviente "Haz esto" y él lo hace" (8:9). La noción de que "exousia" hace que la mediación funcione está implícita en la declaración del centurión. Un superior puede comunicar el poder a través de un intermediario, cuya eficacia no es suya, sino que se deriva de quien delega "exousia". El centurión supone que este principio es aplicable a la "exousia" que posee Jesús. Si Jesús no corrige estos supuestos, sino que los confirma, es porque él también comprende la comunicabilidad del poder divino.
3. Después de perdonar los pecados del paralítico, pero antes de sanarlo, Jesús les dice a los escribas, que dudan: "Pero

¹³Otras cinco instancias se dan en: 5: 27–28, 31–32, 33–37, 38–39, 43–44. Lucas incluye solo tres antítesis, otro testigo más del interés especial que se le otorga a la autoridad en el Primer Evangelio.



para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad (*“exousia”*) en la tierra para perdonar los pecados’, luego dijo al paralítico: “Levántate, recoge tu camilla y vete a casa” (9:6). La cláusula de propósito de Jesús revela la intencionalidad subyacente a su milagro. “El Hijo del Hombre” habla explícitamente de “autoridad”: este título, combinado con *“exousia”*, evoca el “reino” eterno de Daniel.¹⁴ Al hacerlo tiene cuidado de agregar las palabras “en la tierra”, un detalle que parece significativo para nuestro estudio. El poder del reino no está contenido solo en el cielo.

4. En ese mismo punto aprendemos que la lección de Jesús no se perdió en las multitudes, ni en Mateo, porque “glorificaron a Dios, que había dado tal autoridad (*“exousia”*) a los hombres” (9:8). Se debe prestar especial atención a estas palabras porque, si bien Mateo abrevia el énfasis de Marcos (seguido más de cerca por Lucas), en realidad agrega el v. 8 como su propio final de novela. No solo cualquier autoridad ha capturado el interés del evangelista, sino especialmente la *“exousia”* “entre los hombres”. ¿Por qué el plural en *“anthrōpois”* si en la narrativa sólo

Jesús ejerce la autoridad? ¿No debería haber dicho Mateo “a un hombre”? Más que un plural de categorías, muchos estudiosos han sugerido que el evangelista está despertando intencionalmente el apetito de su lector por un momento futuro en el que “tal” autoridad (es decir, la *“exousia”* de perdonar pecados) se comunicará a otros, incluso a simples mortales. La estructura de la narrativa de Mateo proporciona una buena razón para pensarlo: una participación de la criatura en la *“exousia”* divina de Jesús se presenta al comienzo del próximo capítulo (cf. 10:1).

Especialmente queremos explorar ese último versículo. Al comienzo del capítulo 10 Mateo termina de narrar dos capítulos de milagros. En los capítulos 8-9 el evangelista une diez obras poderosas, no muy diferentes de los diez signos (*‘ōtōt*) que justificaron a Moisés en su misión (cf. Éxodo 7:3). Jesús limpió a un leproso; echó demonios de dos hombres y arrojó aquellos a los cerdos; resucitó a la hija muerta del gobernante; sanó a muchos, incluido al sirviente del centurión, a la suegra de Pedro y al paralítico. Muy significativamente, después de la última de estas acciones de autoridad (9:34), Mateo recapitula la misión de Cristo, expresándola en términos del reino: “Y Jesús recorrió todas las ciudades y pueblos, enseñando en sus sinagogas y proclamando el



¹⁴Otras cinco instancias se dan en: 5: 27–28, 31–32, 33–37, 38–39, 43–44. Lucas incluye solo tres antítesis, otro testigo más del interés especial que se le otorga a la autoridad en el Primer Evangelio.



evangelio del reino, y sanando cada enfermedad y cada aflicción” (9:35). Esta descripción se desarrolla perfectamente en el capítulo 10: 1-7, que introduce una transición importante al ministerio de los apóstoles, un ministerio establecido en continuidad con la propia obra de Cristo: “Y llamó a sus doce discípulos, y les dio autoridad (“*exousia*”) sobre espíritus inmundos, para expulsarlos y sanar cada enfermedad y cada aflicción” (10:1). La “*basileia*” se proclama como se expresa “*exousia*”.

A medida que la trama va del capítulo 9 al capítulo 10, Jesús ve a las multitudes, y “tuvo compasión de ellas, porque fueron hostigadas y eran impotentes, como ovejas sin pastor”.¹⁵ (9:36). La grave situación debería plantear un pequeño problema; después de todo, Aquel que obra maravillas está presente entre los necesitados. Esta vez, sin embargo, Jesús tiene una nueva solución. Para asegurarse de que sus lectores lo vean, Mateo los señala con un modismo del “ot”. El símil “como ovejas sin pastor” hace eco de Números 27:17. El contexto es: el Señor ha llamado a Moisés a la cima de una montaña donde morirá, pero antes de poner fin a su existencia terrenal, Moisés le ruega al Señor que “designe a un hombre que guíe a la congregación, que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, para ser quien los dirija, para que el pueblo del Señor no sea como una oveja sin pastor” (Núm. 27:16 y sig.). Luego, el Señor le ordena a Moisés: “Toma a Josué [...] y pon tu mano sobre él [...]. Lo investirás con parte de tu autoridad (“*hōd*”), para que el pueblo de Israel pueda obedecer” (Núm. 27:18-20). Moisés comisiona a Josué, por el bien de la asamblea, queda investido con una parte de su



“*hōd*” (en hebreo, “autoridad” o “poder”). Pasando de Joshua (en griego, “*lēsous*”) a Jesús (en hebreo, “*yēhōshua*”), un cierto paralelismo a discernir.¹⁶

Entonces Moisés tuvo compasión y nombró a Josué. ¿Qué hará el Jesús (el Nuevo Moisés) con esta compasión? Él responde primero con palabras, luego con hechos. Con respecto a las palabras, habla de sus compañeros de trabajo que serán encargados de la “cosecha” del Señor (9: 37f). Con respecto a los hechos, “llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad” (10:1). El evangelista continúa nombrando a los miembros de esta pequeña congregación, uno por uno (cf. 10: 2-4). Este círculo interno se ha escogido de la asamblea más amplia de “discípulos” que acabamos de mencionar (9:37). En Mateo 10:1 la raíz verbal (“*kaleō*”) evoca la noción de “*ekklēsia*” (derivada de “*ekkaleō*”: llamar desde, convocar). Jesús concede a estos hombres “*exousia*” para responder al llamado, traduciendo su compasión

¹⁵Otras cinco instancias se dan en 5: 27–28, 31–32, 33–37, 38–39, 43–44. Lucas incluye solo tres antítesis; otro testigo más del interés especial que se le otorga a la autoridad en el Primer Evangelio.

¹⁶ Beale señala que “el nombre ‘Jesús’ [...] es simplemente el equivalente al griego de ‘Joshua’”. GK Beale y DA Carson, *Comentario sobre el uso del Nuevo Testamento en el Nuevo Testamento* (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic; Apolos), 2007), 3.

¹⁷Parece importante subrayar esta característica del Primer Evangelio (también se encuentra en los otros sinópticos; quizás en un grado ligeramente menor). De los diez milagros durante el ministerio de Jesús en Galilea, solo el penúltimo, la curación de dos hombres aguerridos (9:27-32) es peculiar de Mateo. Asumiendo la prioridad de Marcos, la redacción allana el camino para una perícopa posterior (20: 29-34), donde el evangelista relata otra curación de dos hombres ciegos. Este último deja al descubierto el motivo detrás del milagro: Jesús se “conmueve” (20:34). La actualización del poder parece requerir el catalizador de la compasión, como lo atestiguan las otras apariencias del verbo griego “*splanchnizomai*”. La palabra aparece en el nuevo testamento (solo en los sinópticos) doce veces: tres veces en Lucas, cuatro en Marcos y cinco en Mateo: 9:36, 14:14, 15:32, 18:27, 20:34.



en empoderamiento.¹⁷ Al igual que Josué, los doce apóstoles perpetúan la misión de su predecesor.

El don de “*exousia*” de Jesús viene con instrucciones específicas para “sanar a los enfermos, resucitar a los muertos, limpiar a los leprosos, expulsar demonios” (10:8): “*terapeuō*”, “*egeirō*”, “*katharizō*”, “*ekballō*”, verbos que hacen eco exactamente de los actos de autoridad de Jesús. “*Exousia*” les permite hacer lo que él hace.¹⁸ Esencialmente, Jesús está diciendo: “Imítame”, o, para tomar prestada una frase de la tradición juanina: “Como el Padre me envió, yo también os envió” (Juan 20:21). El mandato cuádruple cabe bajo un paraguas: Proclama (“*kērussō*”) a medida que avanzas, diciendo: ‘El reino de los cielos está cerca’” (Mateo 10: 7), es decir, *sanar, levantar, limpiar y expulsar* (v. 8). Estas obras constituyen un “*kerygma*”. Estas señales hablan, proclaman que el reino de los cielos está cerca. En este punto del evangelio ese estribillo ha resonado dos veces antes, una vez de los labios del precursor de Jesús (3:2), y otra vez como el núcleo del primer ministerio público de Cristo (4:17). Si sus discípulos retoman su grito emblemático es porque reproducen su misión.



Sin embargo, hay un problema. Cuando esa misión se analiza en sus detalles (*curar, elevar, limpiar, expulsar*), dos elementos de acción no se mencionan. Esos cuatro verbos cubren ocho de los diez milagros en Mateo 8 y 9, pero en ninguna parte del discurso de la misión (Mateo 10) Jesús les da poder a los discípulos para controlar las olas o perdonar los pecados. La omisión de este último es particularmente notable, ya que Jesús dispensó todo tipo de poder, pero no lo enfatiza tanto como sí recalcará el poder de absolver (cf. 9:5). En un primer momento, entonces, Cristo envía a sus discípulos con solo una parte de su poder. Pronto surgen dos episodios que contienen una confesión de fe y a Pedro como protagonista. En Mateo 14, a Pedro se le da el poder de caminar sobre el agua, animado por Jesús. En Mateo 16, a Pedro se le prometen las llaves del reino, y con ellas el poder de atar y desatar. A medida que avanza la narrativa de Mateo, la comunión con Cristo está en constante aumento.

El poder de las llaves (Mateo 16)

Fijémonos ahora en las llaves del reino. ¿De qué prerrogativas disfruta el hombre terrenal en virtud de las “*claves regni caelorum*”? Se verá que cada investidura de autoridad (junto con cada revelación de la “*mysteria*”) se ordena a una misión que perpetúa la economía divina.

Una larga exégesis de este pasaje denso y debatido estaría fuera de lugar aquí, pero debemos investigar el significado de este poder de “atar y desatar”. Quizás haya más consenso de lo que cabría esperar en comentarios académicos entre protestantes y católicos. Obsérvese cómo Cristo transfiere el poder para perdonar pecados a la comunidad en el curso de su ministerio terrenal.¹⁹ Además, los miembros de

¹⁸Jesús sana (8: 7, 16, 9: 6, 22, 29), levanta (9:25), limpia (8: 3) y expulsa (8:28, 9:33).

¹⁹Cf. D. A. Hagner, Mateo 1–13 (*Word Biblical Commentary* 33A; 1998) 234. El paso de la curación del parálitico allana el camino hacia esta conclusión. La perícopa termina con la multitud maravillada de que Dios “haya dado tal autoridad a los hombres (“*tois anthrōpois*”)”, no “al Hijo del Hombre”. Según Hagner, el plural en lugar del singular “puede reflejar la preocupación eclesial [de Mateo [...] sobre la capacidad de los representantes de Cristo para perdonar pecados en el sentido de declarar el perdón o el no perdón de Dios, como se refleja especialmente en 18:18 (cf. 16:19; Dupont, Greeven; y contra Schenk, quien intenta explicar el dativo “a los seres humanos” como dativo de ventaja)”.



ambas confesiones han reconocido la fuerza exegética en esa interpretación que asocia el poder de atar y desatar con la absolución, sin excluir necesariamente significados más amplios. Hagner resume así:

“Las palabras [“atar y desatar”] se entienden mejor en el sentido más amplio de conducta incorrecta y correcta, en el modelo rabínico de interpretación específica y práctica de la Torá, la determinación de lo que estaba permitido y lo que estaba prohibido (también BH Streeter , The Primitive Church [Nueva York: Macmillan, 1929] 63; Derrett; Zahn; Davies-Allison; Luz), o algo más generalmente “autoridad de enseñanza” (Bornkamm, Perspectiva 11 [1970] 37-50). Esta interpretación puede, por extensión, entenderse al incluir el perdón o la retención de los pecados (Schlatter; Bassler) y, por lo tanto, la salvación o condenación (A. Schweitzer, The Quest of the Historical Jesus [Nueva York: Macmillan, 1910] 371; Falk). Es decir, la admisión o no admisión al reino ahora está determinada por la proclamación de los discípulos de lo que puede llamarse la tradición de Jesús: su proclamación y su enseñanza (ver Korting). cf. la misión de Mateo 28: 16-20.”²⁰

Aun comentando “atar y desatar”, el exégeta protestante va tan lejos como para decir que “incluyendo el significado más amplio para unir el evangelio con la ley, podemos apelar al dicho

estrechamente relacionado en Juan 20:23²¹, que dice: “Si perdonas los pecados de cualquiera, les quedan perdonados; si retienes el perdón a alguien, les quedarán retenidos””. Según Hagner, este versículo, que hace referencia explícita a la remisión de los pecados, es una variante probable a la lógica en Mateo.

Independientemente de cómo se interprete este poder, el texto afirma explícitamente que la acción terrenal de Pedro tiene poder en el cielo: lo que desate aquí se desatará allí. Donde hay acción de la “*ekklēsia*”, habrá un eco que resuene en la “*basileia*”.

La palabra “iglesia” es distintiva de Mateo, apareciendo solo tres veces en los cuatro evangelios, dos de ellas en Mateo 18 y una vez en 16: 17ff: “¡Bendito seas, Simon Bar-Jonah! Porque carne y sangre no te ha revelado esto, sino mi Padre que está en el cielo. Y te digo que eres Pedro (“*Petros*”), y sobre esta roca (“*petra*”) construiré mi iglesia (“*ekklēsia*”). Y te daré las llaves del reino (“*basileia*”) del cielo”.

En ninguna parte la “*ekklēsia*” y la “*basileia*” están tan estrechamente asociadas como en este inicio de sesión del Señor a la Roca, pero ¿qué se prevé en esta “*ekklēsia*”, una realidad presente o escatológica? Cristo habla en el futuro: “Construiré mi iglesia”, y el arco de tiempo que tiene en mente es difícil de determinar, ya que continúa diciendo que “las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. En otras palabras, poderes enemigos nunca destruirán su iglesia: “*ecclesiae non erit finis*”. El reino, entonces, no es la única realidad para entrar en el “*escatón*”.

A medida que se anuncia la “*ekklēsia*” eterna, se imparte un signo de “*exousia*”: las llaves del reino de los cielos caen en manos terrenales. Si la iglesia y el reino están tan unidos, debemos reconsiderar las parábolas del reino: ¿pPodrían describir la iglesia en la tierra?

²⁰Hagner, Mateo 14-28, 473.

²¹Ibid.



Parábolas de la "Ekklēsia" (Mateo 13)

Aparentemente estas parábolas retratan "el reino de los cielos", pero una y otra vez hemos visto el poder del reino desatado en los reinos terrenales. ¿Podrían las parábolas del reino describir a la iglesia en la tierra? Para responder a la pregunta, debemos considerar sus implicaciones. ¿Encontramos suelos buenos y malos en la "ekklēsia"? ¿Es esta congregación terrenal una mezcla de trigo y cizaña? ¿Es esta asamblea humana pequeña como una semilla y oculta como levadura, prácticamente perdida en el contexto de la sociedad en general, que, sin embargo, siente los efectos de su presencia penetrante? ¿Es esta comunión de corazones un tesoro escondido, una perla preciosa? ¿Hay "peces de todo tipo" en la comunidad visible de fe? La experiencia humana apenas duda en responder afirmativamente. Sin embargo, lo que es notable sobre todo es que Mateo lo ha dicho. Por supuesto, él nunca usa un lenguaje filosófico para hacerlo, pero las parábolas de Jesús simplemente reiteran lo que declaran sus obras, a saber, que el reino de los cielos y la iglesia en la tierra son inseparables. Para Mateo, las parábolas de la "basileia" son parábolas de la "ekklēsia", porque el reino y la iglesia son como las dos caras de una moneda. Por lo tanto, todo lo que era obvio sobre el reino de los cielos a primera vista, todavía lo es. El reino es glorioso, celestial y divino. Pero los secretos ("mysteria") también han revelado lo que no es tan obvio. Aquí yace el misterio: una realidad es visible e invisible, terrenal y celestial, presente y futura, humana y divina. Las complejidades del Primer Evangelio finalmente se resuelven en esta simple síntesis: "Ubi ecclesia, ibi regnum; ubi regnum, ibi ecclesia".

Agentes del evangelio del reino

Al comienzo de este ensayo revisamos varias expresiones del "reino". Una expresión se omitió intencionalmente en ese momento para que pudiera resaltarse ahora; no solo porque revela la insolubilidad de la iglesia y el reino, sino también porque aborda las críticas mencionadas al principio.



Algunos teólogos estaban preocupados con las conversaciones percibidas como ajenas a la Escritura: "difundir" el reino, "construir" el reino y "extender" el reino. Como está claro ahora, ese vocabulario puede estar ausente, pero, al menos en el Primer Evangelio la perspectiva teológica ciertamente no lo está.

Jesús habló de la "basileia tōn ouranōn", habló del "evangelio del reino" en exactamente tres ocasiones. Dos veces, Cristo lo proclama: "[Jesús] recorrió toda Galilea, [...] proclamando el evangelio del reino" (4:23, cf. 9:35). La frase es de gran alcance, ya que el evangelista la emplea para encapsular la misión de Cristo. Sin embargo, cuando la expresión aparece por tercera y última vez, los discípulos son los nuevos agentes de "este evangelio del reino", ya que "será proclamado en todo el mundo como un testimonio para todas las naciones ("pasin tois ethnesin")" (24:14). Jesús, sin embargo, nunca fue a todo el mundo ni a todas las naciones. Sin embargo, fue precisamente "a todas las naciones ("panta ta ethnē")" que envió a sus apóstoles (28:19). La elección de las palabras en Mateo deja en claro que Cristo continúa su misión universal a través de sus emisarios eclesiales. "Hic et nunc", la iglesia en la tierra proclama el reino de los cielos.

Este breve ensayo ha develado la respuesta de Mateo a la siguiente pregunta: ¿Cómo pueden los hombres extender el reino de los cielos? Podemos ser discípulos solo si participamos en Cristo; y si participamos del poder, "exousia" da cuenta de la eficacia divina en



nuestra actividad humana y construye un puente entre la "ekklēsia" terrenal y la celestial "basileia". "Participatio Christi" consiste en esto: que recibimos por gracia lo que Él, Cristo, tiene por naturaleza. Toda autoridad en el cielo y en la tierra pertenece a Cristo Rey, y sin Él no podemos hacer nada. Sin embargo, no estamos solos. Cristo Rey es también Cristo "Emanuel", Dios con nosotros. Lo que Mateo expresa en términos de la profunda "connivencia" de Cristo, Pablo lo declara de esta manera: "Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (Gálatas 2:20). Jesús nos llama hacia Él, para que, después, podamos ser enviados a todas las naciones. De esta manera, nunca deja de construir su "ekklēsia", para que, en Él, podamos construir su "basileia".

Bibliografía:

- Allen, Willoughby C. *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel according to S. Matthew*. International Critical Commentary. New York: C. Scribner's Sons, 1907.
- Aquinas, Thomas. *Commentary on the Gospel of St. Matthew*. Translated by Paul M. Kimball. Camillus, N.Y.: Dolorosa Press, 2012.
- Beale, G. K., and D. A. Carson. *Commentary on the New Testament Use of the Old Testament*. Grand Rapids, Mich.: Baker Academic; Apollos, 2007.
- Blomberg, Craig. *Matthew*. Vol. 22. The New American Commentary. Nashville, Tenn.: Broadman & Holman Publishers, 1992.
- Brown, Raymond E. *The Birth of the Messiah: A Commentary on the Infancy Narratives in the Gospels of Matthew and Luke*. New Haven: Yale University Press, 1993.
- Bruner, Frederick Dale. *Matthew: A Commentary: The Christbook, Matthew 1–12*. Vol. 1. Revised and Expanded Edition. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2007.
- Childs, Brevard S. *Biblical Theology of the Old and New Testaments*. Minneapolis: Fortress Press, 2011.
- Davies, W. D. *The Setting of the Sermon on the Mount*. Cambridge: Cambridge University Press, 1966.
- Davies, W. D., and Jr., Dale C. Allison. *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel according to Saint Matthew*. Vols. 1-3. International Critical Commentary. New York: T&T Clark International, 2004.
- Donahue, John R., and Daniel J. Harrington. *The Gospel of Mark*. Edited by Daniel J. Harrington. Vol. 2. Sacra Pagina Series. Collegeville, Minn.: Liturgical Press, 2002.
- France, R. T. *The Gospel of Matthew*. The New International Commentary on the New Testament. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2007.
- Garland, David E. *Reading Matthew: A Literary and Theological Commentary on the First Gospel*. Reading the New Testament Series. Macon, Ga.: Smyth & Helwys Publishing, 2001.
- Hagner, Donald A. *Matthew 1–13*. Word Biblical Commentary 33A. Dallas, Tex.: Word, Incorporated, 1998.
- Harrington, S.J., Daniel, J. *Sacra Pagina: The Gospel of Matthew*. Collegeville, Minn.: Michael Glazier, 2007.
- Heil, John Paul. *The Transfiguration of Jesus: Narrative Meaning and Function of Mark 9:2–8, Matt 17:1–8 and Luke 9:28–36*. Vol. 144. Analecta Biblica. Rome: Biblical Institute Press, 2000.
- Kaiser, Jr., Walter C., Peter H. Davids, F. F. Bruce, and Manfred T. Brauch. *Hard Sayings of the Bible*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1996.



- Keener, Craig S. *The Gospel of Matthew: A Socio-Rhetorical Commentary*. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2009.
- Kingsbury, Jack Dean. *Matthew as Story*. 2d ed. Philadelphia: Fortress Press, 1988.
- . *Matthew: Structure, Christology, Kingdom*. Minneapolis: Fortress Press, 1989.
- Kittel, Gerhard. *Theological Dictionary of the New Testament*. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1964.
- Lange, John Peter. *A Commentary on the Holy Scriptures: Matthew*. Translated by Philip Schaff. 3rd ed. Bellingham, Wash.: Logos Bible Software, 2008.
- Levering, Matthew. *Participatory Biblical Exegesis: A Theology of Biblical Interpretation*. 1st ed. Notre Dame, Ind: University of Notre Dame Press, 2008.
- Luz, Ulrich. *Matthew in History: Interpretation, Influence, and Effects*. Minneapolis: Fortress Press, 2007.
- . *Studies in Matthew*. Translated by Rosemary Selle. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2005.
- Morris, Leon. *The Gospel according to Matthew*. The Pillar New Testament Commentary. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1992.
- Nolland, John. *The Gospel of Matthew: A Commentary on the Greek Text*. New International Greek Testament Commentary. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2005.
- Osborne, Grant R. "Redaction Criticism and the Great Commission: A Case Study toward a Biblical Understanding of Inerrancy." *Journal of the Evangelical Theological Society* 19 (1976): 73–85.
- Panikulam, George. *Koinōnia in the New Testament: A Dynamic Expression of Christian Life*. Vol. 85. Analecta Biblica. Rome: Biblical Institute Press, 1979.
- Ratzinger, Joseph. *Behold The Pierced One: An Approach to a Spiritual Christology*. Translated by Graham Harrison. San Francisco: Ignatius Press, 1986.
- . *Jesus of Nazareth: From the Baptism in the Jordan to the Transfiguration*. New York: Doubleday, 2007.
- Repschinski, Boris. *The Controversy Stories in the Gospel of Matthew: Their Redaction, Form and Relevance for the Relationship between the Matthean Community and Formative Judaism*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2000.
- Smillie, Gene R. "Jesus' Response to the Question of His Authority in Matthew 21." *Bibliotheca sacra* 162 (2005): 459–69.

† José Rafael Palma
Capetillo
Obispo Auxiliar de
Xalapa

La Vida Eterna

INTRODUCCIÓN

Me ha parecido de mucha importancia, en nuestra reflexión sacerdotal, el acercarnos a los temas que se refieren a la vida eterna, ya que es necesario ir meditando, a la luz de la Sagrada Escritura y la enseñanza de la Iglesia, el significado de estas realidades que tenemos que conocer y para las cuales debemos estar preparados. Tomamos como base lo que nos ofrece al respecto el Catecismo de la Iglesia Católica¹.

Algunos señalan, con discreción, que quizá uno de los motivos principales del desconocimiento y desinterés de parte de algunos clérigos para atender a los fieles que pasan por alguna situación difícil, ya sea personal o familiar, o de alguna otra índole, la ocasiona el tener que afrontar los temas espirituales más profundos, que siempre requieren mayor atención y dedicación, ya que exigen el diálogo imprescindible, un cuidadoso discernimiento, la oración constante y el don de la perseverancia que Dios nos regala.

I. LA ENTRADA EN LA VIDA ETERNA

El cristiano que une su propia muerte a la de Jesús ve la muerte como una ida hacia él y la entrada en la vida eterna. Cuando la Iglesia dice por última vez las palabras de perdón de la absolución de Cristo

sobre el cristiano moribundo, lo sella por última vez con una unción fortificante y le da a Cristo en el viático como alimento para el viaje. Le habla entonces con una amable seguridad (*Catecismo*, 1020):

“Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en el nombre de Dios Padre todopoderoso, que te creó, en el nombre de Jesús, el Hijo de Dios vivo, que murió por ti y en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. Entra en el lugar de la paz y que tu morada esté junto a Dios en Sión, la ciudad santa, con santa María Virgen, madre de Dios, con san José y todos los ángeles y santos. Te entrego a Dios, y, como creatura suya, te pongo en sus manos, pues es tu Hacedor, que te formó del polvo de la tierra. Y al dejar esta vida, salgan a tu encuentro la Virgen María y todos los ángeles y santos. Que puedas contemplar cara a cara a tu redentor”².

II. EL JUICIO PARTICULAR

La muerte pone fin a la vida del ser humano como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo (cf 2Tim 1,9-10). El nuevo testamento habla del juicio principalmente en la perspectiva del encuentro final con Cristo en su segunda venida; pero también asegura reiteradamente la existencia de la retribución inmediata después de la muerte de cada uno a consecuencia de sus obras y de su fe. La parábola del pobre Lázaro (cf Lc 16,22) y la expresión de Cristo en la cruz al buen ladrón (cf Lc 23,43), así como otros textos del nuevo testamento³

¹Texto basado en el CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 1020-1060.

²ORDO EXSEQUIARUM, *Commendatio animae*.



hablan de un último destino del alma (cf Mt 16, 26) que puede ser diferente para unos y para otros (*Catecismo*, 1021).

Cada individuo humano, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación⁴, bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo, bien para condenarse inmediatamente para siempre⁵. 'En el atardecer de tu vida te examinarán en el amor'⁶ (*Catecismo*, 1022).

III. EL CIELO

Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven 'tal cual es', cara a cara⁷ (*Catecismo*, 1023):

Definimos con la autoridad apostólica que,

según la disposición general de Dios, las almas de todos los santos y de todos los demás fieles, muertos después de recibir el bautismo de Cristo, en los que no había nada que purificar cuando murieron; o en caso de que tuvieran o tengan algo que purificar, una vez que estén purificadas después de la muerte, aun antes de la resurrección de sus cuerpos y del juicio final, después de la ascensión al cielo del salvador, Cristo nuestro Señor, estuvieron, están y estarán en el cielo, en el reino de los cielos y paraíso celestial con Cristo, admitidos en la compañía de los ángeles. Y después de la muerte y pasión de Jesús vieron y ven la divina esencia con una visión intuitiva y cara a cara, sin mediación de ninguna creatura⁸.

Esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama 'el cielo'. El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas de la persona humana, el estado supremo y definitivo de dicha (*Catecismo*, 1024).

Vivir en el cielo es 'estar con Cristo'⁹. Los elegidos viven 'en él', aún más, tienen allí, o mejor, encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre (cf Apoc 2,17): Ya que la vida verdadera consiste en estar con Cristo; donde está Cristo, allí está la vida, allí está el reino¹⁰ (*Catecismo*, 1025).

Por su muerte y su resurrección, Cristo nos ha 'abierto' el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en él

³Cf 2Cor 5,8; Flp 1,23; Hb 9,27; 12,23.

⁴Cf Concilio de LYON: DS 857-858; Concilio de FLORENCIA: DS 1304-1306; Concilio de TRENTO: DS 1820.

⁵Cf BENEDICTO XII: DS 1000-1002; JUAN XXII: DS 990.

⁶San Juan DE LA CRUZ, *Dichos* 64.

⁷Cf 1Jn 3,2; 1Cor 13,12; Apoc 22,4.

⁸BENEDICTO XII: DS 1000; cf CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium* 49.

⁹Cf Jn 14, 3; Flp 1, 23; 1 Ts 4,17.

¹⁰San AMBROSIO, Lc 10,121

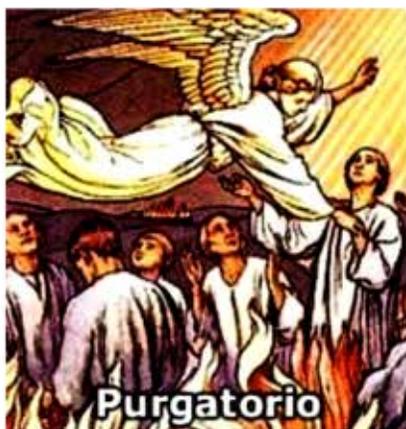


y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a él (*Catecismo*, 1026).

Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura nos habla de ella en imágenes: Vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso: *“Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del ser humano llegó a lo que Dios ha preparado para los que le aman”* (1Cor 2,9) (*Catecismo*, 1027).

A causa de su transcendencia, Dios no puede ser visto tal cual es, mas que cuando él mismo abre su misterio a la contemplación inmediata del ser humano y le da la capacidad para ello. Esta contemplación de Dios en su gloria celestial es llamada por la Iglesia ‘la visión beatífica’ (*Catecismo*, 1028):

¡Cuál no será tu gloria y tu dicha! Ser admitido a ver a Dios, tener el honor de participar en las alegrías de la salvación y de la luz eterna en compañía de Cristo, el Señor tu Dios, gozar en el reino de los cielos en compañía de los justos y de los amigos de Dios, las



alegrías de la inmortalidad alcanzada ¹¹.

En la gloria del cielo, los bienaventurados continúan cumpliendo con alegría la voluntad de Dios con relación a los demás seres humanos y a la creación entera. Ya reinan con Cristo; con él ‘ellos reinarán por los siglos de los siglos’¹² (*Catecismo*, 1029).

IV. LA PURIFICACIÓN FINAL O PURGATORIO

Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo (*Catecismo*, 1030).

La Iglesia llama purgatorio a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados. La Iglesia ha formulado la doctrina de la fe relativa al purgatorio¹³. La tradición de la Iglesia, haciendo referencia a ciertos textos de la Escritura¹⁴ habla de un fuego purificador (*Catecismo*, 1031):

Respecto a ciertas faltas ligeras, es necesario creer que, antes del juicio, existe un fuego purificador. Según lo que afirma Aquél que es la verdad, al decir que si alguno ha pronunciado una blasfemia contra el Espíritu Santo, esto no le será perdonado ni en este siglo, ni en el futuro (cf Mt 12,31): en esta frase podemos entender que algunas faltas pueden ser perdonadas en este siglo, pero otras ni en el siglo futuro¹⁵.

¹¹San CIPRIANO, ep. 56,10,1.

¹²Apoc 22, 5; cf Mt 25, 21.23,

¹³Sobre todo: en los Concilios de FLORENCIA (cf DS 1304) y de TRENTO (cf DS 1580.1820).

¹⁴Por ejemplo: 1Cor 3,15; 1Pe 1,7.



Esta enseñanza se apoya también en la práctica de la oración por los difuntos, de la que ya habla la Escritura: *“Por eso mandó [Judas Macabeo] hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado”* (2Mac 12,46). Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico¹⁶ (cf DS 856), para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos (*Catecismo*, 1032):

*Llevémosles socorros y hagamos su conmemoración. Si los hijos de Job fueron purificados por el sacrificio de su Padre (cf Jb 1,5), ¿por qué habríamos de dudar de que nuestras ofrendas por los muertos les lleven un cierto consuelo? No dudemos, pues, en socorrer a los que han partido y en ofrecer nuestras plegarias por ellos*¹⁷.

V. EL INFIERNO

Por nuestra cuenta no podemos estar unidos con Dios, salvo que elijamos libremente amarle. Pero no podemos amar a Dios si pecamos gravemente

contra él, contra nuestro prójimo o contra nosotros mismos: *“Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él”* (1Jn 3,15). Cristo nos advierte que estaremos separados de él si omitimos socorrer las necesidades graves de los pobres y de los pequeños que son sus hermanos (cf Mt 25,31-46). Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra ‘infierno’ (*Catecismo*, 1033).

Jesús habla con frecuencia de la ‘gehenna’ y del ‘fuego que nunca se apaga’¹⁸ reservado a los que, hasta el fin de su vida rehusan creer y convertirse, y donde se puede perder a la vez el alma y el cuerpo (cf Mt 10,28). Jesús anuncia en términos graves que *“enviará a sus ángeles que recogerán a todos los autores de iniquidad..., y los arrojarán al horno ardiendo”* (Mt 13,41-42), y que pronunciará la condenación: *“¡Aléjense de mí, malditos, vayan al fuego eterno!”* (Mt 25,41) (*Catecismo*, 1034).

La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad. Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del infierno, ‘el fuego eterno’. La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios en quien únicamente puede tener cada ser humano la vida y la felicidad para las que ha sido creado y a las que aspira (*Catecismo*, 1035).

Las afirmaciones de la Escritura y las

¹⁵ San Gregorio MAGNO, dial. 4, 39.

¹⁶Cf Concilio de LYON, DS 856.

¹⁷San Juan CRISÓSTOMO, hom. in 1 Cor 41,5.

¹⁸Cf Mt 5,22.29; 13,42.50; Mc 9,43-48.



enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el individuo humano debe usar de su libertad en relación con su destino eterno. Constituyen al mismo tiempo un llamamiento apremiante a la conversión: *“Entren ustedes por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida!; y pocos son los que la encuentran”* (Mt 7,13-14) (Catecismo, 1036):

Dice el Concilio Vaticano II: *“Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo de Jesús, estar continuamente en vela. Así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra, mereceremos entrar con él en la boda y ser contados entre los santos y no nos mandarán ir, como siervos malos y perezosos, al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde ‘habrá llanto y rechinar de dientes’”* (Lumen gentium 48).

Dios no predestina a nadie a ir al infierno; para que eso suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (un pecado mortal), y persistir en él hasta el final. En la liturgia eucarística y en las plegarias diarias de los fieles, la Iglesia implora la misericordia de Dios, que *“quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión”* (2Pe 3,9) (Catecismo, 1037): *Acepta,*

Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa, ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos¹⁹.

VI. EL JUICIO FINAL

La resurrección de todos los muertos, ‘de los justos y de los pecadores’ (Hech 24,15), precederá al juicio final. Esta será *“la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación”* (Jn 5,28-29). Entonces, Cristo vendrá *“en su gloria acompañado de todos sus ángeles. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda. E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna”* (Mt 25,31-46) (Catecismo, 1038).

Frente a Cristo, que es la verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada individuo humano con Dios (cf Jn 12,49). El juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena (Catecismo, 1039):

Todo el mal que hacen los malos se registra y ellos no lo saben. El día en que *“Dios no se callará”* (Sal 50,3), señala san Agustín que Dios se volverá hacia los malos: *“Yo había colocado sobre la tierra, dirá él, a mis pobrecitos para ustedes. Yo, su cabeza, gobernaba en el cielo a la derecha de mi Padre – pero en la tierra mis miembros tenían hambre. Si ustedes hubieran dado a mis miembros algo, eso habría subido hasta la cabeza. Cuando coloqué a mis pequeñuelos en la tierra, los constituí comisionados de ustedes para llevar sus buenas obras a mi tesoro: Como ustedes no han depositado nada en sus manos, no poseen ustedes nada en mí”*²⁰.

¹⁹MISAL ROMANO, Canon Romano 88.



El juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo él decidirá su advenimiento. Entonces, él pronunciará por medio de su Hijo Jesús, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que su providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus creaturas y que su amor es más fuerte que la muerte (cf Ct 8,6) (*Catecismo*, 1040).

El mensaje del juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los seres humanos todavía “el tiempo favorable, el tiempo de salvación” (2Cor 6,2). Inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del reino de Dios. Anuncia la ‘bienaventurada esperanza’ (Tt 2,13) de la vuelta del Señor que “vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído” (2Ts 1,10) (*Catecismo*, 1041).

VII. LA ESPERANZA DE LOS CIELOS NUEVOS Y LA TIERRA NUEVA

Al final de los tiempos el reino de Dios llegará a su plenitud. Después del juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado (*Catecismo*, 1042):

La Iglesia sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo cuando llegue el tiempo de la restauración



*universal y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al individuo humano y que alcanza su meta a través del ser humano, quede perfectamente renovado en Cristo*²¹.

La Sagrada Escritura llama ‘cielos nuevos y tierra nueva’ a esta renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo²². Esta será la realización definitiva del designio de Dios de “hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Ef 1,10) (*Catecismo*, 1043).

En este ‘universo nuevo’ (Apoc 21,5), la Jerusalén celestial, Dios tendrá su morada entre los seres humanos. “Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado”²³ (*Catecismo*, 1044).

Para la creatura humana esta consumación será la realización final de la unidad del género humano, querida por Dios desde la creación y de la que la Iglesia peregrina era ‘como el sacramento’²⁴. Los

²⁰San AGUSTÍN, serm. 18, 4,4.

²¹CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium* 48.

²²2Pe 3,13; cf Apoc 21,1.

²³Apoc 21,4; cf 21,27.



que estén unidos a Cristo formarán la comunidad de los rescatados, la ciudad santa de Dios (Apoc 21,2), 'la esposa del Cordero' (Apoc 21,9). Ya no será herida por el pecado, las manchas, el amor propio, que destruyen o hieren la comunidad terrena de los seres humanos. La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua (Catecismo, 1045).

En cuanto al cosmos, la revelación afirma la profunda comunidad de destino del mundo material y de la persona humana (Catecismo, 1046): *"Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo"* (Rm 8,19-23).

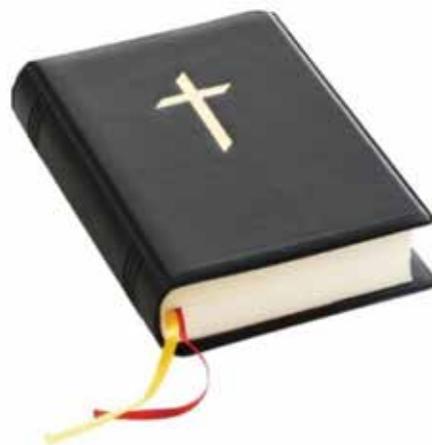
Así pues, el universo visible también está destinado a ser transformado, "a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo esté al servicio de los justos", participando en su glorificación en Cristo resucitado²⁵ (Catecismo, 1047).

El Concilio Vaticano II señala al respecto que: *"Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los seres humanos"* (Catecismo, 1048).

*"No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al reino de Dios"*²⁶ (Catecismo, 1049).

*"Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontramos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal"*²⁷. Dios será entonces 'todo en todos' (1Cor 15,22), en la vida eterna (Catecismo, 1050).

La vida subsistente y verdadera es el Padre que, por el Hijo y en el Espíritu Santo, derrama sobre todos sin excepción los dones celestiales. Gracias a su misericordia, nosotros los seres humanos también hemos recibido la promesa indefectible de la vida



²⁴CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium* 1

²⁵San IRENEO, haer. 5,32,1.

²⁶CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes* 39.



eterna²⁹.

Resumen

Al morir cada ser humano recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular por Cristo, juez de vivos y de muertos (*Catecismo*, 1051): *“Creemos que las almas de todos aquellos que mueren en la gracia de Cristo constituyen el pueblo de Dios después de la muerte, la cual será destruida totalmente el día de la resurrección, en el que estas almas se unirán con sus cuerpos”*³⁰ (*Catecismo*, 1052).

*“Creemos que la multitud de aquellas almas que, con Jesús y María se congregan en el paraíso, forman la Iglesia celestial, donde ellas, gozando de la bienaventuranza eterna, ven a Dios como él es, y participan también, ciertamente en grado y modo diverso, juntamente con los santos ángeles, en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado, como quiera que interceden por nosotros y con su fraterna solicitud ayudan grandemente a nuestra flaqueza”*³⁰ (*Catecismo*, 1053).



Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su salvación eterna, sufren una purificación después de su muerte, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en el gozo de Dios (*Catecismo*, 1054).

En virtud de la ‘comuni3n de los santos’, la Iglesia encomienda los difuntos a la misericordia de Dios y ofrece sufragios en su favor, en particular el santo sacrificio eucarístico (*Catecismo*, 1055).

Siguiendo las ense3anzas de Cristo, la Iglesia advierte a los fieles de la “triste y lamentable realidad de la muerte eterna”³¹, llamada tambi3n ‘infierno’ (*Catecismo*, 1056). La pena principal del infierno consiste en la separaci3n eterna de Dios en quien cada persona humana solamente puede tener la vida y la felicidad para las cuales ha sido creado y a las cuales aspira (*Catecismo*, 1057).

La Iglesia ruega para que nadie se pierda: *“Jamás permitas, Se3or, que me separe de ti”*. Si bien es verdad que nadie puede salvarse a s3 mismo, tambi3n es cierto que *“Dios quiere que todos los seres humanos se salven”* (1Tm 2,4) y que para 3l ‘todo es posible’ (Mt 19,26) (*Catecismo*, 1058). *“La misma santa Iglesia romana cree y firmemente confiesa que todos los individuos humanos comparecer3n con sus cuerpos en el d3a del juicio ante el tribunal de Cristo para dar cuenta de sus propias acciones”*³² (*Catecismo*, 1059).

Al fin de los tiempos, el reino de Dios llegar3 a su plenitud. Entonces, los justos reinar3n con Cristo para siempre, glorificados en cuerpo y alma, y el

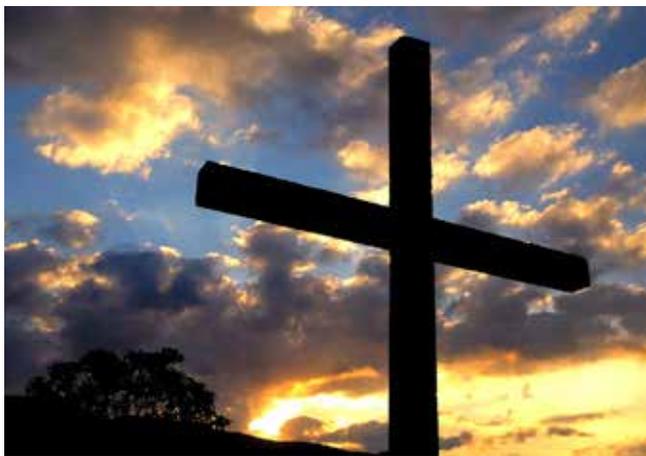
²⁷CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes* 39,3; cf *Lumen gentium* 2.

²⁸San Cirilo de JERUSAL3N, *catech. ill.* 18, 29.

²⁹PABLO VI, *Credo del pueblo de Dios*, 28.

³⁰PABLO VI, *Credo del pueblo de Dios*, 29.

³¹*Directorium Catechisticum Generale*, 69.



mismo universo material será transformado. Dios será entonces 'todo en todos' (1Cor 15,28), en la vida eterna (Catecismo, 1060).

Aplicaciones

El lenguaje de la Sagrada Escritura y del Magisterio de la Iglesia está lleno de sabiduría práctica y de profunda esperanza. Los temas de las realidades últimas (escatología) han sido revelados por Dios, por su infinita misericordia, para una oportuna advertencia y una nueva llamada a la salvación eterna.

La reflexión acerca de la vida eterna, como todos los temas teológicos, espirituales y profundos, tienen una grande importancia para todos. Esperamos que nos ayude para prepararnos mejor al servicio del pueblo de Dios que se nos ha confiado.

Que la valiosa intercesión de la reina del cielo, la santísima Virgen María, nos aliente en nuestra peregrinación cotidiana y nos enseñe a abrir el corazón a la misericordia y la paz de Cristo.

Contenido

(basado en el CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA)

- I. La entrada en la vida eterna
- II. El juicio particular
- III. El cielo
- IV. Purificación final o purgatorio
- V. El infierno
- VI. El juicio final
- VII. La esperanza de los cielos nuevos y la tierra nueva

- Resumen
- Aplicaciones

³²Cf Concilio de LYON, DS 859; cf Concilio de TRENTO, DS 1549.



P. Alfonso López
Muñoz, L.C.
Doctor en Filosofía
Doctorando en
Teología

“Cursos prematrimoniales”: algunas reflexiones de fondo en torno a éstos

1.- Introducción: la actual crisis de valores y de sentido presente en la cultura también amenaza el “amor humano”: es decir a los novios, a los matrimonios, a las familias

Ante la situación actual del matrimonio, la cual se trata de una verdadera crisis profunda y severa, quizás la respuesta de la Iglesia debiera ser, además de estar cerca de los matrimonios y de llevar a cabo un verdadero “acompañamiento” de éstos, la de preparar adecuadamente a los novios en su camino hacia el altar. Y en esto quizás hemos de preguntarnos todos los sacerdotes si de verdad “acompañamos” a los novios en su preparación al matrimonio, lo mismo si acompañamos a los matrimonios no sólo en su lucha por la fidelidad y la perseverancia en el amor, sino en un camino de *crecimiento espiritual* de cara a su plenitud vocacional como esposos. En ese sentido, san Juan Pablo II, ese gran enamorado del “amor humano” –como tanto gustaba decir él mismo-, narra él mismo cómo él dedicaba mucho tiempo a los novios y matrimonios. A estos últimos les acompañaba lo más cerca posible, y de manera especial los primeros tres años de su vida matrimonial, dado que él veía ese periodo como crucial para echar las bases sólidas para toda una vida matrimonial fiel y perseverante, verdaderamente humana y cristiana, verdaderamente plena y feliz; y a los primeros los llevaba realmente *de la mano* hasta el altar, por medio de encuentros personales con ellos, hablando con ellos y escuchándoles, pero, de manera especial, *enseñándoles el amor humano*. Como decía él mismo

en “Cruzando el umbral de la esperanza”: “Hay que preparar a los jóvenes para el matrimonio, hay que enseñarles el amor. El amor no es cosa que se aprenda, ¡y sin embargo no hay nada que sea más necesario enseñar”¹.

2.- El fin primordial de los cursos prematrimoniales y su presupuesto fundamental

Por ende, de lo que se trata es de ayudar a los novios y matrimonios a descubrir –para decirlo con san Pablo- “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” (Ef 3, 18) del amor de Cristo hecho matrimonio. En efecto, es Cristo mismo Quien vive en los sacramentos y por medio de éstos, también en y por medio del matrimonio-sacramento. Es por ello que el Papa Pío XI llegará a llamar al matrimonio cristiano el “Cristo conyugal”, anotando los esposos,



¹Juan Pablo II, libro-entrevista con Vittorio Messori, “Cruzando el umbral de la esperanza”, cap. IX.



en el mismo acto con el cual se convierten en tales el uno al otro, ese “Cristo conyugal” es “intercambiado válidamente” entre ellos. Por tanto, el matrimonio es un verdadero “intercambio” de Cristo, del Cristo que lleva cada uno en su alma como un sello indeleble desde el día de su Bautismo. Pero para llegar a esto, y como presupuesto de todo, hemos de conocer a los novios. En ocasiones es penoso escuchar que algunos recién casados relatan cómo el sacerdote que presidió su matrimonio se había referido a ellos... ¡con otros nombres que no eran los suyos! ¡¿Ni siquiera saber sus nombres?! Eso quiere decir que no los conocemos, no los conocemos en lo más mínimo; y por lo tanto no conocemos su historia de amor, su camino hacia el altar. En efecto, con frecuencia el sacerdote que preside el matrimonio ni siquiera es quien llevó a cabo el escrutinio de cara a las amonestaciones... si es que éste se lleva a cabo. Ante situaciones como ésta, lo cual no es tan poco común, por desgracia, hemos de preguntarnos: ¡¿Cómo pretendemos hacer que el matrimonio sea para los novios un verdadero encuentro con Cristo, con Su Gracia, cuando ni siquiera les hemos dedicado el mínimo de tiempo suficiente para que se encuentren con Cristo a través de nosotros, como ministros suyos que somos?! Por eso necesitamos acompañar, acompañar de verdad, acompañar siempre.

3.- Preparar el terreno: re-evangelizar a los novios

Ahora bien, para lograr que los novios puedan comprender la *dimensión sacramental* de la existencia

cristiana, y más en concreto de la que será su *existencia sacramental* como matrimonio, para lograr tal cometido, decimos, nos parece que se requiere, hoy día, una verdadera re-evangelización de los jóvenes, de los novios, pues los fundamentos cristianos están minados en la mayoría de los muchachos y muchachas, y esto por más que provengan de familias con fe, e incluso cuando se trata de familias católicas que son o han sido practicantes, pero en las que, en su mayoría, ya sólo son los adultos o ancianos los que continúan con la práctica de su fe. De hecho, actualmente existe una verdadera “brecha generacional” –como se suele llamar a ese fenómeno–, por la que los padres –y abuelos– ya no saben cómo comunicar y transmitir la fe y los fundamentos de ésta a sus hijos y nietos. Otro tanto dígame respecto a las escuelas y universidades católicas: aun así, los jóvenes que asisten a sus aulas, y a pesar de que la mayoría de dichos institutos de Iglesia cuentan con un departamento de capellanía, así como de una capilla, a pesar de ello, decimos, la mayoría de los niños, adolescentes y jóvenes que se “forman” en tales instituciones no *viven* en realidad su fe. ¡Y qué decir de aquellas escuelas y universidades que, no obstante decirse “católicas” y ser regidas por congregaciones religiosas o que dependen de parroquias o incluso de obispados o arzobispados, en realidad no enseñan lo que les manda la Iglesia por medio de la Congregación para la educación católica; es más, no cumplen lo más mínimo cuanto debiera observar por el simple hecho de formar parte de la Iglesia Católica, sino de todo lo contrario: en muchos casos no sólo no “forman” cristianamente, sino que de plano “deforman” las consciencias de los niños, adolescentes y jóvenes a ellos confiados.

Pero, volviendo a nuestro tema específico: si no se *prepara el terreno* en lo catequético, no hay preparación pre-matrimonial que pueda caer en tierra fértil y pueda hacer un mínimo de mella espiritual en las almas de los jóvenes. En ese sentido, habría que pensar una verdadera *propedéutica* de cara al matrimonio cristiano, al matrimonio-sacramento. Si no, por más grandiosas y ‘bonitas’ homilías durante la santa Misa en la que celebremos los matrimonios, por más poéticas y solemnes que estas sean, no quedarán sino en meros “fervorines” pasajeros, cuando no



constituirían meros “*flatus vocis*” después de pasada la boda, o si acaso hasta alguno que otro día después de la misma, si nos va bien. De lo que sí se van a acordar sin duda –y está bien- es de la *fiesta de la boda*, a la que hoy día, de hecho, llaman la “boda”; es decir, la fiesta, con su banquete y baile –y tristemente generalmente también con sus excesos para muchos de los asistentes- se ha convertido en *la boda* misma. Es decir, una fiesta más, que tantas veces –de nuevo, para muchos al menos- no quedará sino en una gran juerga más. Así, en muchas ocasiones son más los que sólo van a “la boda”, pero no asisten al matrimonio-sacramento. No le dan importancia, no le dan sentido; y la verdad es que ya tampoco los novios en cuestión hacen mucho para que los invitados –por lo menos los amigos, al menos los más cercanos e íntimos entre éstos- sí asistan a la celebración sacramental; ¡y cómo lo van a hacer, si ellos mismos no están convencidos de la prioridad que el sacramento tiene sobre la fiesta que le sigue! ¡Cuántos no se dan cuenta de que la causa, el porqué de esa gran fiesta y alegría es y debe ser la boda verdadera, la celebración del matrimonio, que es imagen del amor de Dios entre los hombres! Es más, el matrimonio es la imagen de Dios mismo en cuanto Amor, como enseña la Palabra de Dios, la sana doctrina, la teología católica. En definitiva, todo queda más o menos en lo superficial, si no en lo que respecta a la dimensión humana del matrimonio, sí en lo tocante a la dimensión sobrenatural –y más precisamente *sacramental*- del matrimonio cristiano, que es la dimensión más profunda, más sagrada, más santa, la dimensión sacramental propiamente dicha.

4.- Darle la importancia y trascendencia al matrimonio por parte de nosotros sacerdotes

Mas cuanto venimos diciendo no encontrará solución sino cuando nosotros los sacerdotes, los primeros, demos de verdad la importancia y trascendencia que tiene el matrimonio sacramento. A comenzar por el tiempo que reservamos en las parroquias para el matrimonio. En ocasiones las hay que programan una celebración de matrimonio cada hora; en ocasiones incluso apuran todo para que cada celebración dure sólo 40 ó 45 minutos. En este



sentido, recuerdo una escena en la que un sacerdote visitante que estaba celebrando con gran fervor y sentido solemne un matrimonio en cierta parroquia de una ciudad de México. Era el momento previo a repartir la Sagrada Comunión a los recién casados y al resto de los asistentes. De repente, se acercó el párroco del lugar y le dijo al padre que se apresurara a terminar, pues ya estaba esperando la gente de la siguiente boda a la puerta de la Iglesia. Esto causó una evidente molestia –a juzgar por el rostro que puso- en el sacerdote celebrante; sin embargo, no respondió nada al párroco, quien tomó el micrófono y dio el aviso a la gente de que se dieran prisa para abandonar la iglesia al término de la boda, pues ya estaba esperando las personas de la siguiente boda –lo cual también causó una cierta molestia entre los asistentes al sacramento-. El sacerdote celebrante dio la Comunión a los recién casados y a sus papás, mientras el párroco comenzaba a repartir la Comunión al resto de la gente. Terminada la Comunión, el párroco ayudó al sacerdote visitante a purificar los vasos sagrados con agilidad para que se diera paso, cuanto antes, a la oración después de la Comunión y a la despedida de la asamblea. Finalmente, ya en la sacristía, el padre celebrante se acercó al párroco y en tono serio le dijo al párroco: “Padre, discúlpeme, pero eso no se hace”, además –prosiguió- “¿qué ganaba con ello? ¿ganó algo acaso? ¡Más respeto por el sacramento, padre!”. En fin, mucho se podría decir al respecto, como es el hecho de que actuando de esa manera los sacerdotes damos pie a que los fieles piensen mal de nosotros, y lo que es peor, en general de la Iglesia: “Sólo les interesa el dinero”;



“quieren meter cuántas celebraciones pueden para sacar más ganancias”, etc..., por más que no se haga con esa intención, por supuesto. Pero el hecho es que es lo que suele pensar la gente, por aquello de que priva eso de que “piensa mal y acertarás”, en lugar de que el pensar bien de los demás y de sus buenas intenciones sea lo que prevalezca.

Ahora bien, volviendo a nuestra anécdota, la lección más contundente de todo ese episodio, y que me parece debe ser una gran lección para todos nosotros sacerdotes, fue lo que al final espetó el sacerdote visitante al párroco: “¿Padre: nada más le pido que me diga cuánto duró su ordenación sacerdotal?”. Si nosotros no somos los primeros en valorar la dignidad y grandeza del matrimonio, y le damos la sacralidad, el decoro, fervor y solemnidad debidos, y todo ello también tiene que ver con el tiempo que reservamos en la agenda y horario para las bodas, para cada boda, ¿cómo pretendemos que los fieles, que no tienen ni mucho menos toda la formación con la que –al menos se supone– sí contamos los sacerdotes como fruto del *iter* de estudios que hemos seguido tanto durante los años de seminario, como después por medio de los programas de formación permanente del clero que lleva –o debiera llevar– cada diócesis, cómo queremos, decimos, que nuestros parroquianos, que en general no cuentan con ese *background* formativo que nosotros sí poseemos, le den el peso que tiene el matrimonio, cuando muchas veces nosotros clero le damos tan poco valor? ¿Cómo pretendemos así que los novios y los matrimonios se prepararen a ser y sean lo que ya son como esposos en Cristo?

5.- Sobre los contenidos de los cursos prematrimoniales

Pero, retomando el tema de fondo en relación a los contenidos de la preparación al matrimonio, nos parece que otra deficiencia importante es el hecho de que en no pocos casos los cursos –que ya es mucho decir, porque en muchas ocasiones dichos “cursos” se reducen a un fin de semana, en el mejor de los casos (tarde del viernes, el sábado y mañana del domingo), o bien una jornada (todo un sábado, o al menos buena parte del mismo), o incluso a una mañana o tarde, con un par de charlas, y poco más– se centran mucho más, cuando no exclusivamente, en temas humanos o psicológicos: caracteriología, comunicación, resolución de conflictos, y, hoy sobre todo, temas de heridas y cómo superarlas; se insiste –quizás demasiado– en las tan traídas y llevadas “vulnerabilidad” y “resiliencia”-, etc..., todos ellos temas importantes, sin duda, sobre todo si de verdad ayudan a los novios a conocerse mejor y contar con herramientas adecuadas para ese fin, pues el amor nace y se consolida en el *conocimiento interpersonal*, sin duda alguna; de hecho, en muchos de estos cursos se implementan “talleres” y dinámicas excelentes, originales y sanamente ingeniosas que en verdad son de gran ayuda a ese fin. Pero, decimos, nos parece que quizás se prioriza e insiste demasiado en esa dimensión humana del matrimonio y poco o muy poco –si acaso una charla y muy ‘por encimita’-, o de plano nada, sobre la *sacramentalidad* del matrimonio y de la necesidad que se tiene de que haya una mínima conciencia de la misma y fe en lo que ella significa y hacia la trascendencia a la que apunta para la validez del matrimonio, como bien dejaba entrever en forma de pregunta de fondo por parte de Benedicto XVI en su último discurso a la *Rota Romana* antes de dimitir.

Esto que decimos nos parece no sólo importante, sino esencial, ya que casarse en la Iglesia, insistimos, es un acto de fe en Cristo y en Su Iglesia. Se trata de un sacramento; es más, es ese “misterio grande” del que habla san Pablo, y grande precisamente es el sacramento matrimonio porque *representa*, es *imagen*, *reflejo* del matrimonio místico entre Cristo y



la Iglesia; al menos a ello debe tender constantemente el matrimonio de quienes se comprometen a “amarse y respetarse todos los días de su vida”, porque se han amado y no pueden ya dejar de amarse, porque se han “aceptado como esposos” –es decir, se han recibido el uno al otro como “don” (para decirlo con un término tan querido a Karol Wojtyła – Juan Pablo II)–*siendo fieles el uno al otro “en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad”* –o como dice más de alguna versión en otras lenguas: “en el bien y en el mal”. Sí, es verdad que para todo ello se requiere conocimiento mutuo; insistimos: *conocimiento intrapersonal –entre personas- serio, profundo y largamente meditado.*

Aunado a ello, tampoco se suele hablar mucho sobre la necesidad de alimentar el propio ser sacramental como matrimonio y cada uno de los esposos por medio de la oración y, sobre todo, a través de una vida sacramental asidua –por lo menos lo que está marcado como obligación o mandamiento por parte de la Iglesia: Misa dominical, confesión al menos “por Pascua florida”, pero que, en realidad, su mucho mayor frecuencia es sólo necesaria sino indispensable para una mínima vida de gracia en el cristiano en orden a su santificación y salvación. Nos parece que en realidad deberíamos ayudar a los novios a entender su vida cristiana como una *vivencia continua de Gracia*, y no prepararlos sólo a un “evento” –cuando bien nos va-, a un acto sí, importante, pero, al fin de cuentas, más bien puntual y transitorio: “ya me casé”, lo cual muchas veces quiere decir: “me casé y ya”. Cuando más bien tanto la preparación al matrimonio-sacramento como lo que a le sigue a éste debiera ser una –para decirlo con Kierkegaard- “ejercitación de cristianismo”, es decir una verdadera práctica de vivencia cristiana en el sentido pleno de ésta, es decir en la Gracia santificante, para después vivirla ya en cierta manera *en plenitud* toda vez ya unidos inseparablemente –“hasta que la muerte los separe”- por amor, pero un amor que es no sólo humano sino divino, al tratarse del mismo amor de Cristo por Su Iglesia y por cada uno de nosotros los hombres, sus hermanos.

6.- Un tema fundamental y de vital importancia, pero al que se le saca la vuelta

Por otro lado –y no es asunto menor-, en muchos casos, durante dichos “cursos” prematrimoniales no se expone con claridad lo que realmente enseña la Iglesia sobre algunos campos fundamentales del matrimonio, como es el que respecta a los métodos de planificación familiar; o mejor –para usar la terminología más apta y adoptada por la Iglesia, por ser precisa y que evita la terminología de los promotores de los anticonceptivos artificiales, así como de los preservativos-: de *espaciamiento de los nacimientos*; a lo más, se exponen los diversos métodos, entre los cuales los métodos naturales ciertamente, pero sin recordar el pensamiento y juicio de la Iglesia al respecto; sin duda por temor a entrar en controversia y así mejor “llevar la fiesta en paz”. Con esa excusa falsa y cobarde dejamos de exponer cuanto con tanta claridad y profundidad enseñó san Pablo VI en esa extraordinaria “encíclica profética” – para decirlo con el que llegaría a ser cardenal Dionigio Tettamanzi, quien titulaba así su comentario a la misma a los veinte años de su publicación-. Y como en éste, así en otros temas importantes de la doctrina perenne de la Iglesia. Pero, hemos de preguntarlos: ¿Es esto actuar con honestidad? Y no digamos ya: en fidelidad y coherencia con nuestra misión de enseñar la verdad y nada más que la verdad, puesto que, como dijo La Verdad misma: “La Verdad les hará libres” (Jn 8, 32b). Por eso, hemos de insistir: ¿Es correcto callar la verdad, o al menos la verdad completa? Y es que es probable que olvidemos en ocasiones, o





incluso con cierta frecuencia, eso: que la Verdad nos hace libres, que sólo Ella nos hace libres; y que sólo la Verdad completa nos hace libres completamente. Sí, sólo la Verdad salva; y sólo la Verdad completa salva completamente.

7.-Aprovechar la riqueza de la doctrina católica; especialmente el aporte de Juan Pablo II

En fin, mucho se podría seguir diciendo sobre lo que habría que hacer con los cursos prematrimoniales para que de verdad y con toda lealtad a la doctrina de la Iglesia y su magisterio perenne con respecto al amor humano, al matrimonio y la familia, dichos cursos cumplan con su finalidad. Es cierto que es mucho el material que al respecto está publicado, tanto a nivel magisterial de la Iglesia universal como a nivel local en las diócesis, así como en algunas parroquias que sí han llevado a cabo una gran y loable labor en este rubro. También es mucho lo que Papas, obispos y sacerdotes, así como algunos laicos expertos en el tema, han enseñado y publicado al respecto y en consonancia y continuidad con lo que la Iglesia siempre y en todo lugar ha enseñado sobre este tema tan fundamental del amor humano y cristiano. Mas sin duda el ápice de toda esa enseñanza eclesial –o al menos de una de sus cumbres más altas y grandiosas– ha sido el magisterio de san Juan Pablo II, y de manera especial lo que nos legó en las catequesis sobre el amor humano, la así llamada “teología del cuerpo”, la cual representa también una cima en la profundización tanto filosófica como teológica sobre la persona humana en su dimensión física y metafísica a partir de la Revelación misma, es decir a partir de lo que el mismo Creador y Redentor del hombre dicen del hombre mismo. Todo ello sin dejar fuera a tantos documentos magisteriales que enseñan la doctrina de siempre de la Iglesia en este campo preciso, antes y después de susodichas catequesis, como son la Carta Encíclica *Arcanum divinae sapientiae* (1880) de León XIII, la encíclica *Casti connubii* (1930) de Pío XI, la Carta Encíclica *Humanae vitae* (1968) san de Pablo VI, ya antes citada, la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Familiaris Consortio* (1981) de san Juan Pablo II, que emana durante esos años en que predicaba



las catequesis sobre el amor humano –y a la que se le deberían añadir, ya posteriores a la *Familiaris consortio*, la Carta Apostólica *Mulieris dignitatem* (1988) –sobre la dignidad y la vocación de la mujer con ocasión del año mariano-, la *Carta a las familias* (1994) –con ocasión del Año de la Familia-, –sobre la dignidad y la vocación de la mujer con ocasión del Año Mariano-; del mismo año también será su primer *bestseller*: “Cruzando el umbral de la esperanza”, en el que afirmarí aquella lapidaria expresión de “amar el amor humano”, en ese pasaje que ya citábamos al inicio de este nuestro trabajo: “Esta vocación al amor es –escribía el Papa santo-, de modo natural, el elemento más íntimamente unido a los jóvenes. Como sacerdote, me di cuenta muy pronto de esto. Sentía una llamada interior en esa dirección. Hay que preparar a los jóvenes para el matrimonio, hay que enseñarles el amor. El amor no es cosa que se aprenda, ¡y sin embargo no hay nada que sea más necesario enseñar! Siendo aún un joven sacerdote aprendí a amar el amor humano. Éste es uno de los temas fundamentales sobre el que centré mi sacerdocio, mi ministerio desde el púlpito, en el confesionario, y también a través de la palabra escrita. Si se ama el amor humano, nace también la viva necesidad de dedicar todas las fuerzas a la búsqueda de un ‘amor hermoso’” (cap. IX).

8.- El gran consejo de san Juan Pablo II a nosotros sacerdotes: “Amar el amor humano”

“Amar el amor humano” y buscar el “amor hermoso”:



Quizás ahí está la clave sobre la cual todo gira de cara a una preparación al matrimonio y a una vivencia seria y profunda, al mismo tiempo que *hermosa*, del matrimonio cristiano, del matrimonio-sacramento. Y esto sobre todo depende de que la Iglesia, por medio de los sacerdotes y de sus agentes de pastoral, sobre todo quienes apoyan la pastoral familiar, se pongan de verdad como objetivo esos fines: que tanto los jóvenes que se encaminan al matrimonio como quienes ya lo son “amen el amor” humano de verdad, y así “busquen el amor hermoso”; es decir, se esfuercen sinceramente y con todas sus fuerzas por hacer que cada día prevalezca no sólo el amor sobre el egoísmo, sino que ese “amor hermoso” del que habla san Juan Pablo sea adquirido, alcanzado de día en día, sobre el amor *solo* verdadero y bueno –¡que ya es gran cosa!-, y sobre todo que tal belleza del amor se convierta en el Ideal al que todo esfuerzo y lucha deben tender. Ahora bien, para ello, insistimos, los primeros que han de estar convencidos de ello somos nosotros los sacerdotes, los representantes de Cristo en la Tierra; somos quienes encarnamos –al menos debiéramos hacerlo- al mismo Jesucristo en este mundo. Y esto porque, como también diría el mismo Juan Pablo II en su primera encíclica, “*Redemptor hominis*” –verdadero texto programático de todo su grandioso pontificado-, el hecho de que “El Verbo se hizo carne” es la “idea-clave” de toda la teología cristiana, y, en definitiva, del cristianismo mismo. Por eso también el Concilio Vaticano II subrayó tal verdad, cuando la constitución pastor la “*Gaudium et spes*” afirma decidida y solemnemente que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio

del Verbo encarnado” (n. 22). Mas, como decimos, el sacerdote es precisamente la persona elegida por Jesús mismo para, a su vez, *encarnarlo*, hacerlo presente en el mundo; por medio de los sacramentos, por supuesto, pero también por medio de su persona, de toda su persona. Porque, como solía decir Gabriel Marcel, un valor que no es encarnado, deja de serlo *ipso facto*. En efecto, los valores o se *encarnan*, o se viven, o *no valen*. Por ello vale la pena preguntarnos constantemente, en cuanto sacerdotes de Cristo: “¿Qué tanto he encarnado a Cristo en mi propio ser hasta hoy?”. “¿Qué tanto puedo decir que mi vida ha sido ya *asumida* por el mismo Cristo, por su misma Vida, por Él mismo que es la Vida, hasta el día de hoy?”. “¿He logrado un buen grado de *encarnación* del Verbo mismo en mi ser sacerdotal?”. “¿He logrado –o mejor: he permitido que la Gracia de Dios en mí logre- un buen *nivel* de transformación en Cristo?”. Porque, al final de cuentas, a ello nos hemos comprometido desde el día en que fuimos ungido con el sacramento del orden y fuimos marcado con el sello indeleble del carácter sacramental del sacerdocio ministerial. Es más, es hacia ello a lo que tendía –si realmente hemos buscado ser conscientes de nuestro llamado, de nuestra vocación al sacerdocio- todo nuestro camino sacerdotal, en especial esos largos años de formación en el seminario y de aprendizaje del apostolado.

9.- Presupuestos del “amor humano”: la verdad del amor y el verdadero sentir humano

Ahora bien, vale la pena aquí recordar que en la óptica de Juan Pablo II para poder vivir el “amor humano” se han de conjugar dos elementos, mismos que si son disociados tanto el uno como el otro se esfuman, es decir, pierden no sólo su sentido sino su misma consistencia. Dichos elementos son “la verdad del amor” –cosa en la que insistía Karol Wojtyla – Juan Pablo II-, es decir el hecho de que “el pensamiento ha de permanecer con la verdad” –frase de Adam en esa obra de teatro profunda e riquísima en intuiciones sobre el amor humano que es “El Taller del orfebre”- por una parte, y el hecho de que –como hace decir ahí mismo Wojtyla a Ana, quien replica a Adam- “la vida tiene su propia lógica, que no puede ser abstracción de lo que uno siente”. Verdad y





sentimiento: quizás está aquí la clave para entender y ubicar correctamente el gran logro y la extraordinaria aportación de Karol Wojtyła – Juan Pablo II en el campo de la antropología filosófica y teológica, y más en concreto en lo que respecta al matrimonio y a la familia, es decir en lo tocante al “amor humano”; y probablemente también encontramos en ello la medicina más adecuada para responder a la cultura del emotivismo y sentimentalismo psicologista que permea nuestra cultura hodierna en lo que dice al amor. ¿Pero cómo conciliar, hermanar y lograr el equilibrio entre esta “verdad del amor” y el sentir entendido como totalidad de la persona? Nos parece que la respuesta no puede darse sino en un nivel ético, en la dimensión moral, que es la dimensión de la libertad, de una *libertad en la verdad* y de una *verdad en la libertad*; o sea de una *verdadera libertad*, o mejor: de una *libertad liberada por y en la verdad*. Esta relación intrínseca y de co-dependencia absoluta, entre la verdad y la libertad en orden al bien la reflexionó hondamente y la dejó muy clara y asentada el mismo Juan Pablo II en su encíclica sobre las relaciones entre la Fe y la razón, “*Fides et ratio*”, cuando afirmaba: “En efecto, verdad y libertad, o bien van juntas o juntas desaparecen miserablemente” (n. 90). De esa misma idea es Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, para el que, aplicando dicho principio metafísico a la antropología, la historia moderna enseña que la libertad es auténtica y ayuda a la construcción de una civilización auténticamente humana “sólo cuando reconciliada con la verdad”, pues, “si se separa de la verdad, la libertad se convierte trágicamente en principio de destrucción de la armonía interior del

ser humano, fuente de prevaricación de los fuertes y de los violentos y causa de sufrimiento y de luto” (catequesis del 7 de julio del 2007 en la plaza san Pedro).

10.- El vínculo indispensable entre verdad y libertad, base del verdadero “amor humano”: meollo de la tragedia de la cultura actual del libertinaje y del relativismo.

En ese vínculo indispensable entre libertad y verdad se encuentra el meollo de la tragedia hodierna en lo que toca a la moral, dentro y fuera de la Iglesia. San Juan Pablo ya lo veía presente y lo preveía proféticamente su encíclica “*Veritatis splendor*” en el año 1993, en la que afirmaba con luminosa claridad y total clarividencia que “la cuestión fundamental [...] es la cuestión de la relación entre libertad y verdad”; y más concretamente –añadirá el gran Papa especialista en Ética, materia de la cual fue profesor muchos años en Polonia- el “vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad” (n. 48), lo cual es lo que, en el fondo, ha perdido nuestra cultura actual, aunque, en realidad, tal pérdida está presente hace decenios en la atmósfera cultural, misma que se generó ya mucho antes en sus presupuestos filosóficos –sobre todo epistemológicos y antropológicos- y teológicos.

Todo esto cuanto venimos diciendo pudiera parecer abstracto de cara a un curso de preparación al matrimonio; sin embargo, no lo es en absoluto. De hecho, si no partimos de estos temas de fondo, poco o muy poco –o de plano nada- se siembra hoy día en los novios de cara a que den el paso al matrimonio-sacramento con verdadero conocimiento de causa. En definitiva, nos parece que habría que hacer una revisión profunda de lo que se hace o se deja de hacer en este campo en la pastoral matrimonial, y más en concreto en la pastoral de los novios, de quienes se prepararan al matrimonio en la Iglesia. Porque si no se va al fundamento de todo, nos quedamos en lo meramente periférico, en lo sólo humano, o, para decirlo con Nietzsche, en lo “humano, demasiado humano”. Por eso, porque hay que poner base en lo fundamental, Juan Pablo II hablará tanto sobre el



“principio” en sus catequesis sobre el amor humano; de hecho, dedicará todo el primer ciclo de las mismas a develar tal concepto, o, mejor dicho, tal verdad revelada². Con “principio” se refiere a la creación del hombre y la mujer según el diseño de Dios, a esa *experiencia originaria* de la creación, o mejor: *del ser y experimentarse creado, creada*. Tal revelación se encuentra en la primera página de la Biblia, en el libro del Génesis. Dios crea al ser humano *varón y mujer*. No hay en absoluto otras formas de *ser humano*. Sólo existen dos *modos* de serlo: hombre y mujer, signadas sus identidades en su cuerpo, alma y espíritu. Por eso, más que *tener un sexo determinado*, más bien somos *seres sexuados*. Somos o varones y mujeres. Y el único que lo puede determinar así, y lo ha determinado de esa manera, es el mismo Creador; Creador de cielo y tierra, y creador del hombre, del hombre en cuanto *varón o mujer*. Es ese el “principio”, el único y verdadero principio antropológico del cual parte no sólo Juan Pablo en sus catequesis sobre el amor humano, sino el principio de toda la Revelación sobre Dios mismo, sobre el hombre, el ser humano, y sobre el mundo, el qué, el por qué y el para qué del Universo entero. Todo lo demás que se ha venido inventando la ideología de Género con apoyo a la ideología *homo-sexualista* que le precede le hace de trampolín se queda en eso: mera ideología; como lo es también la ideología *tran-sexualista* –y “*post-humanista*” y “*trans-humanista*”- que la sucederá-. En realidad, todo ello es parte de la estrategia demoníaca contra Dios mismo, contra el plan original de Dios sobre el hombre, contra “el principio” precisamente. Es, como decía el Papa Emérito Benedicto XVI, siempre con su gran capacidad de intuición y para llegar a la esencia última de las cosas, “el pecado contra Dios Creador”³, precisamente. Por eso Juan Pablo ya había previsto proféticamente en la “*Mulieris dignitatem*” la necesidad de ahondar “la razón y las consecuencias de la decisión del Creador, que ha hecho que el ser humano pueda existir sólo como mujer y varón” (n. 1). Y hay que subrayar ese “sólo”.



11.- Trasfondo filosófico-teológico de la respuesta-propuesta de Karol Wojtyla – Juan Pablo II

Con todo esto cuanto se viene diciendo, el Papa santo no sólo recordaba la gran verdad del “principio”, es decir que sólo hay dos “formas” o “modos” o “modalidades” de *ser humano*, insistimos, sino también el hecho de que el hombre es esencialmente un ser relacional. Y es que, como bien sabemos, la antropología de Karol Wojtyla – Juan Pablo II no sólo se coloca dentro de la línea del así llamado –y no siempre bien llamado así- “personalismo”, sino al mismo tiempo se trata de un pensamiento que siempre tiene como telón de fondo la filosofía del diálogo (Ferdinand Ebner, Martin Buber, Gabriel Marcel, Emmanuel Levinas –y, en menor grado quizás, pero acentuando más el aspecto personalista y comunitario, Emmanuel Mounier), más no entendido este, el “diálogo”, como la esencia misma del hombre, ni mucho menos de la verdad –como sí acentuarán, erróneamente, algunos filósofos en el siglo XX, con consecuencias negativas para la comprensión de la persona humana, y sobre todo en ámbito moral-, sino como eso: la necesidad de la *relación* de las personas con otras personas para la construcción del propio yo precisamente *en cuanto persona*. En ese sentido,

²Juan Pablo II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plan divino*, Ediciones Cristiandad, Madrid 200, pp. 61-166.

³Son las palabras que Benedicto dijo al Papa Francisco antes del viaje de éste a Polonia, mismas que refirió a los Obispos polacos en su encuentro con éstos el 27 de julio de 2016



como es bien sabido, para el Papa polaco la relación principal y primigenia de la persona humana es con la Santísima Trinidad: en cuanto que Dios es Inteligencia y Voluntad sumas, y en tanto que participa de esa inteligencia (capacidad de conocer la verdad, en el caso de Dios el conocerse a sí mismo⁴) y voluntad (capacidad de hacer el bien, de amar, y por lo tanto el ser libre) al hombre, al igual que al ángel. Ahora bien, si esto es así para la persona en cuanto tal, como individuo de la especie humana, lo es más para el matrimonio, en cuanto que éste refleja más todavía a la Trinidad, su Vida Íntima Eterna Interpersonal IntraTrinitaria. Por eso, además de y a causa de esa participación de Su Inteligencia y Voluntad, es decir más allá de las facultades espirituales del hombre – que son precisamente la inteligencia y voluntad-, es, en su sentido más dinámico, en esa *relacionalidad* de la persona humana en lo que consiste, en su significación más honda, el que sea –así como también lo es la persona angelical- “imagen y semejanza de Dios” –aunque, como bien puntualizará san Gregorio de Nisa, la semejanza dependerá más bien de la colaboración que el hombre brinde a la Gracia en su ser; es decir, la semejanza depende más de la vivencia de la Gracia vivencia: de su instalación en el alma, de su conservación y de su crecimiento-. Y *relacionalidad* dice intercomunicación, comunión, o, para decirlo con un término acuñado por Juan Pablo II en su antropología teológica, “comunión de personas”. Es

decir, capacidad de amor, de amar y ser amado. Por ello afirmaba Juan Pablo II en la catequesis del 14 de noviembre de 1979 que “el hombre ha llegado a ser ‘imagen y semejanza’ de Dios no sólo a través de la propia humanidad, sino a través de la comunión de personas que el hombre y la mujer [con]forman desde el inicio [...] El hombre llega a ser imagen de Dios no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comunión”. Y añadirá también: “Él [el hombre] es ‘desde el principio’ no sólo imagen en la que se refleja la soledad de una Persona que rige al mundo, sino también, y esencialmente, imagen de una inescrutable divina comunión de Personas”. Por ello también Juan Pablo II subraya la necesidad esencial para el hombre de esta *dimensión de la relación* –no sólo a nivel metafísico sino en el plano existencial-, y de manera especial en lo que respecta al matrimonio, dado que allí se trata de la unión total de la persona con otra persona complementaria, y, precisamente porque complementaria, *total*⁵.

12.- La amalgama y armonía lograda por Juan Pablo II entre fenomenología y metafísica

Ahora bien, como sabemos, uno de los grandes logros de la antropología wojtyliana es el haber sabido hermanar armónicamente metafísica escolástica, el realismo tomista, con la fenomenología contemporánea –sobre todo la proveniente de Max Scheler (quien aprende la fenomenología directamente con Husserl, habiendo sido asistente personal de éste), quien aplicó tal método filosófico al campo de los valores-, que permea en grande medida a la filosofía de nuestros tiempos –sea ésta en la línea de la tradicional o contra ella- en lo que tiene esta última de más verídico y realista. Es por eso que, a nuestro parecer, es en la antropología de Karol Wojtyła – Juan Pablo II en donde encontramos un antídoto eficaz precisamente contra la filosofía sin fundamento, sin sustento ni razón, que está a

⁴Ese “pensamiento del pensamiento”, o *pensamiento que se piensa a sí mismo*, que Aristóteles pone en el “Primer Motor”, es decir Dios (cfr. Metafísica, libro XII).

⁵Cfr. “*Mulieris dignitatem*”, n. 7.



la base de la susodicha ideología de género; y con ello nos referimos a lo peor de la filosofía moderna y contemporánea, detrás de la cual se aprecia una clara concatenación de ideas y postulados – meros postulados-: idealismo-consciencialismo de Descartes –unido al empirismo y fenomenismo inglés, representado sobre todo por John Locke, George Berkeley y David Hume-, que pasando por el racionalismo panteísta de Baruch Spinoza, deriva en el idealismo transcendental de Kant, y éste, a su vez, en el idealismo absoluto de Hegel–pasando por Johann Gottlieb Fichte y Friedrich Schelling, y nutrido en buena medida del spinozismo-, con sus derivaciones tan sólo aparentemente antagónicas, pero coincidentes en la raíz y consecuencias: materialista en Karl Marx, post-idealista en Friedrich Nietzsche, a cuya base también encontramos a un Arthur Schopenhauer; y como fruto maduro hecho existencialismo de lo peor: Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, su amante, quienes están muy patentes en la manera de pensar –o mejor dicho, de *no pensar*- de la cultura hodierna. Si a este batido se añade el psicologismo –o mejor: el meta-psicologismo enfermizo- de un Sigmund Freud –por más que Sartre intente diferir de aquél en algunas cuestiones de ámbito psicológico-, entonces tenemos, juntamente con el idealismo-ideología feminista de Beauvoir –una de las madres del feminismo radical y exacerbado-, la mezcla actual de ideas y supuestos irrealistas, es decir idealistas, terreno bien dispuesto para las ideologías de hoy día, y, de manera especial, esas ideologías diabólicas a las que nos hemos referido antes. Y, por supuesto, en todo esto no podría faltar la influencia actual de un Martin Heidegger, el cual ofrece el sustrato más específicamente filosófico, en cuanto que su filosofía, la cual influenció a Sartre – así como éste a aquél, aunque el pensador alemán no lo admitiría debido a su “*hybris*” (es decir orgullo) intelectual-, ha influenciado en gran medida no sólo a la filosofía en general, sino también a la psicología – con sus aplicaciones en psicoterapia y psiquiatría-, así como incluso a la teología, y no sólo a la protestante, sino –y considerablemente- a la católica –como es el caso del teólogo jesuita Karl Rahner, por citar tan sólo un ejemplo, aunque ciertamente el más destacado y también el más influyente-. En fin, con



este breve apunte sintético del *iter* de las corrientes filosóficas confluyentes en el periodo moderno y contemporáneo del pensamiento occidental, tan sólo queremos recordar cuánto las ideas pesan en el pensamiento y en la cultura; y en el caso hodierno nuestro, en la *anti-cultura*.

13.- Necesidad de formar y concientizar a los novios en estos temas culturales de fondo

De todo esto que venimos diciendo habría que poner en alerta a los novios que se preparan al matrimonio, pues han de tener un mínimo de información y de consciencia sobre estos enemigos nefastos de su inminente matrimonio y de su futura familia; porque no sólo ellos tendrán que hacer frente a estos tentáculos de satanás, sino que lo deberán hacer, y, más aun, sus hijos. En efecto, el mundo que les depara a los niños y adolescentes de hoy, así como a los niños que vendrán mañana, no será nada fácil. Tan sólo piénsese en el bombardeo ideológico al que están ya actualmente sometidos niños, adolescentes y jóvenes en la cultura hipermediática en la que nos ha tocado vivir; no es necesario ahondar en todo esto, pues nosotros como pastores somos al menos medianamente conscientes de ello. El tema es cómo hacer ver esto a nuestros fieles, a los matrimonios y familias a nuestro cargo, o mejor dicho a *nuestro encargo* de parte de Dios. ¿Cómo hacer comprensible esta situación, haciendo ver las causas y consecuencias de tal confusión ideológica? Creemos que, si antes nosotros mismos como pastores de almas que somos, no consideramos



todo esto, no lo reflexionamos y no lo meditamos de cara a Dios, que es La Verdad, la Única Verdad, poco o mucho lograremos en transmitirlo. Porque *nadie puede dar lo que no tiene*.

Por eso, es necesario que nos tomemos quizás con mucha mayor seriedad este aspecto de la formación de los matrimonios y el de acompañarlos; y también, y especialmente, la formación de los matrimonios que están por nacer, en las circunstancias concretas que les toca y tocará afrontar en su vida diaria, en el diario caminar de sus familias, ya existentes o por existir. Mas, insistimos, antes hemos de formarnos nosotros mismos para poder formar a los demás. Sí, debemos tomar consciencia de nuestro *ser*, nuestro *deber ser*, *verdaderos formadores* de almas, y de manera especial hemos de formar a las generaciones jóvenes de cara a ese futuro que les depara. En ese sentido, hemos de preguntarnos qué tanto busco estar actualizado en estos temas antropológicos y culturales de fondo. Hemos de cuestionarnos si de verdad estamos *al día* en lo que respecta al mundo de las ideas que hoy pululan en el mundo de y que tanto influyen en los seres humanos –ciertamente para bien y para mal, pero en la línea de lo que venimos diciendo seguramente *para mal* del ser humano, del matrimonio y de la familia-. Y es probable que tanto desde las conferencias episcopales como en los presbiterios locales debiéramos atender más y mejor estos temas, porque –vale la pena insistir– en ello se juega el mismo “futuro de la humanidad”, como insistía Juan Pablo II a diestra y siniestra. He aquí un campo que nos invita a una verdadera reflexión sobre lo que estamos haciendo al respecto, y que nos impulsa a revisar nuestros planes de formación permanente del clero seriamente y en profundidad, de cara a estar a la altura de los tiempos, nos parece.

14.- Centrarse en lo esencial: el amor humano sublimado por el amor divino, desde la fe y proyectado en esperanza

Dicho todo ello, hemos de llegar a la esencia, base, centro y culmen de lo que debiera ser un verdadero curso prematrimonial en la Iglesia: desde la fe, en la esperanza para el amor. Desde la fe, porque, como hemos dicho antes, apoyados en Benedicto XVI, todo indica que se requiere fe, un mínimo de fe, para poder casarse válidamente en la Iglesia. En la esperanza, porque los tiempos de hoy no son, en cuanto tales, nada alentadores para los jóvenes en lo que toca al compromiso, a la responsabilidad, a la entrega, al sacrificio; todo ello de lo cual está hecho el matrimonio, además del amor, que es su esencia: porque es entregar la propia vida, e incluso el propio “yo” al otro, como escribía Karol Wojtyła al inicio de ese gran texto suyo “Amor y responsabilidad”⁶, que es un tratado de una verdadera *metafísica del amor humano y del matrimonio*. Mas, lo es no sólo como causa final, sino ya como causa eficiente; así como también es causa formal, y, finalmente, causa ejemplar. El amor es causa eficiente porque, como enseña san Juan en su primera carta, “Dios es amor” (1 Jn 4, 8); por tanto, Dios es la causa del amor mismo por ser Él el amor mismo; todo amor auténtico es participación de Su Amor. Lo cual ya intuyó Platón



⁶Libro escrito por el entonces obispo auxiliar de Cracovia Monseñor Karol Wojtyła y originalmente publicado en polaco en 1960 con el título de “*Miłość i odpowiedzialność*”. Existen varias traducciones; las primeras hechas desde la versión francesa contienen errores, mientras que las más actuales son mucho más fieles al original, después de que en los últimos años se ha estudiado y analizado mucho ese magno texto.



casi cuatro siglos antes de Cristo. Pero el amor es también causa final, pues a él todo tiende, ya que el amor no sólo es lo que pone todo en la existencia, lo que mueve todo, es decir lo que hace que todo sea y todo se mueva, como también ya había presentido y previsto el discípulo de Platón, el gran Aristóteles –“El Filósofo”, como se refería a él el más grande filósofo y teólogo de la Iglesia, santo Tomás de Aquino-, sino que todo lo que es es atraído por el amor como su fin, como su final, como su culminación, como su plenitud última. Mas el amor es asimismo causa formal, porque es lo que da consistencia a todo cuanto existe; en efecto, todo lo que existe, si existe, es porque no sólo es causado por el amor y atraído por el amor, sino porque *lo sostiene* en el ser el amor. Sí, el amor es la causa del ser, porque en Dios Ser y Amor coinciden. Y finalmente el amor es causa ejemplar, en el sentido que todo cuanto es requiere un *ejemplo*, un modelo al cual imitar. De hecho, la *causa ejemplar* de toda persona humana es el Verbo encarnado mismo, ya que cuando decimos que Dios nos creó “a imagen y semejanza” suya, la Sagrada Escritura se refiere más específicamente a que fuimos creados *en el Verbo, en el Hijo*. Así, al crearnos, Dios tenía como “modelo” al Hijo, por lo que realmente somos creados por el Padre en el Hijo por el Espíritu Santo: y aquí el “por” hay que entenderlo por lo que en esencia es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad: El Don mismo, es decir el Amor mismo; el amor entre el Padre y el Hijo. Amor Infinito y Eterno, y porque Infinito y Eterno, Amor Personal, IntraTrinitario y Eterno con el Padre y el Hijo. “Todo fue hecho [creado] por Él y sin Él nada se hizo de cuanto ha sido hecho” escribe san Juan en

el prólogo de su Evangelio (Jn 1, 3-4a). Pero antes se hará referencia al “principio”, en cual “principio [ya] existía el Verbo” (Jn 1, 1a). Por lo demás, hemos de recordar aquí cómo la expresión de ser “hijos en el Hijo” –la cual sigue a san Pablo cuando éste insiste en el apelativo de hijos de Dios (cfr. Rom 8, 19), y que se completa un versículo antes, cuando también llama el Apóstol al cristiano, dado que “somos hijos”, “también [somos] herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo”- fue siempre tan querida y tan utilizada por Juan Pablo II, lo cual indica bien esa convicción profundamente enraizada en él desde siempre, esa gran verdad de fe, pero también *sentida humanamente*, todo ello gracias a la fe que aprendió sobre todo de sus padres. Y lo paradójico es el hecho de se trata de alguien que perdió a su madre cuando contaba apenas con nueve años de edad y a su padre cuando tenía veintiún años (su hermano Edmund murió cuando Karol tenía doce; a su hermana no la conoció, pues nació y murió antes de que él naciera); es decir huérfano de padre y madre en plena juventud. Mas aquí se comprueba aquél dicho de que *cuando Dios quita por un lado, da más por otro*, ya que al ser elegido Vicario de Cristo por el Espíritu Santo por medio de los cardenales electores, se convirtió un verdadero *hijo predilecto de la Iglesia*, al mismo tiempo que *Padre universal*.

Ahora bien, retomando esa reflexión en torno al misterio de la Trinidad aplicado a la creación del hombre en cuanto creado no sólo *por* sino *para* el amor, y por ende también *para* el matrimonio, la misma Palabra de Dios, por medio de san Pablo, como ya decíamos antes, nos hace ver que la *causa ejemplar*, el *ejemplo*, el *modelo* del matrimonio, a nivel profundamente teológico-sacramental, es nada menos que el mismo matrimonio místico entre Cristo Esposo con Su Esposa la Iglesia. Así lo expresa el Apóstol en la carta a los Efesios (5, 21-33): “Sométanse unos a otros en el temor de Cristo. Las mujeres estén sometidas a sus propios maridos como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, siendo Él mismo el Salvador del cuerpo. Pero, así como la iglesia está sujeta a Cristo, también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. Maridos, amen a sus mujeres,





así como Cristo amó a la iglesia y se dio Él mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado por el lavamiento del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí mismo una iglesia en toda su gloria, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino para que fuera santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, así como también Cristo a la iglesia; porque somos miembros de Su cuerpo”. Luego, rehaciéndose al libro del Génesis y al Evangelio –donde Jesús mismo retoma la palabra *del principio* en el Génesis-, añadirá: “Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne”. Y, finalmente, indicará Pablo la causa ejemplar o modelo primero y supremo del matrimonio-sacramento, cuando afirma: “Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia⁷. Y concluirá así: “En todo caso, cada uno de ustedes ame también a su mujer como a sí mismo, y que la mujer respete a su marido”.

Al fin de cuentas, el amor es todo, porque es causa, sostén y fin. Y el amor es lo que permanece, lo único que permanece. Como bien lo dice el mismo san Pablo en su primera carta a los Corintios: “El amor no pasará jamás”; o “La caridad no acaba jamás”

(1 Cor 13, 8a). Pero el amor no es sólo “lo que no pasa”, sino sin lo cual no se puede vivir. Como también afirmaba san Juan Pablo II en su primera encíclica “*Redemptor hominis*”, ya antes referida: “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”. Y en esto que aquí dice el Papa, aunque lo aplica al amor en general, y al amor cristiano en particular, para todos, en realidad su *princeps analogatum* se encuentra en lo que había ya reflexionado tanto desde sus años de joven sacerdote y luego Obispo y Cardenal –y retomado ya como Papa- en Polonia, reflexión esa que se convertiría después en las catequesis sobre el amor humano precisamente, expuestas en el vaticano de 1979 a 1984 (interrumpidas únicamente por el tiempo de recuperación al que se vio sometido el Santo Padre después del atentado, así como por las actividades del Año Santo del 1983, inducido por el Papa para conmemorar el 1950 aniversario de la muerte y resurrección de Cristo), que a su vez encuentra su verdadero, primigenio y último “*Princeps Analogatum*” en Dios, que es Amor, en la Trinidad Santísimo como Amor Eterno entra las Tres Personas.

Es por eso, porque “el hombre no puede vivir sin amor”, por lo que, como bien afirmará también Juan Pablo II en la exhortación apostólica “*Familiaris consortio*”, a la cual asimismo ya nos hemos referido, que “el amor es, por tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano” (n. 11). “*Vocación Fundamental e innata*”: es *fundamental* porque, de hecho, constituye la base, la esencia de la persona humana misma. Y si es verdad que todo lo creado tiene el Amor Eterno como “principio” y *fundamento*, la persona humana lo tiene a mucho mayor título, porque sólo ella es creada “a imagen y semejanza” de Dios, y porque sólo la persona puede amar, y es

⁷Otras traducciones dirán: “pero yo lo digo referido a Cristo y a la Iglesia”; “pero yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia”.



por eso que el Aquinate dirá: “Amor es nombre de persona”⁸. Es por ello también que “Dios es amor” (1 Jn 4, 8), porque es Persona, porque es la *Persona* por antonomasia, porque es *la Persona que funda el ser persona de toda persona*, sea ésta angelical o humana. Así las cosas, el amor es no sólo la *razón del ser* de la persona humana, sino la *vocación* de ésta, la “vocación fundamental”. Y es “innata también”, pues es el Amor Eterno –es decir las Tres Personas Divinas que se aman Eternamente- el que piensa y ama desde toda la eternidad a la persona creada –sea ésta humana o angélica-, creada “a su imagen y semejanza”. Por tanto, nacemos desde el Amor, por el Amor y en el Amor desde toda la Eternidad. En ese sentido, aquello que el mismo Dios dice por medio del profeta Jeremías con relación al pueblo elegido representa al mismo tiempo la gran verdad-respuesta al misterio del hombre: “Desde lejos se le apareció el Señor: con amor eterno te amo [te amé]; por eso te mantengo mi gracia” (31, 3). “Con amor eterno”; y es que, si Dios es Eterno, es más: es la Eternidad misma, entonces Su Amor también lo es.

15.- Así la corporeidad es parte del amor humano del matrimonio natural, así también el amor humano-divino del matrimonio-sacramento pasa por el cuerpo y en él se consume

Ahora bien, el amor en el caso del ser humano –no así en el de la persona angelical, por no tener cuerpo, sino ser “espíritu puro”, como llama al ángel santo Tomás de Aquino, quien es precisamente el “Doctor Angélico”- ese amor, el amor divino, para por su humanidad, por toda su humanidad, y, por lo tanto, también *pasa por el cuerpo*. Es por eso por lo que Juan Pablo II llegará a llamar al cuerpo humano como “sacramento de la persona”⁹. Pudiera parecer algo extrapolado o exagerado, o al menos demasiado audaz, el hablar de esta manera del cuerpo humano. Sin embargo, ya la misma constitución metafísica del ser humano autoriza un lenguaje tal, pues la dimensión

material del hombre vela la dimensión espiritual (el alma espiritual), la cual *se muestra, se trasluce, se deja ver* precisamente a través del cuerpo. Por ende, es la misma realidad psico-física de la persona humana, esa “unión sustancial” –para decirlo con la tradición aristotélico-tomista- de cuerpo y alma espiritual la que nos permite designar como sacramento al cuerpo, como realidad visible que apunta a una realidad invisible. Ahora bien, si damos un paso en adelante a nivel teológico, encontramos que, ya desde un inicio de las catequesis sobre el amor humano, san Juan Pablo II había dicho que “el hecho de que la teología comprenda también el cuerpo no debe maravillar ni sorprender a nadie que sea consciente del misterio y de la realidad de la encarnación. Por el hecho de que el Verbo de Dios se ha hecho carne, el cuerpo ha entrado, podría decirse, a través de la puerta principal, en la teología, es decir, en la ciencia que tiene por objeto la divinidad. La encarnación –y la redención que de ella deriva– se ha convertido también en la fuente definitiva de la sacramentalidad del matrimonio”¹⁰. Así, el matrimonio, en el caso de quienes son llamados a *vivir*, a *ser dicho misterio sacramento* –recordemos que el latín “*sacramentum*” traduce el “*mysterion*” [“μυστήριον”] griego-, es parte de toda esa “sacramentalidad” de la vida cristiana en cuanto tal, y tal *sacramentalidad* es, de hecho, el *fundamento* de toda la vida cristiana¹¹.



⁸Suma Teológica, I, q. 37, a. 1.

⁹Catequesis sobre el amor humano, n. XIX.

¹⁰Audiencia general del 2 de abril de 1989.

¹¹Cfr. Joseph Ratzinger, “*Il fondamento sacramentale de l’esistenza cristiana*”, Queriniana Roma, 1971; cfr. OBRAS COMPLETAS XI, Teología de la liturgia, BAC Madrid, 2012, en la que el subtítulo es precisamente ese: “La fundamentación sacramental de la existencia cristiana”.



Ahora bien, al decir no se ignora la lucha que el cristiano ha de librar por eso que el mismo Karol Wojtyła – Juan Pablo II llamará, en las mismas catequesis sobre el amor humano, “la redención del cuerpo”, la cual requiere un esfuerzo continuo, dadas las tendencias egoístas a causa de la concupiscencia, huella del pecado original en el corazón del hombre que tiene su derivación en el cuerpo mismo del hombre con su ser carne y, por ende, con su tendencia carnal. Por ende, al estar marcado no sólo el cuerpo sino todo el ser de la persona humana por el pecado original y sus consecuencias, se impone una ascesis, que en este caso se traduce en la virtud de la castidad –en este caso en el ámbito matrimonial, es decir la *castidad conyugal*¹²- sin la cual, y sin la ayuda de la Gracia, la deriva natural –o, mejor dicho, naturalista- es concebir el cuerpo como mero objeto-instrumento de placer, y, como consecuencia de ello, como medio de dominación, tiranía y explotación¹³. Y todo ello se da cuando se separan los fines más altos de sexualidad, que son la unión por amor –es decir la verdadera *comuni3n* interpersonal, la “comuni3n de personas”- y la procreaci3n –que es una verdadera *co-creaci3n* junto con Dios, el Creador mismo-, de esos elementos



inmediatos ínsitos a la realidad creatural y corp3rea del hombre, que son el placer y la satisfacci3n *psico-f3sica*, la cual, sin embargo, no puede nunca ser separada del todo de la verdadera *dimensi3n espiritual* del ser humano, so pena precisamente de caer en la instrumentalizaci3n del otro, del propio cuerpo y, por lo tanto, de uno mismo¹⁴.

En ese sentido, las reflexiones de un Gabriel Marcel, que van en la l3nea de una concepci3n integral e integradora del hombre, de la persona humana, en sus dos dimensiones, material y espiritual, corporal y ps3quica, son de gran valor. Por cuanto 3l escrib3a que “yo soy mi cuerpo” y no s3lo “tengo cuerpo”¹⁵, no pretend3a en absoluto afirmar un materialismo ingenuo y banal ni tampoco un *dualismo instrumentalista* ni mucho menos, sino todo lo contrario: con ello quer3a decir, con t3rminos existenciales y vivenciales, propias de su filosof3a existencial –que no “existencialista”, adjetivo que 3l reservaba m3s bien a una filosof3a como la de Sartre, o incluso de Heidegger¹⁶, es decir *desintegradora* de la persona humana-, que, en el caso del hombre la dimensi3n del ser ha de prevalecer sobre el tener, si no quiere –precisamente- *desintegrarse* en el mundo del tener, es decir de los objetos. En efecto, si el tener sofoca el ser del hombre, entonces nos encontramos con la disminuci3n de la persona humana; nunca la desaparici3n de la misma, pues la ontolog3a permanece siempre, subyace –para decirlo con Arist3teles, pues la sustancia es el *sost3n* de los accidentes, y el actuar sigue siempre al ser. Sin embargo, s3 desaparece en buena medida, si no en su totalidad, la integraci3n de la persona con su obrar. Esto es algo sobre lo que el mismo Karol Wojtyła reflexion3 ampliamente, ya no s3lo en lo que dice a la reflexi3n metaf3sica sobre la persona humana, sino en lo que respecta a su alargamiento al campo

¹²Por ello Juan Pablo dedicará varias catequesis al tema de la castidad en general, así como a la castidad conyugal, haciendo ver su relaci3n e intr3nica comunicaci3n con la castidad consagrada (cfr. Segundo ciclo de catequesis sobre el amor humano: “La redenci3n del coraz3n”, y el Cuarto ciclo: “La virginidad cristiana).

¹³Cfr. Karol Wojtyła, “Amor y responsabilidad. Estudio de moral sexual”, Raz3n y Fe Madrid, 1978.

¹⁴Cfr. Catequesis sobre el amor humano, n. CXXXII.

¹⁵Cfr. Gabriel Marcel, “Etre et avoir” –que constituye la segunda parte de su “Journal m3taphysique”, Aubier Paris, 1935 –sobre todo ver pp. 108-109 y 195-196-.

¹⁶A cuya filosof3a Marcel defin3a como “solipsismo existencial” (ver “Ma relation avec Heidegger”, en “Gabriel Marcel et la pens3e allemande. Nietzsche, Heidegger, Ernst Bloch”, Pr3sence de Gabriel Marcel, 1, Aubier Paris, 1979).



de la cultura, es decir de la "praxis"¹⁷; esto debido también a la reflexión que buscaba aportar de cara a la ideología comunismo, que él mismo padeció fuertemente en su propia patria, y que después sería él mismo, ya como Papa, la causa fundamental para el inicio y la continuación del colapso de tal ideología como contraria a la naturaleza del hombre.

16.- El matrimonio místico entre Cristo y la Iglesia: modelo del matrimonio-sacramento. El cuerpo como "sacramento de la persona": el misterio de la "communio personarum"

Por lo demás, retornando a la carta a los Efesios de Pablo, si el matrimonio es sacramento por referirse, como decíamos, al matrimonio místico entre Cristo Esposo y la Iglesia Su Esposa, por lo tanto, así el cuerpo de ese sacramento puede ser y es efectivamente de alguna manera "sacramento de la persona", por cuanto –como ya decíamos más arriba– indica ese otro nivel invisible y más profundo –pero al mismo tiempo ya presente en el cuerpo mismo al ser éste manifestación material de éste– del alma espiritual. Más aún: es en y sólo a través del cuerpo

que las personas humanas son llamadas al amor humano, porque es precisamente en la diferencia sexual –en su caso, no así en el caso del ángel, como ya decíamos aclarábamos antes–, manifestada en el cuerpo humano femenino o masculino, que se da la llamada al amor, que *pasa, se manifiesta y se consume* en la unión, en la unión también anhelada y esperada como completamiento y plenitud ya en esa "soledad originaria" de la que habla Karol Wojtyła – Juan Pablo II en sus catequesis, soledad que constituye ciertamente la "situación originaria" del hombre, y, "por lo tanto, el hombre está solo", pero "al mismo tiempo llegar a ser [se convierte: "diviene", dice el italiano original] varón y mujer, unidad de dos"¹⁸. Por ende, esa "soledad" no borra, sino que, por la misma y por la necesidad del *otro igual pero diverso, igual en dignidad pero diferente sexualmente* y por tanto complementario, la *provoca desde el origen* precisamente en el corazón del hombre, es decir genera esa *necesidad ontológica*, o mejor: ese *deseo de comunión*¹⁹, deseo, podríamos decir, tan profundo cuanto metafísico; o sea todo ello que encierra esa "*communio personarum*", esa "comunidad de personas" a la que, como ya anotábamos antes, tanto hará referencia el gran Papa filósofo, teólogo y místico. En otros términos, igualmente luminosos, lo decía Juan Pablo II en la "*Mulieris dignitatem*": "En la 'unidad de los dos' el hombre y la mujer son llamados desde su origen no sólo a existir 'uno al lado del otro', o simplemente 'juntos', sino que son llamados también a *existir recíprocamente 'el uno para el otro'*" (n. 7).

En este rubro, especialmente aquí, nos parece que el Papa se *hace* un tanto –o un mucho– agustiniano, nos parece, en el sentido de que pone el énfasis en el deseo, el deseo profundo del corazón del hombre²⁰,

¹⁷Cfr. Karol Wojtyła, "The Problem of the Constitution of Culture Though Human Praxis", publicada en el libro "Person and Community, Selected Essays of Karol Wojtyła", Peter Lang Laussane, 1993; el original es un ensayo presentado por el autor, el entonces Cardenal Karol Wojtyła, en la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán, Italia el 18 de marzo 1977. Por lo demás, en dicha conferencia el mismo Wojtyła hace referencia a Gabriel Marcel, subrayando la importancia de la distinción marceliana entre "ser" y "tener", y también refiriéndola a la constitución pastoral "Gaudium et spes" del Concilio Vaticano II, en la cual, como es sabido, trabajó en primera persona el Cardenal Wojtyła, en la que se percibe claramente la impronta de su pensamiento, centrado éste en la dignidad de la persona humana.

¹⁸Catequesis sobre el amor humano, n. LXIX, párrafo 4.

¹⁹Cfr. Catequesis sobre el amor humano, n. VIII.



que busca la compañía, la unión, la comunión con el otro, con el otro que le complementa; y ese deseo está tan a la raíz del corazón humano, que, como decía santa Teresita, tiene que existir su objeto, y éste ha de ser alcanzable. Es el deseo de Adán, que entredesaja percibir una especie de anhelo y tristeza –anhelo triste, tristeza anhelante- de encontrar a uno igual a él en cuanto a su naturaleza “para que le ayudara” (cfr. Génesis 2. 18-25), pero al mismo tiempo *diferente*, y más específicamente *complementario*. Y este ser de idéntica naturaleza, esencia y dignidad, pero al mismo tiempo diverso en su concreción e identidad dentro de esa igualdad de naturaleza *fue la mujer –es la mujer-, Eva, salida, al igual que el varón, Adán, de las Manos de Dios, de su poder creador. Esta igualdad y al mismo tiempo diferencia, en la naturaleza del ser humano en su integridad –cuerpo, alma y espíritu, para decirlo con san Agustín, quien optaba por esa distinción ternaria, y no dual como es la de santo Tomás de Aquino, que sigue a Aristóteles-, en cuanto varón y mujer, tiene, para la teología del cuerpo de Karol Wojtyla – Juan Pablo II, y para decirlo con esa expresión suya tan feliz – un “significado sponsal”²¹. Tal “significado” o significación dice relación a la capacidad generativa, es decir a la fecundidad humano divina que se da en la relación de ambos sexos, masculino y femenino, por amor en el matrimonio. Y si esto ya es verdad a nivel meramente humano, lo es con mayor razón y en mayor profundidad y plenitud a nivel sacramental, que es el grado más alto de la dimensión espiritual del hombre, dado como don por Gracia de Dios al hombre. Mas ya a nivel del ser humano en cuanto tal, a nivel de su ser, se da tal diferencia y complementariedad de los sexos. Juan Pablo lo decía lo decía en su Carta a las mujeres “*Mulieris dignitatis*” –ya antes referida- en estos términos más que claros: “Cuando el Génesis habla de ‘ayuda’, no se refiere solamente al ámbito del obrar, sino también al ser. Femenidad y masculinidad son entre sí complementarias *no sólo desde el punto de vista físico y psíquico, sino ontológico*”; y añadirá que “sólo gracias a la dualidad de lo ‘masculino’ y de*



lo ‘femenino’, lo ‘humano’ se realiza plenamente” (n. 7).

17.- Los grandes temas de la “teología del cuerpo” de Karol Wojtyla – Juan Pablo II que constituyen una gran riqueza para el matrimonio y para quienes se preparan al mismo

Por cuanto venimos diciendo en relación a la propuesta de san Juan Pablo II en su “teología del cuerpo” quedan patentes varios aspectos que deberían conocer las parejas que se preparan al matrimonio, y por supuesto también los matrimonios ya constituidos. En primer lugar, lo que podríamos llamar la *esencialidad* del amor, su necesidad e indispensabilidad en la relación matrimonial. Sin duda, el amor es el centro de la antropología filosófica y teológica de este gran filósofo, teólogo y místico enamorado del hombre y de la persona humana. En segundo lugar, y como alargamiento del amor humano mismo, la insistencia en la “*communio personarum*”, la “comunión de personas”, misma que, en el caso de la *relación sponsal* del matrimonio, supone la complementariedad de los sexos y apela, es decir *llama* constantemente a ella, a la *diferencia sexual*, ese “principio” sobre el cual insiste tanto Karol Wojtyla – Juan Pablo II en su *innovadora y sanamente revolucionadora* propuesta antropológica, la cual se construye a la luz de una sana filosofía realista –“realismo moderado”, para decirlo con el tomismo-

²⁰Basta ir a los escritos del “*Doctor gratie*” –“Doctor de la Gracia”- para comprobar ello, y de manera especial en sus comentarios tanto al Evangelio de san Juan como a la Primera carta del mismo evangelista.

²¹Catequesis sobre el amor humano, n. XIV.



y desde la Revelación, la Palabra de Dios, como fundamento último del matrimonio cristiano. En tercer lugar, la fecundidad como *finalidad* y como fruto de la complementariedad, pero antes como *conditio sine qua non* para que exista un verdadero matrimonio –al menos en cuanto *apertura a la vida*, ya que, finalmente, es Dios el único “Señor y Dador de vida”, y de Vida divina, de Gracia, de Amor Eterno, en el caso del matrimonio-sacramento; como el mismo Espíritu Santo, que es *Señor y Dador de vida* –como confesamos en el Credo niceno-constantinopolitano-, lo dirá a través de san Pablo con toda claridad es el “Padre de quien toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra” (Ef 3, 14b-15). De hecho, alguna traducción dirá “familia” en lugar de “paternidad”. Mas es interesante que a renglón seguido, el texto habla del “hombre interior”, como haciendo ver que sólo éste puede realmente percibir, reconocer, creer esta profunda verdad de Dios ya no sólo como aquel del que “toma nombre toda paternidad [o familia]”, sino que Él mismo, que es la fuente en cuanto Dios Uno y Trino como Creador, por ende, Él mismo es familia. Así, el ser arquetipo de todo lo creado en cuanto Padre, al mismo tiempo lo es de toda familia. En Él, en el Dios Trinidad, tiene su origen todo ser creado, toda vida, toda persona humana o angelical, toda familia; como también en Él todo tiene su destino, su destino eterno.

Ahora bien, susodichos aspectos o dimensiones del matrimonio están concatenados por otro “principio”, que es el *principio de unidad*. Y es que el amor une, pero también tiene su inicio en la unidad, en el *encuentro* de dos seres humanos, y en el caso del amor humano específico: entre un varón y una mujer. Así, la unión es tanto causa como término del amor. Es esa la raíz profunda del término “comunión”, y más en concreto “comunión de personas”; una comunión de personas de la cual brota el amor, y en la cual el amor es fecundo. Pero todo tiene su raíz en esa “Comunión de personas” –con mayúscula- que es Eterna que es la *unidad diferenciada* de las Tres Personas distintas en “un solo Dios”, que es, también la profesión de fe, la primera aserción: “Creo en un solo Dios”, para después *dar nombre* a los Tres: “Padre Todo poderoso, Creador de todo el Universo”; “Creo en un

solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos”; “Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”.

Ahora bien, más allá de estos temas o “principios” que encontramos en la presentación wojtyliana del amor humano, del matrimonio, requieren el sostén y el dinamismo de la Gracia de Dios, de lo cual es bien consciente Karol Wojtyła – Juan Pablo II. Por eso, como venimos diciendo, se trata, en su caso, de una auténtica antropología teológica, y no sólo filosófica ni mucho menos únicamente fenomenológica. Se requiere, pues, la acción del Espíritu Santo en las personas que se dan el matrimonio-sacramento – recordemos que son los mismos novios que *se hacen* el uno al otro esposa y esposo, es decir son ellos que *se constituyen* como tales; por eso son ellos mismos los ministros del sacramento-, y ya antes, en su preparación al mismo, los novios han de equiparse con la fuerza de la Gracia, con las virtudes teologales y cardinales y los dones del Espíritu Santo que Ella trae consigo. Es por eso por lo que se ha de motivar, pedir –e incluso *exigir*- a los novios, en su camino al altar, el que busquen vivir muy cerca de Dios su noviazgo, es decir, en concreto, en estado de Gracia, por medio de una asidua participación en la Santa Eucaristía – como ya decíamos, por lo menos cumpliendo con el precepto dominical-, y también a través del frecuente recurso al sacramento de la reconciliación, y así renovándose y creciendo en la Gracia cada uno como cristianos, y haciendo que así la misma relación entre





ellos crezca no sólo a nivel humano, sino a nivel de Gracia sobrenatural realmente.

Y cuanto aquí decimos sobre la necesidad de vivir cerca de Dios se ha también de afirmar respecto de la Iglesia, puesto que se van a casar “por la Iglesia” –como se suele decir-, es decir, unirán sus vidas en Dios, siendo sacramento del matrimonio místico entre Cristo Esposo y Su Esposa la Iglesia, en y por *mediación* de la misma Esposa de Cristo, la Iglesia (cfr. Ef 5, 21-32). Sólo en el *Don Total de Sí Mismo* que es Cristo Esposo que viven en La Iglesia Su Esposa se puede dar el *don total de sí mismo en el amor humano*, lo cual se da en el matrimonio, y sólo en el matrimonio-sacramento de manera consciente, viva, actual y del todo fructífera. En ese sentido, cómo no citar aquí aquellas palabras de la “*Gaudium et spes*”, que seguramente salieron en buena medida –podemos pensarlo- de las manos del entonces iluminando Cardenal Wojtyla en el grupo que trabajó sobre el documento, y en el cual –contamos con los elementos para afirmarlo- el futuro papa tuvo un papel importantísimo y preponderante: “El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (n. 24). Sin duda, esta es también la gran intuición primigenia, el gran “principio” ontológico, existencial y metodológico de todo el pensamiento de Karol Wojtyla – Juan Pablo II, y de manera especial de su antropología filosófica y teológica aplicada al campo del amor humano, es decir del matrimonio, y de la familia. Es a esto, a este *nivel* profundo de reflexión



y de comprensión, en la medida de lo posible, al que nos debiéramos esforzar por llevar a los novios en sus cursos de preparación al matrimonio.

18.- Conclusión: los cursos prematrimoniales como experiencia viva del misterio de Dios para el matrimonio, y teniendo en cuenta sus fines sobrenaturales: santificar y salvar

“¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia!”, había anunciado con fuerza profética Juan Pablo en la conclusión de la Exhortación apostólica “*Familiaris consortio*” (n. 86). En esa línea, podemos decir que el futuro de la familia se fragua en el noviazgo y en la manera en que acompañamos y guiamos a los novios en su preparación al matrimonio. Sólo si los acompañamos bien, podemos sembrar en ellos la verdad del matrimonio según Dios, así como la verdad de la familia según Dios. Y sólo así, al hacer la experiencia profunda de lo que es el plan de Dios para el matrimonio y la familia, de esa sacarán la fuerza, la luz y los recursos necesarios para de verdad fundar una familia sobre la sólida roca del matrimonio cristiano, del matrimonio sacramento. En realidad, los cursos prematrimoniales debieran ser –o al menos tender a ello- una inmersión doctrinal, teológica y antropológica que incluso no se queden –como anotábamos antes- en una comprensión meramente intelectual de las verdades, sino que busquemos hacer que se conviertan en una *verdadera experiencia de vida para la vida*, en orden a que tal experiencia pueda dar un fruto sólido y duradero en el futuro de los ya –por lo general- inminentes nuevos esposos. Y, como venimos diciendo a lo largo de este trabajo, sin duda la enseñanza de Karol Wojtyla – Juan Pablo II en su “teología del cuerpo” es un instrumento inmejorable –insuperable, hoy por hoy- para poder lograr esa *experiencia* que parte de lo más grande que hay en la persona humana, aquello por lo cual es de verdad “imagen y semejanza de Dios”, es decir sus facultades superiores –inteligencia y voluntad-, para de ahí permear también las facultades inferiores de afectividad, sentimiento y sensibilidad; no al revés, pues, como también hemos comentado, si de algo adolece la cultura *soft* y *light* de estos tiempos nuestros –o para decirlo con Zigmunt Bauman: “líquida”- es precisamente de inteligencia auténtica



y de voluntad verdadera. En efecto, como diría Gilles Lipovestky, nuestra época es “la era del vacío”, y no tanto ese lugar común de un pretendido “cambio de época”, pues, en realidad, el hombre seguirá siendo siempre el hombre, y sus deseos profundos seguirán siendo los mismos, como bien anotaba san Agustín: “Nuestro corazón está inquieto, Señor, hasta que descanse en ti”.

Por eso, el pensamiento no sólo profundo y metafísico, sino vivencial y *existencial* –en la mejor de las acepciones de dicho término- de ese prodigio de la Gracia de Dios que ha sido la mente y la vida, la existencia entera de este Papa “Magno”, de este santo Papa polaco, es un camino que ya ha dado tantos frutos, pero que seguramente lo mejor y lo más abundante en ese sentido está por venir. Sin duda Dios nos lo ha regalado, tanto su vida como su doctrina, para poder seguir “cruzando el umbral de la esperanza”, buscando santificar y salvar este mundo que se nos ha dado como tarea, por medio de la que es la célula fundamental de la sociedad y de la Iglesia, que es la familia fundada sobre el matrimonio, o sea la unión por amor entre un hombre y una mujer, y que, en cuanto sacramento, al igual que todos los demás sacramentos, está para santificar y salvar. San Juan Pablo II nos alcance esa gracia desde el cielo para el bien del mundo y de la Iglesia.



El sínodo alemán y el rinoceronte gris del cisma



P. Jaime Mercant Simó
 Doctor en Estudios
 Tomísticos
 Universidad Abat Oliba
 CEU (Barcelona)
 Licenciado en Teología
 Universidad Católica
 de Toulouse (Francia)
 Miembro de la
 Sociedad Internacional
 Tomás de Aquino

Contemplamos actualmente con estupor un espectáculo dantesco, según mi impresión, protagonizado por la mayor parte de los obispos germanos, juntamente con sus teólogos, y por un gran número de los participantes activos del llamado "Camino sinodal" (*Der Synodale Weg*) alemán. Podríamos encontrar fácilmente las fuentes de este *desorden* eclesial en el espíritu de independencia protestante o en la mundanización y relajación de las costumbres, pero creo que también existe una razón muy profunda en el orden de las ideas, de índole metafísica.

Como bien sabemos, un principio fundamental de la metafísica escolástica es aquél que afirma que el obrar sigue al ser: *operari sequitur esse*. Dicho de otro modo, existe una dependencia metafísica fundamental de las acciones u operaciones de los entes respecto de su propio ser. La naturaleza de los entes es la misma esencia, considerada como principio de operación, y esta misma esencia es la que recibe el ser, acto y perfección (*actus essendi*), y, en definitiva, raíz fundamental de todo obrar ulterior. Sin embargo, en todo lo tocante al Sínodo alemán deberíamos tener en cuenta que la *teología del Rin* contemporánea, que lo mueve e inspira, está contaminada por una serie de postulados antimetafísicos de corte idealista. El paladín por antonomasia de la nueva teología germana ha sido y sigue siendo no tanto *l'enfant terrible* Hans Küng (1928-2021), como algunos podrían sospechar, sino, más bien, Karl Rahner (1904-1984). La teología trascendentalista del teólogo de Freiburg y de sus seguidores, que son legión, no plantea que el obrar siga al ser, sino, más bien, que el ser (*sein*)

sigue al pensar (*denken*) o conocer (*Erkennen*), o, más exactamente, que ambos términos se identifican *sic et simpliciter*^[1], olvidando que únicamente en Dios existe una identificación de su propio ser con su inteligir, como enseña el Angélico Doctor: «*esse Dei est suum intelligere*»^[2].

Ésta es, según mi opinión, la raíz metafísico-teológica del *espíritu* del Sínodo alemán que, de forma inexorable, parece que corre con precipitación hacia el abismo del cisma, o sea, de la separación del cuerpo místico de Cristo. Por supuesto que los fautores de este *delirium tremens* van mucho más allá de la teología rahneriana; sin embargo, pienso que en sus principios se asientan sus propuestas y conclusiones, encontrando, pues, su degeneración en la inercia de las premisas que las fundamentan.

Los participantes del Sínodo alemán, especialmente los más activos y recalcitrantes, han promovido *ab initio*, mediante sus delicuescentes reuniones, votaciones y declaraciones -mediáticas y mediatizadas-, no una reflexión acerca de lo que la Iglesia es, de su identidad esencial, sino, por el contrario, una dinámica vertiginosa que ha girado siempre en torno a lo que la Iglesia *piensa* de sí misma, esto es, de su autoconsciencia, en el sentido más idealista de la expresión. Dicho *pensamiento* colectivo y autoconsciente, además, se ha presentado, respecto del *ser* eclesial, como *fundante* y no como *fundado*.

El joven teólogo Michael Seewald, uno de los más sobresalientes rupturistas del panorama teológico alemán, expresa a la perfección el presente afán antieclesial. Para él, que propugna un dogma



en evolución (heterogénea)^[3], la ansiada *nueva reforma* debería producirse a partir del hecho de pensar de otro modo la Iglesia (*dieselbe Kirche anders denken*)^[4]. Es inevitable ver aquí, por consiguiente, una correlación entre este *otro modo de pensar (anders denken)* y el *otro modo de ser (anders sein)* eclesial al que se refiere, por cierto, el actual presidente de la Conferencia episcopal alemana, Mons. Georg Bätzing. Según el Dr. Seewald, existen tres modos de evolución dogmática: por autocorrección, por olvido o por innovación encubierta^[5]. Pese a esto, sea cual sea la modalidad, en el presente caso estaríamos hablando de una evolución *heterogénea*, y no *homogénea*, del dogma católico. En otros términos, a lo que lamentablemente se aspira en Alemania, a tenor de los hechos acontecidos hasta el momento, no es a un mero cambio accidental, sino a un cambio substancial de la realidad, tanto de la Iglesia como de la misma religión.

Es cierto, no obstante, que, en el contexto de la reciente visita *ad limina apostolorum* de los obispos alemanes, el obispo Bätzing ha afirmado que la Iglesia alemana es católica y quiere continuar siéndolo (*wir sind katholisch und wir bleiben es...*); esto es lo que ha destacado *Vatican News* en su versión alemana^[6]. Curiosamente, lo que no ha transcrito este medio vaticano es la segunda parte de dicha declaración, que es, por cierto, la que más nos interesa aquí subrayar. Al respecto, Bätzing añade que ellos -él habla en nombre de la *mayoría* de los obispos de la Conferencia y de la *voluntad general* (?) de los fieles alemanes, participantes en su Sínodo- quieren ser católicos, cierto, pero de otro modo diferente (*... aber wir wollen anders katholisch sein*)^[7], lo cual, a mi entender, es formalmente la declaración más radical y audaz que se ha realizado hasta el momento, porque aquí encontramos el *fundamentum* y la *razón de ser* de los cambios sustantivos que dichos obispos anhelan implementar, bien sea las bendiciones de parejas del mismo sexo, por ejemplo, bien sea la admisión de las mujeres a las órdenes sagradas. Lo diré más claramente: Mons. Bätzing, por su parte, cuando habla de *otro modo de ser*, se está refiriendo, de hecho, a adoptar una nueva *ratio* eclesial, lo que supondría la creación de una nueva Iglesia y, en



definitiva, de una nueva religión. Y prueba de que dicho obispo, cuando habla de *otro modo de ser*, se está refiriendo a una *nova ratio* -no simplemente a un *novus modus-*, es que él mismo asegura osadamente que, en su diócesis, seguirá permitiendo las susodichas bendiciones, al mismo tiempo que asevera, contradictoriamente, que su intención y la de los restantes obispos es la de permanecer unidos a Roma, y de no hacer nada (*sic*) al margen de la Iglesia universal.

Por otro lado, algunos también han querido identificar con el célebre *sensus fidelium* las propuestas y exigencias assemblearias de este Sínodo alemán, en las que, por modo de sufragio democrático (!), los participantes -a mayoría de los cuales sin la pericia ni los suficientes conocimientos teológicos- han decidido sobre *cuestiones esenciales* de la Iglesia, no para profundizar en ellas, sino para cambiarlas, esto es, para convertirlas en algo substancialmente diferente a lo que son ahora. Además, conviene tener bien en cuenta que el grado de participación en este Sínodo ha sido ridículo a nivel cuantitativo. Por ende, supondría un insulto a la inteligencia concluir que esta minoría fuera una representación fidedigna del conjunto de católicos practicantes; se ha mostrado, más bien, *interesada* en contentar no a los *fieles* -en sentido estricto-, sino al gran número de *contribuyentes* (no practicantes) que pagan *religiosamente* el impuesto eclesiástico, acomodándose a su modo de pensar mundano, puede que para contener la actual sangría de



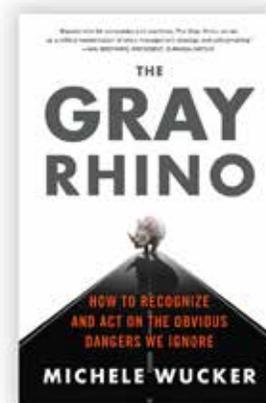
apostasías, expresión de una comunidad socialmente enferma y alejada de Dios. Sea como sea, resulta superfluo recordar que no tiene sentido vociferar un supuesto *sensus fidelium*-minoritario, repito- si éste está disociado del auténtico *sensus fidei* católico.

Pese a todo, son muchos los que se preguntan qué pasará con el Sínodo alemán, cuál será su desenlace. Proyectando la situación actual, no puedo dejar de ver analógicamente en este embrollo a un *rinoceronte gris*; para mí, son inútiles las posiciones *naifs* que, impostadamente, simulan desconocer el verdadero alcance del problema, actuando como si dicho *rinoceronte gris* no existiese, evitando, así, comprometerse e implicarse, permaneciendo en una zona de relativo confort, mediante su silencio y, por ende, su tácita aceptación. El *rinoceronte gris* existe y viene hacia nosotros; esta advertencia va dirigida especialmente a todos los sacerdotes jóvenes que están más preocupados por su *status* y sus nombramientos parroquiales, diocesanos o académicos, que por la verdad que deben enseñar y defender, incluso con la vida. También no podemos dejar de tener en cuenta el bienestar espiritual de las almas, que, mediante ciertos *experimentos pastorales* son puestas temerariamente *en prise* -como decimos en ajedrez- y las cuales tienen derecho -y esto es lo que frecuentemente se olvida-, no sólo a recibir los sacramentos, sino también a que les enseñen correctamente y sin deformaciones la verdad divina. Considero que el momento de reaccionar y actuar es éste; «*non semper lilia florent*», como decía Ovidio^[8].

La antedicha analogía zoológica la he tomado de Michele Wucker, la cual, mediante su exitoso libro *The Gray Rhino: How to Recognize and Act on the Obvious Dangers We Ignore* (2016)^[9], de estrategia socio-económica, inspiró al actual presidente chino Xi Jinping^[10]. La figura del *rinoceronte gris* se opone a la conocida expresión *cisne negro*. Este último se refiere, como bien sabemos, a un hecho sorpresivo e imprevisto. En cambio, el *rinoceronte gris* manifiesta un peligro futuro que avanza hacia nosotros casi sin contención, y que puede captarse de modo evidente ya en el momento presente. Al respecto, existen dos tipos de personas, las que saben reconocer dicho peligro o *gray rhino* y se preparan para el impacto, y,

los otros, que viven deliberadamente con una venda en los ojos, no queriendo reconocer dicha amenaza. Los primeros, los prudentes, se saben preparar mejor para la inminente adversidad y tendrán más capacidad y recursos para afrontar riesgos; los segundos no se arriesgarán en absoluto, pero tampoco se prepararán, y, por ende, se encontrarán ulteriormente en una situación de desarme total. Por consiguiente, considero que el peligro de cisma es real y palmario; o sea, muchos pensamos que, en la coyuntura hodierna, dicho cisma alemán y la probable propagación del *espíritu cismático* a otras iglesias particulares se nos presenta -*mutatis mutandis* y en un sentido traslaticio- como una especie de *rinoceronte gris*.

Rebus sic stantibus, es perentorio que se reaccione de forma clara y enérgica, empezando por los obispos, sacerdotes y teólogos, y siguiendo por el resto del pueblo fiel, y más aún cuando la Iglesia en general sigue embarcada en el Sínodo de la sinodalidad -prolongado hasta el 2024-, proceso que, en el hipotético caso de que se descontrolase -Dios no lo quiera-, podría convertirse -y *de facto* se ha convertido ya en algunas diócesis- en la condición de posibilidad para que los errores del Sínodo alemán se expandan metastásicamente por todo el cuerpo social de la Iglesia. En particular, constato la existencia de una cierta nocividad conceptual, que se desarrolla mediante la ley de los vasos comunicantes, a saber, a partir de términos comunes en ambos sínodos, especialmente el de *sinodalidad*, neologismo eclesiológico de naturaleza marcadamente

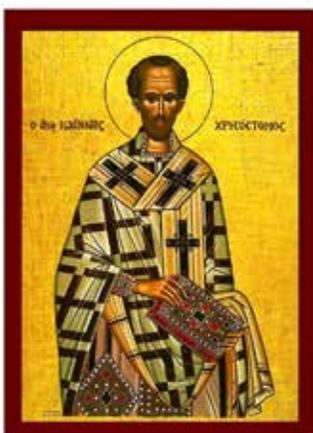




anfibológica, que, para unos, puede significar una cosa, y, para otros, todo lo contrario. Damos por supuesto que el papa Francisco empezó, en 2015^[11], a emplear dicho término con recta intención, sin duda, pero, a la vez, considero que no existe problema alguno en cuestionar el grado de precisión teológico-conceptual. En todo caso, lo que resulta insoportable es la actual *magna comitante caterva* de los que, de modo oportunista, se alinean siempre y por sistema con las directrices oficialistas; son los que repiten sin cesar, unos por convicción -los más honestos-, por carrerismo otros -los más dudosos-, que la Iglesia tiene la *sinodalidad* como *dimensión constitutiva (sic)*^[12], sin tener aún muy claro lo que significa exactamente dicha expresión.

Es cierto que san Juan Crisóstomo, al cual apela el Papa^[13], afirma la sinonimia entre Iglesia y sínodo, pero lo hace para explicar que ella es asamblea o congregación (litúrgica): «*Ecclesia enim est nomen conventus et congregationis*»; Ἐκκλησία γὰρ συστήματος καὶ συνόδου ἐστὶν ὄνομα^[14]. De hecho, en dicho contexto litúrgico y en este mismo pasaje, el Santo simplemente quiere explicar en qué consiste la acción de gracias de la Iglesia (*gratiarum actio in quo consistat*), remarcando que la alabanza a Dios es una obra de la comunidad y no algo puramente individual (*laus eius in Ecclesia sanctorum*)^[15]; en ningún momento se está refiriendo, por lo tanto, a ningún sínodo de obispos ni a nada semejante.

Hoy, más que nunca, pues, los obispos y teólogos deben ser prudentes -más que cautos- y, por ende,



previsores -recordemos que la previsión o providencia es una parte cuasi integral de la prudencia-; deben reconocer a este *rinoceronte gris*, y, sobre todo, deben estar en disposición de ánimo resolutiva a la hora de elegir los medios adecuados para poder evitar la embestida o, al menos, mitigar los consecuentes daños. De hecho, no hace falta leer a Wucker para ello, sino a santo Tomás; la previsión o providencia, según él, «importa una cierta relación a algo distante hacia lo cual deben ordenarse todas las cosas que ocurren en el presente»^[16]. Por consiguiente, debemos ser previsores y prepararnos para afrontar una situación que, por su magnitud, sólo podremos analogar con los hechos acaecidos en la primera mitad del siglo XVI en el norte de Europa. Las cuestiones candentes del Sínodo alemán, presentadas estos días en Roma, significan un verdadero desafío a la curia romana y al Papa, al cual puede que no le quede más remedio, *in extremis*, que aplicar un severo *correctorium*, para proteger la comunión eclesial, cuya *esencia*-recordémoslo bien- está constituida por una tríada unitaria de principios, a saber, el jerárquico, el sacramental y el doctrinal; es imposible, en este sentido, la *unidad esencial* de la Iglesia, si ésta no emana de una unidad de fe, es decir, de la *fides quae creditur*.

En fin, puede que la solución general a esta ruptura en ciernes no estribe tanto en que la Iglesia *salga de sí misma* -una *salida esencial*, que no misionera, significaría su autoaniquilación-, sino más bien en que la Iglesia *se repliegue sobre sí misma*, o sea, sobre su propia esencia, que es lo mismo que decir que permanezca en unidad mística con su Cabeza, de la cual recibe el flujo vital sobrenatural y con la cual constituye -en términos agustinianos- *una persona mystica*, a saber, el *Christus totus*.

Notas:

[1] Cf. Karl Rahner, *Geist in Welt: Zur Metaphysik der endlichen Erkenntnis bei Thomas von Aquin*, München: Kösel, 1957, p. 82: «Sein und Erkennen ist dasselbe: idem intellectus et intellectum et intelligere».



[2] Thomas Aquinas, *Contra Gentiles*, lib. I, cap. 69, n. 6.

[3] Cf. Michael Seewald, *El dogma en evolución: Cómo se desarrollan las doctrinas de fe*, Maliaño: Sal Terrae, 2020.

[4] Cf. Michael Seewald, *Reforma: Pensar de otro modo la misma Iglesia*, Maliaño: Sal Terrae, 2021.

[5] Cf. *Ibidem*, pp. 74-109.

[6] Cf. Vatican News, «Nach ad-limina-Besuch: „Erleichterung und Sorge“» (19-11-2022):

<https://www.vaticannews.va/de/kirche/news/2022-11/deutschland-bischofskonferenz-baetzung-ad-limina-synodaler-weg.html#:~:text=%E2%80%9EWir%20sind%20katholisch%20und%20bleiben,bleiben%20es%E2%80%9C%2C%20begr%C3%A4ftigt%20er>

[7] Cf. CNA Deutsch, «Bischof Bätzing: Wir bleiben katholisch, „aber wir wollen anders katholisch sein“» (19-11-2022):

<https://de.catholicnewsagency.com/story/bischof-baetzung-wir-bleiben-katholisch-aber-wir-wollen-anders-katholisch-sein-12083>

[8] Publius Ovidius Naso, *Ars amandi* 2, 215.

[9] Cf. Michele Wucker, *The Gray Rhino: How to Recognize and Act on the Obvious Dangers We Ignore*, New York: St. Martin's Publishing Group, 2016.

[10] Cf. Michele Wucker, Carlos Barragán, «La mujer que enseñó a Xi Jinping a torear un rinoceronte gris: "Ven diferente los riesgos"», Entrevista, *El Confidencial* (5-6-2021):

https://www.elconfidencial.com/mundo/2021-06-05/michele-wucker-pandemia-rinoceronte-gris_3115963/

[11] Cf. Franciscus, *Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre de 2015):

<https://www.vatican.va/content/francesco/>

[es/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151017_50-anniversario-sinodo.html](https://www.vatican.va/content/francesco/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151017_50-anniversario-sinodo.html)

[12] Cf. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia* (2018), nn. 1, 5, 42, 57, 70 y 94.

[13] Cf. Franciscus, *Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre de 2015): «La sinodalidad, como dimensión constitutiva de la Iglesia, nos ofrece el marco interpretativo más adecuado para comprender el mismo ministerio jerárquico. Si comprendemos que, como dice san Juan Crisóstomo, "Iglesia y Sínodo son sinónimos" [cf. *Explicatio in Ps. 149*] -porque la Iglesia no es otra cosa que el "caminar juntos" de la grey de Dios por los senderos de la historia que sale al encuentro de Cristo el Señor- entendemos también que en su interior nadie puede ser "elevado" por encima de los demás. Al contrario, en la Iglesia es necesario que alguno "se abaje" para ponerse al servicio de los hermanos a lo largo del camino».

[14] Iohannes Chrysostomus, *Expositio in Psalmum 149*, n. 1: PG 55, 493.

[15] Cf. *Ibidem*.

[16] Thomas Aquinas, *Summa Theologiae*, II-II, q. 49, a. 6, co.: «[...] importat enim providentia respectum quendam alicuius distantis, ad quod ea quae in praesenti occurrunt ordinanda sunt»

Este artículo fue publicado originalmente en Infocatólica, contamos con la autorización del autor para su nueva publicación.



Homilía con ocasión de los 50 años de ordenación sacerdotal en los ejercicios espirituales en Santa María de la Cascada



P. Rodrigo Guadarrama Rosas*
Diplomado en Teología Pastoral
Diócesis de Atlacomulco

(LECTURAS DE LA MISA: Gal. 5, 18-25; Lc. 11, 42-46).

Quiero agradecer a Dios por el Don del Sacerdocio, que me une a su Hijo Jesucristo, para hacerme portador de su Evangelio a favor del Pueblo que, durante ya cincuenta años de Ministerio, me ha confiado.

Espero no haberlo defraudado. Pero al mismo tiempo pido perdón por aquellos momentos en que pude ser indolente en el servicio, que, con amor, he de prestar a su Pueblo Santo.

Pero vayamos a la meditación de las Lecturas de la Eucaristía de este Miércoles de la Semana 28 del Tiempo Ordinario.

Todo el que se interese, aun cuando sea un poco (como una pequeña semilla, o un poco de levadura) por la persona de Jesús (es decir, que ponga su fe en él, sin doblez, sino con sinceridad) hará de Él la norma de su vida.

Qué desgracia que muchas veces, a pesar de haber sido elegidos, llamados y consagrados por Dios como ministros de su Evangelio y portadores sacramentales de Cristo, nos hayamos dejado atrapar por el mundo, o por nuestras pasiones desordenadas, e incluso lleguemos a ver el ministerio como una fuente de economía, mercando con lo sagrado.

Hoy san Pablo tal vez nos “ventanee” en la primera de las Lecturas cuando nos dice: “Son manifiestas las obras que proceden del desorden egoísta del hombre: la lujuria, la impureza, el libertinaje, la idolatría, la brujería, las enemistades, los pleitos, las rivalidades, la ira, las rencillas, las divisiones, las discordias, las envidias, las borracheras, las orgías y otras cosas semejantes.”

Dios quiera que nos mantengamos firmes en el buen camino y que vivamos sin hipocresías nuestro compromiso ante la llamada que nos ha hecho el Señor, pues podría ser que incluso a algunos la maldad hubiese hecho insensible su conciencia ante la misma,

*Síntesis curricular:

Interministerial: Vicario Parroquial en el Oro. Párroco en: San Juan Acazuchitlán, San Francisco Soyaniquilpan, Jilotepec, Ixtlahuaca, San Miguel Acambay. Actualmente párroco en San Bartolomé Apóstol.

Otros cargos: Canciller Diocesano, Administrador Diocesano, Vicario General, Encargado Diocesano de la Dimensión de Familia, Juvetud, Láicos y Vida, Encargado Diocesano de la Dimensión de Pastoral de la Cultura, Encargado Diocesano de la Formación del Clero, Encargado Diocesano de los Neo Presbíteros.

Actualmente: Encargado de la Dimensión de la Doctrina de la Fe, Delegado Diocesano para el Diálogo Interreligioso, Exorcista Diocesano, Profesor en el Seminario Mayor (Patrología; Introducción a la Teología; Espiritualidad del Clero Diocesano).



y que, sin un sincero arrepentimiento, sirvan al Señor con un corazón manchado, pero glorificándolo de labios para afuera.

Aceptemos con sinceridad a Jesús como centro de nuestra vida y que Él se convierta en la norma de nuestra vida y de nuestro actuar personal y pastoral. Pero esta decisión no puede ser fruto de nuestra voluntad, como si la salvación dependiera de nosotros y de nuestras decisiones. Necesitamos, en este aspecto, el auxilio de la Gracia que nos viene de lo alto, siendo conscientes del amor que el Padre Dios nos ha manifestado en su Hijo muy amado, que nos amó y se entregó por nosotros.

Yo muchas veces me he cuestionado, y nunca me he podido dar una respuesta adecuada a lo siguiente: ¿A quién ama más el Padre Dios: a su propio Hijo o a mí? Pareciese que esto tuviese una respuesta demasiado simplista, lo que nos llevaría a decir: Pues indudablemente que a su propio Hijo. Pero entonces tendría que cuestionarme: ¿Entonces por qué lo envió para salvarme y, en su infinito amor, dio su vida para que esa salvación sea posible en mí?

Yo no puedo salvarme. Hermanos: la salvación no depende de nosotros. Eso es cuestión divina; ahí entran en juego los designios de Dios que nos contempla con amor, y un amor misericordioso a nosotros pecadores, a quienes nos quiere santos como Él es Santo. Y más aún: nos quiere eternamente con Él.

Es fácil dejarse deslumbrar y deslumbrar a los demás con celebraciones externamente bellas y atractivas. Es fácil quedar satisfechos en el cumplimiento puntual de las tradiciones religiosas de las que disfruta la gente. Pero eso difícilmente tiene signo de salvación.

¿Qué es entonces lo que, humanamente hablando, me corresponde a mí en el orden de la salvación? Para eso debemos reportarnos al Evangelio, donde el Señor, cuestionado por uno de sus posibles pero frustrado discípulo, el cual le pregunta: ¿Qué debo hacer para conseguir la vida eterna? Y el Señor le responde: Ven y sígueme. Abandona todo lo demás. Más aún, que eso "demás" te sirva para preocuparte por tus hermanos en desgracia.

Seguir a Cristo no es ir con Él en un camino físico. Es identificarnos con Él. Pero esa identificación es más en su ser de Hijo de Dios que en exterioridades, como podría ser el que algunos piensen que ya son como Él porque se visten con túnica y sandalias y comen algo similar a aquello con lo que Él mismo históricamente se alimentaba.

San Pablo nos dice que el Padre Dios tiene un Plan sobre nosotros: que lleguemos a ser conforme a la Imagen del Hijo de Dios. Y en otra parte nos dice que nuestra vocación tira hacia "alcanzar la estatura" del Hijo de Dios.

¿Qué nos corresponde hacer entonces a nosotros? El Evangelio de san Lucas nos lo hace saber en la respuesta que María da a Dios ante el requerimiento de que, en ella, por obra del Espíritu Santo, se encarnaría el Hijo de Dios: "HAGASE en mí según tu Palabra".

Y la escritura está muy clara, pues la respuesta no fue: "Haré lo que Dios me pide". No son las obras personales las que nos salvan. Las obras son el fruto de lo que llevamos dentro, y manifiestan ante los demás si ya está en nosotros o no la Salvación; es decir, si el Reino de Dios ya está dentro de nosotros, o sólo estamos cerca de Él. Lo peor sería estar lejos de Él.

Cuando la Virgen María da su respuesta para la Encarnación del Hijo de Dios en Ella dice: "HÁGASE".



Y esa respuesta es la que el Señor espera de nosotros para que seamos la prolongación histórica del Verbo Encarnado.

“HAGASE EN MÍ”. Es decir que yo sea como el barro tierno en las manos de Dios que, como Alfarero, realice su obra en mí. Que Él me moldee, que Él me transforme, y que Él, por medio de su Espíritu, me haga imagen y semejanza de su Hijo hasta alcanzar la estatura de Él mismo. Decido, por tanto, no meter las manos. Y esta decisión la tomo con toda libertad, para que con san Ignacio pueda decir de modo consciente y libre y con un gran amor a Dios y confianza en Él: “Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer. Vos me disteis, a Vos, Señor, lo torno. Todo es Vuestro: disponed de ello según Vuestra Voluntad. Dadme Vuestro Amor y Gracia, que éstas me bastan. Amén”.

Sólo entonces, dejando a Dios actuar en mí, podrá Él hacer Su Obra de salvación en mí; sólo realmente perteneceremos al Reino de Dios, que es Dios mismo, manifestado a nosotros en su Verbo Encarnado.

Aquí, hermanos, es cuando tiene lugar tal vez lo más difícil para algunos: La *metanoia*: la conversión, el volver el rostro hacia el Señor y caminar con Él y en Él. Pero eso también es vocación y Gracia; y es fidelidad de parte nuestra ante la escucha del llamado que Dios nos hace a una continua conversión y renovación interior: “Bájate pronto, porque HOY quiero hospedarme en tu casa”.

Abramos las puertas de par en par al Redentor, como nos invitaba el Papa san Juan Pablo II.

Quiero terminar mencionando el mandato que nos da María a quienes tenemos a Cristo como centro de nuestra vida y ministerio: “Hagan lo que mi Hijo les diga”. Pues, a pesar de que es la obra de Dios en nosotros, ante los requerimientos de Jesús, debemos nuevamente pronunciar: “Hágase en mí según tu Palabra”.

Gracias por su oración que por un servidor elevan con ocasión de mis 50 años de vida sacerdotal. Dios los bendiga siempre, y que María, que nos recibió como sus hijos al pie de la Cruz, esté con nosotros, nos impulse y nos ayude a vivir con autenticidad el Ministerio que se nos ha confiado; no dudemos, ni tengamos miedo de llevarla a vivir con nosotros. Ella nos ayudará a caminar con seguridad a vivir eternamente con su Hijo.



María Marcos Romo González “María Quica” (1886-1959): hermana de dos sacerdotes, uno de ellos mártir, y madre espiritual de otros muchos



P. Luis Alfonso
Orozco, L.C.
Doctor en Teología
Licenciado en Filosofía

La maternidad espiritual por los sacerdotes ejercida por esta gran mujer -todavía muy poco conocida- es un tesoro que debe ser apreciado, agradecido y valorado, para animar a que muchas mujeres asuman el apostolado de la maternidad espiritual en bien de las vocaciones sacerdotales en México y en toda la Iglesia.

En tiempos en que son más escasas las vocaciones al seminario, deben aumentar las de mujeres seglares -casadas o no- que asuman este compromiso personal ante Dios de ofrecer sus oraciones y talentos para acompañar y sostener el camino hacia el sacerdocio de muchos jóvenes, y de los sacerdotes que ya ejercen su ministerio en un ambiente cada vez más secularizado. El Señor nos ha mandado rogarle que envíe trabajadores a su mies, y este apostolado de la maternidad espiritual es una manera excelente de rogar y de actuar.

A María Romo González¹ la llamaban en su familia “Quica”. Ella es la hermana de un santo mártir conocidísimo en México y en los Estados Unidos, santo Toribio Romo, el “Patrono de los migrantes”. Ella gastó los mejores años de su existencia para

lograr que se hiciera realidad el sueño de sus dos hermanos menores de llegar al sacerdocio y murió ayudando a otros muchachos seminaristas en su formación sacerdotal. Ella estuvo presente en aquella madrugada de febrero de 1928 que martirizaron al Padre Toribio en la barranca de Tequila, Jalisco, y recibió después el cuerpo acribillado de su hermano en sus brazos, mientras le dirigía las últimas palabras que oyeron sus oídos y encomendaba su alma a Cristo Rey.

Quica pasó los últimos años de su preciosa vida haciendo el bien, porque se dedicó a sostener con su trabajo callado y sacrificado a muchos seminaristas pobres que así pudieron culminar sus estudios sacerdotales. ¿Quién era María, “Quica”? Fue la hermana mayor de dos sacerdotes, uno de ellos santo; una mujer admirable que renunció a formar su propia familia para dedicarse en cuerpo y alma a servir a los demás, cuando entendió que su vocación no era el matrimonio, sino el apostolado de la maternidad espiritual, en el sacrificio íntimo de sus más honestas aspiraciones personales.

¹Datos tomados de mi libro: *México de 1900-2000, hechos, personajes y anécdotas*, pp. 77 a 86.



María Quica y Toribio, rancho Santa Ana

Una mañana de Pascua de 1907, a la edad de siete años, Toribio recibió por vez primera la Sagrada Comunión. Fue un día de fiesta para los niños y niñas, vestidos de blanco, y para todas las buenas gentes del rancho. El sacerdote que celebró la Misa y les dio la Eucaristía, les decía a los niños: "Este es, queridos niños, el día más feliz de toda su vida". Por la noche Quica lo encontró llorando y le preguntó:

- Toribio, ¿por qué lloras?
- ¡Porque se está acabando el día más feliz de mi vida!
- No, Toribio, este día el Niño Jesús se entregó a ti... pero el día que tú seas sacerdote, tú te entregarás a Él para toda la eternidad.

¿Era intuición o mera corazonada de su hermana? Lo cierto es que Toribio recibirá el don del sacerdocio muy joven, con 23 años, y culminará su misión terrena el 25 de febrero de 1928, con el sacrificio de su propia vida en presencia de su misma hermana. Quica desempeñó en todos esos años un papel decisivo para alentar y después sostener la vocación sacerdotal de su hermano, y cuando supo de los deseos de Toribio de entrar al seminario, no dudó en confiarle: "¿De veras quieres irte al seminario? Porque si es así yo no me caso, para ayudarte a que llegues a ser sacerdote".

Sus padres eran pobres campesinos que no podían sustentar los gastos del seminario de su hijo y, por ello, viendo la determinación de Toribio y de María, les dieron permiso para iniciar. Así, una mañana de 1911 ella y su hermano Toribio salieron hacia Jalostotitlán para que él pudiera entrar a la escuela y ella trabajar para sostenerlo. Toribio contaba 11 de edad y ella pasaba de los 20.



Acostumbrada a la austeridad personal y a todo tipo de sacrificios para ayudar a los demás, Quica no pensaba en sí misma sino únicamente en cómo amar a Dios y servir a sus semejantes. Las virtudes cristianas eran en ella valores sociales, pues dichos valores se respiraban de modo natural en las familias numerosas y católicas de entonces. Esos eran algunos de los sentimientos íntimos que habitaban el corazón de aquella muchacha alteña, pura y virtuosa como las mejores de su tierra.

Su hermano Toribio a sus 14 de edad ingresó al seminario de San Juan de los Lagos, pero al poco tiempo su otro hermano menor, Román, también manifestó su deseo de ser sacerdote. Así que María Quica volvió a trabajar para apoyar a su hermano menor. Siguió los duros años de la persecución religiosa en México, y el martirio de Toribio².

María "Quica" Romo, esa hermana de dos sacerdotes, de los cuales, como venimos diciendo, uno es un mártir canonizado sumamente popular, murió en santa paz el 27 de octubre de 1959 a la edad de setenta y tres años. No la olvidan todos aquellos sacerdotes que la conocieron en sus últimos años y que recibieron también su ayuda generosa

²Santo Toribio Romo fue canonizado en Roma por el Papa Juan Pablo II en mayo de 2000 junto con otros 24 mártires mexicanos: 22 sacerdotes y 3 seglares. Todos mártires de Cristo durante la cruel persecución religiosa del siglo pasado en México.



TESTIMONIO

y desinteresada para sostenerse en el seminario. Podría decirse que la vocación de esta ejemplar gran mujer, Quica, fue de ser hermana de dos sacerdotes y madrina de muchos seminaristas.

Muchos sacerdotes, de los que ingresaron al Seminario de Guadalajara en la década de los cuarenta, recuerdan con gratitud y cariño a “Quica” encorvada y de paso vacilante trajinando entre cazuelas por el patiecito que hacía de cocina en la casa de Santa Teresita (parroquia en Guadalajara), en la que asistían a clases los alumnos del primer año del Seminario.

Mas conozcamos un poco más a esta gran mujer católica y madre espiritual.

Ella nació en el rancho de Santa Ana de Guadalupe, del municipio de Jalostotitlán, Jalisco el 7 de octubre de 1886, hija mayor del matrimonio formado por don Francisco Romo y doña Juanita González y hermana santo Toribio Romo González.

Como también ya decíamos, Quica, cuando su hermano Toribio manifestó su deseo de entrar al Seminario para hacerse sacerdote, pidió permiso a sus padres para irse con el niño Toribio a Jalostotitlán para que comenzara a estudiar en la escuela; ella lo mantendría trabajando y así lo hizo lavando y planchando ropa ajena, así como haciendo tortillas, labores que iniciaba a las 4 de la mañana hasta ya entrada la noche. Y lo mismo hizo en San Juan de los Lagos cuando Toribio ingresó al Seminario. Siempre acompañó a sus hermanos Sacerdotes, primero a Toribio y después a Román. Estaba en la Parroquia de Tequila, Jalisco en los tiempos difíciles de la persecución religiosa, cuando tuvo que sufrir el dolor de ver el martirio de su hermano el Padre Toribio. Cuando él agonizaba en sus brazos ella con valentía decía: “¡Valor, Padre Toribio! ¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe! ¡Jesús Misericordioso, recíbelo!”; y levantándole su mano le dijo: “Da una bendición a tu parroquia, a tus padres y a mí que me dejas en este gran peligro”.

De la barranca de Agua Caliente, lugar del martirio, acompañó el cadáver hasta Tequila, donde

lo tiraron frente a la Presidencia Municipal. Ella, para despedirse de su hermano, empapó su rebozo en la sangre, le dio un beso en la frente y le dijo: “Hermano mío, lo que me consuela es que ya estás en el cielo”. Después la llevaron presa a La Quemada, y después de tres días de hambre y de sed la dejaron en libertad, y ella regresó a Guadalajara, y al dar la triste noticia a sus padres les dijo: “No debemos llorar, el Padre Toribio ya está en el cielo”.

Después, en Guadalajara, ella durante años se encargó de preparar alimentos para los seminaristas, confiando mucho en la Divina Providencia.

Amaba mucho la Sagrada Eucaristía por eso, en ocasiones, después del trabajo del día, pasaba la noche en oración al pie del Sagrario, y, cuando la vencía el sueño, se quedaba dormida; ella decía que a Dios también le gustaba ver a sus hijos durmiendo.

Quica, ya anciana, no podía servir haciendo la comida a los seminaristas; sentada a las puertas del templo de Santa Teresita, pedía limosna para ayudar al Seminario. Murió el 27 de octubre de 1959.

Los restos mortales de María “Quica” se encuentran en la capilla de Santa Ana de Guadalupe, construida en el lugar de la Mesita “para mirar más de cerca el cielo”; descansan junto a los de su hermano santo Toribio Romo, al que ella animó y tanto ayudó para llegar al sacerdocio. Junto a ese gran hombre descansa una gran mujer.



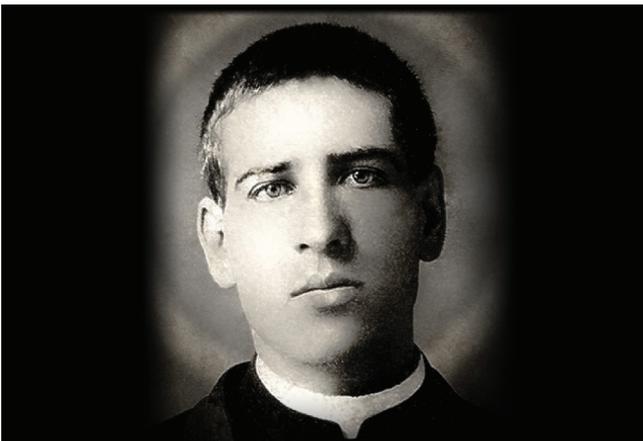


La maternidad espiritual por las vocaciones consagradas

La maternidad espiritual es una participación en la misión evangélica de la Santísima Virgen María, cuando al pie de la cruz su Hijo le dejó el mandato de cuidar a Juan apóstol. “Mujer, he ahí a tu hijo” (Juan 19, 26). Esta misión y vocación es para aquellas almas generosas que se sientan invitadas por el Espíritu Santo a colaborar en la obra de promover las vocaciones consagradas y sostenerlas después como verdaderas madres en el espíritu. “He ahí tu hijo” es un mandato de Jesucristo a su Madre y a toda su Iglesia.

No se requiere una especial formación o preparación teológica para ejercerlo, sino basta con una fe auténtica, acompañada de la oración fiel y la virtud de velar y ofrecer los sacrificios y trabajos ordinarios para sostener a los sacerdotes en su ministerio. Se trata de aprovechar y promover los muchos medios que Dios ha dado a su Iglesia para la santificación de todo el cuerpo místico.

Nunca han faltado almas generosas que asumen con amor el mandato de Nuestro Señor de cuidar de sus sacerdotes y de su santificación. María, la madre, representa a todas las madres del mundo, mientras que Juan a todos los sacerdotes. Con estas



características espirituales, todas las mujeres que lo deseen pueden desarrollar una faceta de gran ayuda para el bien de toda la Iglesia: su maternidad espiritual en beneficio de los sacerdotes, de los seminaristas, así como en la promoción de las vocaciones consagradas.

Promover esta llamada de Dios a su servicio

La idea de presentar el caso admirable de María Quica Romo es para invitar a los señores párrocos y sacerdotes a que promuevan en sus comunidades este ministerio de servicio, al que estarían bien dispuestas muchas mujeres después de presentárselo.